This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

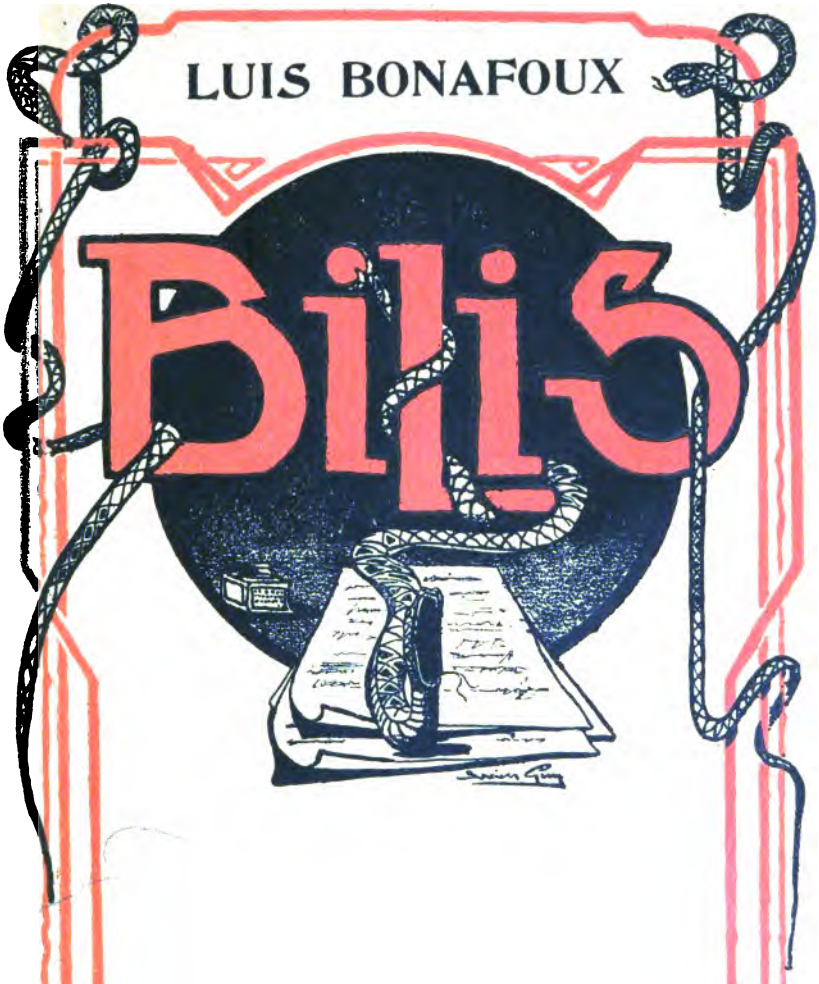
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07139415 3

LUIS BONAFOUX



SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTISTICAS
Libreria P. Ollendorff
50, Chaussée d'Antin, Paris

LUIS BONAFOUX

Bilis

SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTISTICAS
Libreria P. Ollendorff
50, Chaussée d'Antin, Paris

Bilis

C-10
9336

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ULTRAMARINOS.
MOSQUETAZOS DE ARAMÍS.
LITERATURA DE BONAFOUX.
COBA.
YO Y EL PLAGIARIO CLARÍN.
EL AVISPERO (Novela Corta).
ESBOZOS NOVELESCOS.
HUELLAS LITERARIAS.
RISAS Y LÁGRIMAS
EMILIO ZOLA (en colaboración de Paul Adam y Blasco Ibáñez).
PARÍS AL DIA (Tomo I).
BETANCES.
BOMBOS Y PALOS.

EN PREPARACIÓN

en la Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas :

PARÍS Y LA GUERRA. — PARÍS Y LA PAZ (Crónicas de la guerra ruso-japonesa).
TRISTES Y AGRIOS (Cuentos é impresiones literarias).
POR EL MUNDO ARRIBA (Viajes).
TIQUIS MIQUIS (Críticas personales).
ESPAÑA POLÍTICA.
CLERICANALLAS.

LUIS BONAFOUX

Bilis

PARIS
SOCIEDAD DEEDICIONES LITERARIAS Y ARTISTICAS
Librería P. Ollendorff
50 — CHAUSSÉE D'ANTIN — 50

1908

Es propiedad. — Derechos Reservados.

BILIS

Mi Credo

...Sí, llevan razón, soy un D. Quijote, ó Quijote sin don, que en las luchas humanas tengo la manía de ponerme al lado del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, de los *Jesucristos* contra los *Fariseos*, de los vencidos por la arbitrariedad, de todos cuantos van cayendo para no volver á levantarse, con lo que no he ganado y no ganaré honra ni provecho; y si tuviesen que echarme á puntapiés los periódicos donde escribo, por haber sabido que como tantos otros había intentado yo timar, por el procedimiento del *chantage*, mil pesetas á un señor ministro, no habría lugar donde yo pudiera poner cátedra de persona decente, ni periódico que quisiera recibirme, recordando el « dime con quién andas y te diré quién eres »; y cuando mi padre murió en Puerto Rico, en cuyo presidio no estuvo nunca por ladrón, habiéndolo sido de él los más de sus amigos, ningún periódico le puso por modelo de honradez intachable...

Renscil. Ans 26, 07

Lejos, muy lejos de recabar bombos, vienen cayendo sobre mí toda suerte de difamaciones; tantas y tan grandes que, aunque joven *aún*, puedo decir, como Thiers, que soy un paraguas muy viejo sobre el que ha llovido mucho tiempo...

Pero cada cual viene al mundo á cumplir su destino : quién á timar pesetas á los señores ministros; quién á escribir artículos diciendo la verdad, y la verdad es que la Prensa convertida en Celestina vergonzante, no ciñe el lauro de la fama á los Blanqui, sino á los Artón, como no corona de rosas á las matronas, sino á las prostitutas. Puede, en buen hora, repetir el poeta hipocondriaco que sabemos por las selectas sagradas de la más pura latínidad que solamente los pillos y los necios son queridos de los dioses...

« Hay dos clases de artistas — dijo, muchos años hace, el exministro de la República don Eduardo Benot. — El éxito á toda costa, el lucro y el aplauso de un día, hacen doblar la rodilla al que estima como *oficio* lo que debió mirar cual *sacerdocio*. Adula y canta férvidos ditirambos en honor del siglo que se muere, y de las preocupaciones adoradas por la multitud. Y el favor de las *masas* condecora sus trabajos.

« Al contrario, hay quien se atreve á mirar al rostro á los fantasmas de las supersticiones y de las costumbres, y arremete contra las rutinas que deben morir ; pero que, mientras más viejas, más fuerzas tienen y con más vigor resisten. Y las nubes de incienso no envuelven al rebelde. Su aureola es el escándalo, y su recompensa la persecución. Entre estos disidentes milita Luis Bonafoux. »

Sí, milito — y no tengo más remedio que militar entre esos disidentes...

¡ *Dichoso aquel que tiene su casa flote*, y que, por tenerla, puede hurtar los ojos á la perspectiva del fango de la calle, viviendo dentro de su piel, en la soledad, nunca bien ponderada, del propio pensamiento!... Pero el que tiene una pluma en las manos, y sobre la mesa unas cuartillas que deben transformarse en pan cuotidiano, como la blanca oblea se transforma en pan eucarístico, y, á mayor rigor de calamidades, tiene cerebro, según dicen, enfermo — que acaso lo está de tanto pensar en la humana miseria y villanía — y corazón para sentir, y nervios que se engarabitan, y no ha podido ni querido prostituirse en el bajo oficio de periodista ¡ ah ! ese tal no tendrá más remedio que escribir lo que piensa y lo que siente, y, al hacerlo así, veráse fustigado por el ladronzuelo, por el polizonte, por el imbécil, por el canalluca, por el sinvergüenza, por una partida de malhechores y mentecatos refugiados en el periodismo, ancho campo de Castilla, en donde el ser periodista suele significarlo todo menos persona decente y entendido en letras, y equivale á arrastrar la cadena de la esclavitud que imponen las preocupaciones y los convencionalismos de una sociedad retrógada y podrida, mientras llega el día de que el periodista arrastre la merecida cadena del presidio...

¡ Pan amargo y escaso !... ¡ Pan cruel !... ¡ Pan con vilipendio !... ¡ Pan que no invita á comerlo, sino á envidiar el honrado y abundante que gana el limpiabotas francés sin abdicar lo que debe ser sagrado para el hombre, sus creencias, sin prostituir su voluntad, á la in-

temperie de la calle, donde las mangas de riego arrastran las inmundicias y el aire libre barre los miasmas!...

Y, sin embargo, hay que seguir... Y como hay que seguir, quiero yo ponerme bien con los *amos del país* para que no sigan trabajando en la caritativa empresa de cerrarme las puertas de los periódicos donde escribo. Y allá va la confesión general de mis culpas, la retractación de mis abominables errores ; allá va mi *Credo*...

* * *

Creo que hicimos perfectamente en no cumplir lo convenido en el Zanjón, negando reformas á Cuba, y engrosando las ya innumerables partidas de autoridades despóticas y de empleados venales, cuyas malas artes no excitaron la insurrección, la cual respondió exclusivamente á concupiscencias de un centenar de negros y mulatos chancleteros;

Creo que la insurrección de Filipinas no respondió al despotismo de la frailocracia en aquel país, sino al libro *Noli me tangere*, de Rizal, y al cuadro *Spoliarium*, de Luna Novicio ;

Creo que Castelar es un redomado filibustero por haber encomiado el militarismo de Maceo, elevándole á la categoría de héroe épico, cuando en realidad era un mamarracho que nos dió guerra una porción de años; y que á Pí y Margall hay que darle cuatro tiros por haber condenado las manifestaciones que ocasionó la muerte del *cabecilla mulato*, todas dignas, patrióticas, nobilísimas é hidalgas, como aquella de simular el entierro de

un pelele negro, en pos del cual iban prorrumpiendo en improperios unos vecinos del Congo;

Creo que á Rizal — cuyo origen etimológico es *Ager hordeo satus pascendis pecoribus* — debieron obligarle á dar la vuelta al mundo, agonizando de clima en clima y de mar en mar, antes de echarle fuera las tripas y aventar sus cenizas;

Creo que Cánovas es el primer estadista del mundo; que los Estados Unidos nos tienen un miedo atroz; que siempre somos vencedores, y que si por casualidad tenemos que retirarnos alguna vez, lo hacemos gradualmente y conservando el aire marcial; que nuestras bajas son siempre insignificantes, aunque peleamos uno contra diez, y que las bajas del enemigo son como las arenas del mar, que ni contarse pueden;

Creo que lo injusto es lo justo, derecho lo torcido, libre lo esclavo, blanco lo negro, y que los presos de Montjuich no fueron torturados — aunque lo vocea la prensa europea — sino que los tales presos se dedicaron á arrancar las uñas de los pies á sus jueces, obligando á uno de ellos á darse un tiro en la cabeza;

Creo que en Europa somos los más honrados, dignos, francos, valientes, ilustres, insignes, eminentes, egregios, bizarros, hidalgos, virtuosos, gallardos, compasivos, ilustrados, pudorosos, bellos, altivos, talentudos, heroicos y heroicos (*bis*);

Creo en Dios... ¡No! Lo que es en ese Dios que permite tan sangrientas burlas contra un pueblo en desgracia, en ese Dios no creo yo, así me aspen los modernos inquisidores de Madrid.

1897.

¡Que venga el Cólera!...

Asombroso. El ministro de la Gobernación, que estuvo en carácter defendiendo en el Congreso que don Segismundo Moret tiene méritos bastantes para entrar en la Academia, donde entró el músico Barbieri en clase de amansador de los académicos, no podía eximirse de tomar medidas sanitarias de precaución, estableciendo estaciones en Badajoz, Valencia de Alcántara, Salamanca y Túy; porque de un examen micrográfico hecho en deyecciones de enfermos coleriformes, resulta la presencia del *bacillus vírgula* en Portugal.

Ha hecho más el señor Ministro: ha declarado sucias las personas que proceden de Lisboa; declaración que, hecha por nosotros, es un verdadero colmo, é indica un *tupé* incomparable...

El señor ministro de la Gobernación de las Españas é islas adyacentes responde, al tomar tamaños acuerdos, á la rutina de los centros oficiales, siendo así que si el señor ministro lo mira bien, tendrá que convenir en que

lo que aquí nos hace falta es precisamente un cólera morbo asiático; no como el de marras, que fué inofensivo, aunque puso en precipitada fuga á otro ministro de la Gobernación, sino como el que asoló, hace dos años, á la ciudad de Hamburgo; un colerazo, en fin, que permita decir á Becerra, recordando una de sus frases:

— Si no me escapo me diezma el cólera.

Las epidemias son necesarias, singularmente, en los pueblos pobres y famélicos.

El cólera sería extemporáneo en París, pletórico de oro, donde ocho mil personas han pernoctado en las calles para suscribirse al empréstito del Municipio, aunque el interés ofrecido es de dos por ciento. Pero en España, donde andaluces y no andaluces estamos pereciendo literalmente de hambre, el cólera sería una adquisición.

Un morbo asiático, que deseo de todo corazón, daría empleo á multitud de médicos y practicantes, que están actualmente sin ocupación, y á miles de obreros, cuyos oficios se relacionan con las epidemias y con la muerte misma.

La conveniencia del cólera tiene, además, otro aspecto. En casi toda España, y particularmente en Madrid, no hay más que un grito — exceptuando, por supuesto, el del hambre atrasada y el de ¡viva el Papa Rey! — el grito de « ¡estamos perdidos! », que se exhala con las variantes de « esto está muy malo, » « esto es el *acabóse*, » « esto es ya cagarse... » y se habla de anemia, de reblandecimiento cerebral, etc., y hay quien pone la esperanza en que nos *conquiste* el extranjero...

¿Son frases de la charlatanería tradicional lo que oigo en todas partes, ó son verdades sinceramente sentidas? Por tales las tengo. Y como la causa primordial de esta agonía política y social está en el hecho de que de cada uno de esos mundos, lo mismo del político que del administrativo, así del literario como del social, se ha apoderado, por tradición, un enjambre de hombres ineptos y venales, hay que pedir que venga el cólera con urgencia, porque acaso nos libre de una peste peor, para concluir con la cual haría falta establecer un á modo de *Terror rojo*, y, con el *Terror rojo*, el triángulo de la guillotina en la Puerta del Sol.

¿Quién puede, dentro del régimen vigente, y, lo que es más grave, dentro de la anemia nacional, quién puede acabar con políticos decrépitos que siguen en el poder aunque se caen por sus propios pies cuando salen de paseo?... ¿Quién se atreve con esos administradores prevaricadores que se amparan los unos á los otros, y se juntan, como criminales perseguidos por la Guardia civil, cuando alguien los amenaza con tirar de la manta que los cobija?... ¿De qué modo se ha de librar el país de los que predican el indiferentismo y el convencionalismo social, y, encogiéndose de hombros, contestan á todo: « á mí, ¿qué? » « ¿qué más le da á usted? » y hacen vida lacústica entre las iglesias y las plazas de toros?...

¿Cómo, en fin, se ha de dar la puntilla de la crítica á literatos aguanosos y plagiarios que viven encaramados, como el padre Font, en la silla gestatoria del Olimpo, y á periodistas imbéciles, ignorantes y serviles que reinan en las redacciones?..

¡Ah, sí! ¡Venga el cólera!

Yo me permito aconsejar al señor ministro de la Gobernación que rectifique las disposiciones emanadas de su limpia pluma, dejando abiertas todas las fronteras á la epidemia salvadora, y enviando comisiones de médicos á recoger en frascos el *bacillus virgula* para repartirlo á domicilio, ó para darlo á los encargados del riego de las calles, con orden de que lo introduzcan en las mangas y abonen la villa con caldo de microbios.

Aunque el cólera, si viene, no ha de necesitar que lo estimulen.

¡Porque hay en Madrid tanto congrio putrefacto!

¡Que venga la Peste Bubónica!...

Querido Dicenta :

Con sincero asombro acabo de leer estas líneas tuyas, de una protesta contra un Alcalde, y además Barón, enemigo de *Juan José :*

« Nunca, hasta ahora, se me ha ocurrido protestar de lo hecho en contra de mi *Juan José.* Por alto, y sin quejas de ninguna especie, pasé las prohibiciones eclesiásticas que han llovido sobre aquel drama como pan bendito (digo pan bendito, porque en beneficio de la venta de ejemplares redundaron las tales prohibiciones); nunca me quejé de los Obispos; pero la prohibición *mahonesa* es de tal índole, tiene tal significación, atenta de tal modo á mi propiedad y á mis derechos de ciudadano, que sería falta grave no contenerla, y debilidad rayana con la cobardía dejarla pasar en silencio.

« Bueno que algunos Obispos aconsejen á los fieles que no asistan á las representaciones de mis dramas;

derecho suyo es, si creen que mis dramas son contrarios al dogma y al espíritu cristiano, aunque yo no haya visto en qué pueda faltar á la moral cristiana una obra que, como *Juan José*, se inspira en sentimientos de profunda piedad hacia los pobres, hacia los desvalidos, hacia los desheredados, hacia los faltos de pan, de instrucción y de morales enseñanzas, hacia los predilectos del Redentor del mundo; bueno es eso; allá los Obispos con sus prohibiciones, y yo con mi conciencia. »

¿Es posible? Tú, Joaquín Dicenta, ¿has podido escribir y — lo que sería más grave — *pensar* y *sentir* eso? ¿Crees tú que los Obispos tienen *derecho* á aconsejar á los *fieles* que no asistan á las representaciones de los dramas de un Bjœrnstjerne-Bjœrnson, y no digo á las representaciones de los dramas tuyos, que nada tienen de socialistas ni de anarquistas — puesto que no lo eres tú, ni lo has sido, ni lo serás en tu vida?

Pero ¿no estás viendo que esa es la teoría de los Retanas que pedían la cabeza de Rizal, no por enemigo de España, que no lo era, sino por haber publicado el *Noli me tangere* contra los frailes de Filipinas? Ya que no por *ideas*, hazlo por *instinto* de conservación: los Obispos, á quienes concedes el *derecho* de aconsejar á los *fieles* que no representen tus dramas, acabarán por aconsejarles, máxime si queda impune el consejo, que te lleven al garrote.

Lo importante en este asunto no es la *alcaldada*, sino la *obispada*, siendo aquélla consecuencia de ésta; y tú, que invitas á tus compañeros á protestar contra el Alcalde de Mahón, no te asociaste á Pepe Estrañi para protestar contra el Alcalde de Santander cuando esta

especie de Barón de las Arenas « secuestró de las librerías y se llevó en el carro de la basura los libros de Zola, Daudet, Galdós, Nakens, Estrañi y Bonafoux. » ¿ No te acuerdas de eso? Pues yo sí me acuerdo de ello, y de otras cosas, además...

Yo profeticé todo eso y algo más cuando ustedes, los revolucionarios... del teatro, me dejaron solo, en mi diaria protesta contra las peregrinaciones y demás *preludios* de la reacción sacristanesca, frente á los *fieles* de teja y sotana que en *El Movimiento Católico* y en otros periódicos me llamaron « boca de monstruo que vomitaba sapos y culebras », « escritor sarcástico y satánico », « escritor farisaico é irrisorio que mezcla el néctar con el veneno », etc., etc.; y que luego me denunciaron y procesaron, con buenas ganas de echarme plomo derretido en los ojos y sacarme tiras de pellejo.

Ese *pasar por alto, y sin quejas de ninguna especie*, las abominaciones de los frailes, tiene la culpa de todo lo que está pasando en España, no sólo contra *Juan José*, sino también contra los escritores independientes, contra los patriotas de veras, contra los hombres honrados, y tiene asimismo la culpa de los atropellos cometidos con los presos de Montjuich, con los vencidos de la guerra de Cuba, con ese pobre Rizal que fué de Manila á Barcelona y de Barcelona á Manila, recorriendo todos los mares y todos los países, pidiendo piedad en odas partes, para ir á la postre, en cumplimiento de la más horrible y fría de las venganzas, á dejar las tripas en el Circo de la Inquisición resucitada, frente al altar en que recomendaron su alma los mismos que fusilaron

su cuerpo... ¡Y tú no has protestado; tú, Joaquín Dicenta, no has recordado *las morales enseñanzas del Redentor del mundo!...*

Porque hubiera podido ocurrirte lo que al protagonista del *Vientre de Paris*, novela que parece calcada en nuestra raza inferior é envilecida. El émulo de Lombroso, que no pudo encontrar cien hombres honrados para cotejarlos con cien criminales, tendría que salir por las calles de Madrid como Diógenes con la linterna.

Las campañas sinceras se estrellan ahí en la muralla china del indiferentismo crónico, que en los pueblos es síntoma de muerte, ó son arrolladas por la execrecación del mayor número, ó aprovechan á los que no pensaron en ellas, ó caen bajo las achuladas cuchufletas de esos *idiots savants* clasificados por Frederick Petersen, quienes se figuran que imitan el *esprit* del honrado pueblo parisién, siendo el *esprit* otra cosa y ejerciéndose sobre temas que no entrañan vergüenzas para la patria.

¡Ay del que se nombra!... decía Robespierre; y en Madrid son pocos los que están en condiciones de nombrarse y nombrar. Se vive al día, por el cielo azul, y la patria, el ideal de la patria, es *el día...* en que se logra vivir, sea como fuere. ¡Así va la patria dentro y fuera de las fronteras!... No haya miedo de que los *Panamás* tengan ahí correctivo, ni los que negocian en la Bolsa de París con combinaciones antipatrióticas de la prensa de Madrid; no haya miedo de que se respete la ley escrita, ni de que se ampare el derecho del pobre contra la injusticia del poderoso. ¡Bah! ¡Antiguallas! ¡Cursile-

rías! ¡Sinceridades tontas! *¡Honradez negativa!* Ahí se tiene mundo, muchísimo mundo, y la patria es Celestina de inmunda simonía.

Y ¿te quejas, Joaquín, de que se atropelle á *Juan José*, cuando tú, que eres de los que han podido protestar, *pasas por alto, y sin quejas de ninguna especie*, tantos atropellos ajenos? Y ¿al protestar á favor de *Juan José*, no protestas en nombre de las ideas, ni de los sentimientos, sino en nombre de la *propiedad*? ¿Estás rico, por ventura? ¡Más te valiera estar pobre!...

Porque cuando eras pobre é ibas á buscarme á mi laboratorio de la travesía del General Pardiñas, y recorríamos vertiginosamente los campos vecinos, ¿te acuerdas? pensabas tú conmigo que había que dar la batalla al clericalismo; que había que darla, como se da en Francia, en la prensa, en la tribuna, en el hogar, en la calle, con palabras, con artículos, á tiros y á silletazos como los que se dan por *Semana Santa* en las iglesias de París... Yo sigo pobre. Por eso estoy fuerte. Por eso puedo repetir hoy, en Madrid, lo que dije ayer, al despedirme la primera vez que vine á París.

«... ¡Primavera triste! Más de un mes hace que la vegetación se desborda y se enmaraña en *Roten Ron* y en la *Allée des Acacias*. Más de un mes hace que París y Londres se despojaron de sus vestidos de invierno, y que hay arrullos de pájaros en las ramas y ritmos de amor en las alamedas. Y Madrid parece un *sepulcro blanqueado*. Lluvia incesante y fría hiela en el árbol la hoja apenas retoñada; viento huracanado azota las paredes, se introduce en las casas, hace tiritar los cuerpos y entumece las almas; sombra de muerte flota sobre Madrid,

como si Madrid hubiese reemplazado su cielo azul por un toldo negro, hecho con jirones de sotanas; y el vecindario anda á duras penas envuelto en capas, en mantones, en pañuelos, en bufandas; *tapado todo el mundo*, como si todo el mundo tuviera que tapar una vergüenza... ¡Diríase que ha pasado por Madrid, aleteando tristemente, un gigantesco cuervo á horcajadas en el trabuco del cura de Santa Cruz!... ¿Cuándo será la caza? ¿Cuándo me despertará, con la luz de un nuevo día, la voz de *Fuego*?... »

Desesperado de la realidad volví á vivir sin nombre — aquí donde los más grandes son tan desconocidos como los más humildes — la vida de obrero independiente que piensa lo que quiere y dice lo que siente, teniendo por toda pompa el legítimo orgullo de no sufrir ancas de una sociedad idiota, por todo compañerismo el mío, por todo regalo el pan diario y por todo placer un sitio al sol en el buen tiempo. Soy fuerte, muy fuerte, y desde la cumbre de mi pobreza me río del panorama de la verdadera miseria humana.

Me encanta, Dicenta amigo, me encanta la peste bubónica; porque creo de la peste bubónica, como antes lo creí del cólera morbo, que puede ser *la solución;* y me sublevo contra la idea de que acierte el doctor Roux en su augurio de que no nos visitará aquel salvador azote.

¡Ah, sí, que nos visite; que venga á pasar entre nosotros una larga temporada! No siendo posible realizar el sueño de los que han calculado que es necesario degollar en España dos millones de personas, debemos pedir la peste bubónica para que nos vaya ayudando...

¡Que venga una peste que convierta las ciudades en hospitales y los barrios en cementerios!

Y en una sociedad tan podrida la peste irá como una seda. Aunque quizá nos respete, como respetan los cuervos á los cadáveres de la *Torre del Silencio*... ¡por demasiado putrefactos!

Actividad patibularia

Con el título de *¡ No corre prisa !* publiqué hace años un artículo crítico de nuestra atonía física y moral, de ese modo de ser nuestro que consiste en dejarlo todo para *mañana*.

En aquel artículo, justo, como mío, hay, no obstante, algo que merece ser rectificado. Nuestra tradicional indolencia abarca toda clase de cosas; con una sola excepción : el patíbulo. Seremos todo lo holgazanes que se quiera ; pero en tratándose de dar garrote vil, tenemos el *record* de la actividad.

Recuérdese, si no, lo ocurrido con Sempau. Este pobre muchacho, acosado en su patria, vino á París en busca de trabajo y pan. Fué presentándose á los españoles y gustó á todos por la circunspección de su carácter. Á nadie ocultaba que era socialista, porque el serlo en París es la cosa más natural del mundo; pero no alardeaba de innovador, ni de redentor, ni de ninguna de esas cualidades que tienen constantemente en la boca los saltimbaquis de la política y de la literatura.

Era un socialista á la moda de ahora, de los socialistas que predican con el ejemplo, y que por eso son oídos; porque á los otros, á los que *juerguean* con el socialismo, á los que tienen el socialismo de pantalla de timbas de empresarios y de reclamos de necios, nadie, como no sea la guardia civil, les hace caso.

Sempau gustó, trabajó y comió. Su conducta — á juicio de periódicos tan serios como *Le Temps* y *L'Eclair* — fué « ejemplar en todas partes ». Su puritanismo era tan intenso que le obligaba á cometer verdaderas nimiedades, y así fué, como consignó *L'Eclair*, que desairó los favores de una porción de mujeres que se habían enamoriscado de su fisonomía apacible y dulce.

— « No tengo dinero para pagarlas — decía — y no quiero deber favores á nadie. »

¡Y el patrón del hotel reía de esta honradez paradisiaca!

Vuelto á ser hostilizado por la policía, y con la obsesión de que un hombre solo era el culpable de todas las persecuciones que sufría y de todas las penas que pasaba, arrastrado, en fin, por los fatalismos de su suerte, cometió un acto de violencia... En vano la prensa parisiense protestó de que Sempau no era anarquista. En vano quisimos protestar algunos españoles. Las protestas fueron al cesto de los papeles inútiles. Se voceaba y escribía :

ES ANARQUISTA.

Es anarquista, es decir : ¡al patíbulo con él!

Y si la justicia se hubiera dejado guiar por la impre-

sión del general Azcárraga, quien daba prisa á los sentenciadores, el socialista Sempau estaría fusilado por anarquista, después de haber sufrido que le arrancasen las uñas y le estrangulasen los testículos.

La prensa francesa ha lanzado un grito de horror al enterarse de que el ministro Groizard mandó por telégrafo que se cumpliese sin dilaciones la sentencia que condenó á muerte al reo de Cáceres. Aunque el reo no fuese imbécil ni loco, la actividad del señor Groizard sería inexplicable en una nación como Francia, en donde todos los Poderes públicos se han esforzado en conseguir que Vacher, culpable de veintitantos asesinatos y violaciones, sea sometido á un largo y profundo estudio de médicos alienistas que analicen la monomanía sanguinaria del delincuente.

Un ministro que da prisa á la manivela del garrote vil es un verdadero *caso* (digno de ser estudiado por antropólogos y psiquiatras), que acusa netamente la mentalidad de nuestros gobernantes, de esos gobernantes tan morosos en dar á Cuba una autonomía que hubiese salvado la vida á cien mil españoles... Y si el señor Sagasta tuviera el valor de sus convicciones, haría que el señor Groizard fuese á Cáceres y que el verdugo de Cáceres se trasladase al ministerio de Gracia y Justicia, para que no se pueda decir que siendo España un pueblo de adanes y perezosos, tenemos una actividad inusitada en Europa para dar garrote.

¡Si yo fuera Cánovas!...

En el flujo y reflujo de la marea frailuna, la ensangrentada ola del Archipiélago echó á España la espada del general Blanco, y el cenagoso oleaje de la política madrileña echó al Archipiélago el fusil del general Polavieja, quien, después de adquirir el sagrado compromiso de ponerse al servicio de la conjura frailuna, matando indígenas como quien mata moscas, obtuvo el visto bueno de Su Majestad el fraile, verdadero rey, señor y amo de aquella colonia perteneciente al pueblo español, á ese pacientísimo pueblo calificado de *bragazas* por el señor Silvela y de *imbécil* por el señor Salmerón.

Con el visto bueno de la corte eclesiástica, el general Polavieja puede ejercer de archipámpano, rematar la suerte, que nunca le fué esquiva, dormir gubernamentales siestas, bien custodiado por *indios carabaos*, en fresca hamaca suspendida de bambúes, á la benéfica sombra de pomposas *mangas*, y refocilarse con esculturales indias en el callado santuario de los conventos, que son para

las autoridades de España en Filipinas algo así como casas de tapadillo, con licencia del ordinario y bula *ad fornicationem*...

Muerto el perro se acabó la rabia. Muerto Maceo se acabó la insurrección de Cuba. Muerto Rizal se acabó la insurrección de Filipinas. Cien veces lo leí en otros tantos artículos y sueltos patibularios, donde se pedía cabezas, en nombre de Dios, como se piden caballos en nombre de la sed de sangre que seca las fauces del caldeado circo. Y Rizal expió el crimen de haber publicado un libro contra los frailes del Archipiélago; y desde que llegó á Manila el general Polavieja llega diariamante el mismo *telegrama oficial*:

« Manila... Madrid...

Capitán general á ministro guerra:

Sentenciados por consejos de guerra 10 reos de alta traición y rebeldía,

Falleció uno en la capilla de enfermedad; y *nueve fueron fusilados á las siete de la mañana.*

POLAVIEJA. »

¡Fusilar no es vencer! Napoleón fué un gran general, no por los fusilamientos, algunos alevosos, que perpetró, sino por las batallas que ganó y las conquistas que hizo. Cualquiera mata. Si el matar fuese mérito de guerra, Rosas y Francia serían dos genios, y Deibler un guerrero más grande que Cesar, y Abdul-Hamid, con sus trescientos mil armenios degollados, sería el primer general de Europa.

¡Fusilar no es vencer! Á Filipinas no se la fusila; se

la reforma; y loco sería quien pretendiese reformarla con fusilar ilotas y confesarse en seguida, como se confiesa Polavieja, para ponerse bien con Dios, como si Dios fuese el emético de los romanos repletos. Macbeth se lavaba las manos; pero sin disipar la sombra de Banquo. La meretriz se lava con agua de Lubin el sexo con cuyos placeres traficó; pero sin limpiar el coágulo del amor vendido. En las relaciones del pecador con Dios, la confesión es como la funda del purulento en su cópula con la mujer sana. Podrá Dios salir inmune del contacto; pero el pecador, después de desahogarse, sigue tan podrido como antes, y el confesor queda en el mismo estado de la funda que absorbió el virus del amor enfermo...

¡Si yo fuera Cánovas!... ¡Si yo tuviera la autoridad que tiene el señor Cánovas para hablar á España!...

Yo diría al pueblo español, yo le diría francamente :

— El imperio de Turquía perdió Moldavia, Valaquia, Kars, Batun, Bulgaria, Tesalia, Bosnia, Herzegovina, Chipre, Rumelia Oriental, y ahora está en peligro de seguir desmembrándose. El imperio de España perdió Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Perú, Chile, Centro América, Santo Domingo, Gibraltar... y ahora está en peligro de perder Cuba y Filipinas. Cuba debe ser autónoma si queremos conservarla. Filipinas debe tener reformas si no queremos perderla.

Con sinceridad rara, un corresponsal del *Heraldo*, nos ha narrado cosas terribles, inauditas, que erizan de espanto el cabello y llenan de vergüenza el corazón... Por ese corresponsal sabemos que en aquel archipiélago se trata á bofetadas á los pobres indios; que no hay allí

dinero, *exceptuando los millones de las órdenes religiosas, las rentas de la mitra y alguna que otra fundación;* que Rizal era un infeliz, indigno de sacramentos, es decir, de los tiros que le dieron muerte; que *por temblarle el pulso á nuestros soldados, sobrecogidos por un sentimiento de piedad,* hacemos que los indios fusilen á sus semejantes, sirviéndonos de ellos como de instrumentos de las sentencias de muerte que dictamos contra sus coterráneos, contra miembros de su misma raza, quizá contra individuos de su propia familia; que el indio, en su horrible inconsciencia, *considera tan triste misión como un honor supremo, y se da importancia, y crece ante la mirada del castila, porque llena al fin una misión en la vida,* la misión de matar, de matar á otro de su raza, de su religión, de su familia, *el cual muere con indiferencia y serenidad asombrosas, recibiendo en pie la muerte;* que los indios que antaño no asistían á los espectáculos de los fusilamientos, *acuden hoy en número considerable;* y que así se entiende allí el ser tutores *de los indios por ley de la civilización.*

¡ Si yo fuera Cánovas!... ¡ Si yo tuviera la autoridad que tiene el señor Cánovas para hablar á España !... Yo diría al pueblo español, yo le diría francamente :

— Todo eso es un horror sin ejemplo... un horror como no lo encontraremos en la misma Turquía. Dejemos á los sacerdotes del Islamismo cumplir el versículo del libro VIII del Corán : *Combatir á los infieles hasta que no quede uno solo.* Dejemos á los sacerdotes del Islamismo predicar el asesinato, el robo y el incendio *como actos de fe.* Dejemos al sultán Abdul-Hamid con las siniestras visiones que le persiguen á través de las

bellas umbrías de su fortaleza de Ildis... ¡ Dejemos la Inquisición, el fusilamiento, la tortura traidora y á mansalva!... No renovemos las alevosas matanzas de que fueron víctimas los indios de Lirey y Jaragua; no renovemos la esclavitud, esa esclavitud tan intolerable — — como recordó en el Ateneo el señor Ruiz Martínez — que los hombres buscaban en la muerte el alivio de sus cadenas, y las madres sacrificaban sus hijos para no aumentar el número de esclavos. No seamos tercos. No seamos malvados. ¡No seamos brutos!

Sí, yo diría eso... y algo más. Yo impediría que el despertar del indio en el campo de Bamgunayán sea cuatro tiros por la espalda; y yo le mandaría reformas, todas las que necesita, todas las que pide con derecho y en justicia. Y al tomar este acuerdo lo realizaría hoy mejor que mañana, porque el desagravio no debe emplazarse, y para que no vuelva á suceder que al mandar reformas después de los Weyler y Polavieja, me contestasen airadamente : — « ¡ Ahora se las mete usted por donde le cojan !... »

Esperando el Protectorado

Con motivo de un escandaloso incidente surgido entre los periódicos de Madrid, incidente que en otro país hubiese dado margen á una *enquete* periodística, Nakens ha podido escribir :

« Si *El Motín* había de alcanzar gran tirada callando ante la injusticia, ocultando la verdad, recibiendo sumiso admoniciones de la gentuza nea, ¡ bien haya este mi orgulloso acomodamiento con el modesto pasar, que me da la independencia tan necesaria al escritor para cumplir su misión honrada ! ¡ Bien venidas sean las contrariedades, benditos los apuros que me permiten exclamar !

Yo soy yo. No lo que otros quieren que sea. »

Sin llegar, por imposible, al puritanismo de un Louis Blanc, quien no publicaba anuncios en la cuarta plana de su periódico sin enterarse de si los anunciantes eran fidedignos y de si las cosas anunciadas eran realmente lo que rezaban los reclamos, creo que todo periodista

tiene el deber de poder decir lo mismo que ha dicho Nakens. Pero... ¡cuán contados son los que pueden decir otro tanto en toda España! ¡Cuán raros los periodistas independientes, dignos, honrados! Periodista español, no sólo es sinónimo de *criado*, sino que generalmente es sinónimo de *canalla;* de alma baja, rastrera é ingrata. Con raras excepciones, el periodista español es una rodea que sirve para sacudir el polvo de la mesa de la redacción, lo mismo que para limpiar la tapadera del retrete de donde el director de la publicación informa al público.

Nakens no nació para esos oficios. Con mucho talento, con pluma tan vibrante como enérgica y con conciencia cerrada á toda suerte de acomodamientos con el adversario, Nakens no podía « hacer carrera » en la capital de las componendas, de las *combinas*, de las farsas, de los distingos, de todas las escorias que forman la entraña social de Madrid; y abandonado de los suyos, de los mismos que tenían el deber de alentarle y sostenerle en la brega, Nakens, á la edad en que el hombre busca descanso, á la edad en que *todavía* no se es viejo, sin ser *ya* joven, tiene que pensar diariamente en el día de mañana y trabajar rudamente para vivirlo... Escaso consuelo es para la mayoría de los periodistas; pero acoja Nakens el respeto que le tributan amigos y enemigos. Más de una vez he pensado, en medio de la pobreza y soledad de mi vida, que Nakens ha llamado á la puerta de casa, que he visto su fisonomía de rudo combatiente á través de la verja que me separa del mundo, y que yo, en quien es casi morboso el deseo de apartamiento, he salido de prisa á recibirle en mis brazos; que le he dado

sitio en mi pobre casa y en mi escasa mesa, y mi pluma para escribir, honrándola, todo cuanto piensa y siente; que le he cuidado como se cuida un herido en el combate de la existencia, y que he ido en busca de las mismas gentes de quienes sistemáticamente me aparto para decirles alborozado y orgulloso:

— Tengo en casa á Nakens.

* * *

« La prensa — ha dicho Cornely — es una de las ocupaciones más desgraciadas é innobles de nuestra actividad nacional. »

Si eso es, á juicio de aquel meritísimo periodista, la prensa francesa, ¡ imaginen ustedes el concepto que le merecería, si la conociese, la prensa española!

Por fortuna nuestra, no se sabe de nosotros en Europa. Refiriéndose á los caricaturistas madrileños que asedian, por espíritu de imitación parisiense, á Inglaterra, un periódico de Madrid ha dicho:

« Pero todavía no conseguimos que los ingleses se indignen. »

No, no es fácil, porque ni siquiera se enteran de esos esperpentos caricaturescos, casi todos tomados de la prensa de París. Hace pocos días, en Londres, teniendo que buscar unos informes, me presentaron, como periodista español, á la redacción del *Daily Mail*; y el redactor de la sección extranjera en dicho periódico dijo asombrándose: « ¿ Conque hay periodistas españoles ?... ¿ Conque hay prensa en la pobre España?... »

— Sí, señor, sí, hay prensa; hay unos periodistas de

alquiler que van de Herodes á Pilatos bailando por comer el pucherete nacional al son que les tocan; hay unos periodistas para todo, que enjaretan un artículo lo mismo que van al estanco en busca de pitos para el director; hay unos periodistas mariconcillos que se diputan genios y se alivian el hambre canina atizándose bombitos en familia; hay unos periodistas *sui generis*, con las patas sucias, la tripa vacía y la chola repleta de vanidades; y cuando sale por casualidad un periodista de fuste como Nakens se lo lleva el demonio, lo apedrea el clero, ó lo apalean las autoridades como han apaleado al director de *La Mosca*.

— Es interesante — dijo el *Daily Mail*. — Todo eso variará con el protectorado de Inglaterra.

* * *

... Y ahora permítame la gentil Valencia que me presente. Pero no creo que hace falta. Soy

LUIS BONAFOUX.

Pijoanada

Una de las reformas de Puerto Rico es que los canónigos magistrales, como el Sr. Pijoano, pueden escribir comunicados no tan magistrales.

Sí; el Sr. Pijoano — que etimológicamente es homónino de monseñor Rampolla — escribió un comunicadito para desmentir noticias mías, dice él, remitidas á *La Correspondencia de Puerto Rico.*

Una vez que fuí presentado á una princesa no pude menos de decirle, *después de ensayar mi más graciosa sonrisa,* como dicen los personajes de novelas cursis:

« No creía yo, Señora, que el destino teníame reservado el honor de rozarme con una princesa. »

Y al contestar — volviendo por la buena memoria de un muerto — al comunicado del Canónigo, no puedo ménos de decirle después de ensayar mi más graciosa sonrisa:

« No creía yo que el destino me tenía reservado el honor de discutir con todo un Canónigo. »

Ni podía esperarlo. En todas partes los señores Canónigos se dedican á sus canongías, que no es poca ganga, sin meterse en honduras de prensa.

En fin, al Sr. Pijoano (¡para ti, lord Douglas!) no le parecen exactas *mis* noticias, respecto á las postrimerías del infelizote Rizal, por lo cual me permito recordar al señor Canónigo magistral, que aquellas noticias, según consta en la misma crónica, no son mías, sino del *Times* de Londres; y no le parecen exactas al señor... (¿cómo lo diré yo?) Pijoano (¡*Dios nos libre*!), porque no se avienen con las que dió « el *Eco Nacional*, importante publicación que ve la luz en la capital de nuestra monarquía, bajo la competente dirección de los señores Diputados á Cortes D. Enrique González y D. Vicente Balbás. »

No sabía yo que los señores González y Balbás hubiesen fundado un periódico que vé la luz pública en la capital de la monarquía del señor Anopijo, quien será carlista vergonzante. Pero tengo por averiguado que ni al Sr. Balbás, ni al Sr. González, ni al que asó la manteca, podrá ocurrirles la peregrina idea de comparar la información del *Eco Nacional* con la del *Times*, que es el primer periódico, no de Europa, del mundo.

Si el Sr. Rizal volvió ó no

« á la casa del Padre celestial, »

como dice pintorescamente el señor Canónigo, de cuyo nombre no quiero acordarme, y si escribió ó no escribió retractaciones (por el estilo de algunas que firmaron los torturados de Montjuich), crea su reverencia que me tiene sin cuidado. ¿Que estuvo bien fusilado? Pues allá

ustedes. Si no hubiera frailes en Filipinas no habría mestizos. ¿Que optan ustedes por fusilarlos? Lo creo, porque son ustedes *uranianos*.

Lo que no me parece tan bien es que me diga el Magistral que

« hay mucho que aprender en los últimos actos del autor de *Noli me tangere*. »

El último acto de Rizal fué... dejar la piel en Filipinas, y lo que es yo no pienso ir á Filipinas para que me *empijoanen* los frailes.

Como tampoco pienso ir á Puerto-Rico, en cuya *Gaceta* un señor Curet.

« cita, llama y emplaza por la presente requisitoria á D. Luis Bonafoux y Quintero, cuyo paradero y generales se ignoran, á fin de que se presente en el término de seis días en esta Cárcel. »

¡Digo! Se necesita ser Curet de el año para decir á un señor que está en París:

« Llamo á usted, cítole y emplázolo que salga de esos *boulevards*, y venga á meterse en una cárcel plagada de mosquitos y alacranes, en la que lo menos que puede sucederle es que le alimenten con sus propios ojos revueltos con tomate, si no lo *empijoanan* diariamente. »

Si el Sr. Curet, que es hijo de un señor que se fué al otro mundo debiéndole á mi padre diez mil y pico de pesos, que yo no me he ocupado en cobrar, me cita, llama y emplaza para pagarme la cuentecita, allá iré, aunque no en diez días porque no soy palomo mensajero sino en los quince días que tarda un carro de vapor del marqués de Comillas. Pero si el Sr. Curet, me cita, llama

y emplaza para meterme en la cárcel, única y exclusivamente para eso, no cuente conmigo. Porque meterme en la cárcel, después de no pagarme, sería un colmo.

¡Que el Sr. Curet no conoce mis generales! Pues no es extraño que no los conozca él, porque tampoco yo los conozco. ¿Qué generales son esos?

En fin, todo puede pasar, menos que se encargue á los agentes de policía que me busquen y capturen en la isla. Porque van á tomar una insolación, ó á reventar en alguna de las marchas ó contramarchas, mientras estoy tranquilamente en París bebiendo *sherry-brandy* por la desaparición de los Pijoanos de Puerto Rico.

¡Los cuales harán allí Rizales!...

onarqu
ante. I
al S
rl

Campo de soledad...

Empezamos el 97... acabamos el 97... y hemos empezado el 98 del modo más indecente posible : con Weyler.

La musa guajira le cantaba allá esta copla :

Mi querido Valeriano,
cuando te vayas de aquí
te llamarás Valerí
porque habrás perdido el ano.

Pero no sólo no lo había perdido, quizá por tenerlo de bronce, sino que se ha propuesto llamar Valerí á toda España.

Este bizarro Baratieri español, como le llama el *Corriere della sera,* que ni siquiera ha podido llegar á catalán, habiendo tenido que quedarse en mallorquín, después de servir de ludibrio á Quintín Banderas en la Trocha cubana, se apresta á la reconquista de Portugal y Gibraltar, según ha anunciado el señor Nocedal en bufo discurso que le hace merecedor de ingresar en la academia de Montjuich para que lo *limpien* de uñas, lo

fijen á una argolla y le *den el esplendor* que merece como cabeza visible del carlismo.

¿Qué ha hecho Weyler para atreverse con el gobierno, con la Reina y hasta con Mac-Kinley? Va á decirlo por mí un bizarro militar español con el siguiente paralelo:

WEYLER	MANUEL GARCÍA
Se batió algunas veces con los carlistas y *siempre lo derrotaron*. En San Quintín de Mediona se dejó quitar la artillería. Fué á Filipinas á negociar *para él*. Hizo la estúpida guerra de Mindanao para negociar mucho. De su contubernio con los frailes ha salido la insurrección de Filipinas. Se ofreció á pacificar la isla de Cuba, consiguió ir y no logró más que la mitad de lo que se proponía: él quería gloria y *dinero*.	Se batió muchas veces con la guardia civil y nunca lo derrotaron. Supo esquivar la persecución de las columnas. Robó mucho, secuestró bastante y nunca para él: todo para el fondo de la Revolución. Por su causa dejó la tranquilidad y la familia, expuso la vida, sacrificó la honra... y sucumbió por fin en un campo de batalla, lo que *al otro* no puede sucederle. Y si no puede sucederle que lo mate una bala, aún es más imposible que sacrifique la honra.

Tal es el hombre; ¡*ecce homo*! que sueña con proclamarse dictador de España, cuando su verdadero título, como músico y danzante de la más infecta de las políticas, es el de soplagaitas de la milicia.

La ejecución de la sentencia que condenó á muerte al señor Cánovas, como responsable de las inquisitoriales monstruosidades que se cometieron en Montjuich, fué la señal del derrumbamiento de aquel Vacher elevado á la categoría de capitán general de la isla de Cuba, en

donde se redujo su misión á acaparar riquezas para sí propio, vejar mujeres, matar indígenas, asolar el país y tender entre Cuba y España un mar de sangre más inmenso y colérico que el mismo Atlántico. Pero así como Cánovas es calificado de gran estadista, aunque se equivocó completamente en cuanto al resultado de la guerra de Cuba, guerra que cuesta á España lo más florido de su juventud, Weyler es calificado de caudillo victorioso de una insurrección que está por vencer, aunque mal pudo ganar combates que no dió, y aunque no tuvo la gloria de morir en el campo de batalla, en donde para alcanzarlo Máximo Gómez hubiera necesitado un machete de veinte y cinco kilómetros de largo. La calificación de gran estadista, propinada á Cánovas, cuyo mejor talento consistió en morir en Santa Águeda, y la calificación de caudillo victorioso propinada á Weyler, cuya única ciencia consistió en multiplicar los dineros con que arrambló en Filipinas, son tan extraordinarias como la calificación de gran estadista á Emilio Ollivier y la de caudillo victorioso al mariscal Le Bœuf...

* * *

Cuando el general Polavieja cometió el horrendo crimen de fusilar al doctor Rizal, yo protesté en *El País*.

Periódicos canovistas me contestaron con insultos y persecuciones. El señor Cánovas desde su Olimpo de estadistas no me hizo el menor caso. Él y los suyos

creían que todo se arreglaba á tiros. Meses después lo arregló á él con cuatro balazos la sombra de Rizal: ¡Angiolillo!...

Enterrado Cánovas, cesante de Filipinas y medio ciego ó medio tuerto Polavieja, pacificada ó cosa así la insurrección del Archipiélago, importa á España que el señor Sagasta, que ha llevado reformas á Cuba y Puerto-Rico, las lleve igualmente á Filipinas. Pero ¿á que no?

De modo que para reformar á Filipinas lo primero que tiene que hacer el gobierno del señor Sagasta, es reformar el fraile; y eso no lo hará el señor Sagasta ni ningún gobierno español.

Porque el fraile es á la puerca política madrileña lo que el cuervo al cadáver. Porque el fraile es la mosca borriquera del pueblo español. Roídos hasta los huesos los partidos monárquicos, atrofiado el partido republicano, revolcándose potentemente en su piara el cerdo triste del carlismo, el fraile hace las veces de abejorro que vive sobre las inmundicias de los estercoleros, y el cura es con relación á la roña nacional lo que el asqueroso insecto que vive en los urinarios y se adhiere al enmarañado vello de las partes más sucias del organismo. Yo no veo salvación para España; pero es preciso seguir trabajando... Yo no veo salvación para España porque España se ha transformado en un « campo de soledad, mustio collado » con una sola casa que es la iglesia, y en el frontispicio de la casa el Dios del Sinaí y de Montjuich á cuyo alrededor revolotean algunos pajarracos muy negros con unas crestas de teja. Un viento pestífero y tormentoso barre de arriba á abajo el mustio

collado, el campo de soledad que fué España, la grande España; viento que envenena la sangre y hiela los huesos. Por donde quiera veo el mismo espectáculo de desolación y muerte; lo veo en la ciencia, en la literatura, en el arte, en la política, en la masa de la sociedad, en el aire que se respira...

Cavemos, cavemos.....

> ...Ya que así lo quiere el triste destino de nuestra raza, seamos despreciadores del hogar, de la tranquilidad, de la sangre, de cuanto suelen defender otros pueblos con tanto honor militar como nosotros y con mayor acierto, desde luego, en las obras de progreso y de cultura. Sigamos arrojando la vida por la ventana...
>
> HERALDO DE MADRID.

Otro refuerzo. Otros miles de jóvenes que van á la guerra de Cuba, á la manigua, al surco, á la tumba... Hemos enterrado doscientos mil. Aún hay juventud. Aún se puede enterrar. Cavemos, cavemos...

Franceses y alemanes combatieron y murieron por algo grande. La juventud española combate y muere por el pillaje colonial de sus gobiernos. Es el destino de nuestra raza, advierte el *Heraldo*, y el destino no se evade.

« Despreciando el hogar, la tranquilidad, la sangre,

cuanto suelen defender otros pueblos con tanto honor militar como nosotros », allá va la juventud, al horrible matadero cuyo carnicero es invisible como Dios.

Alegres y decidores van los jóvenes. Han comido carne una vez en su vida, han bebido unas tintas, han fumado unos puros de estanco, y en la cubierta del buque transatlántico tienen permiso para rasguear las guitarras...

Como soldados de España cuentan con pelear brazo á brazo con los adversarios, cuentan con rendirlos en la contienda, con volver á España llevando á guisa de trofeo la ensangrentada cabeza del *Viejo chino*, de ese insurrecto intangible que está como Dios en todas partes y no se le ve en ninguna. Cualquiera de ellos siente hervir en sus venas la sangre del héroe de Cabrerizas, de San José, el soldado, herido, exangüe, arrastrándose como una sombra por entre malezas del campo, constantemente expuesto á morir al mismo pie del muro desde donde contemplábanle sin salvarlo los compatriotas y compañeros, y salvado por valiente para volver mutilado á la patria y rasguear la guitarra de puerta en puerta pidiendo « una limosnita por amor de Dios ».

Alegres y decidores van á buscar al enemigo; van á la manigua, al surco, á la tumba. La manigua es la estepa tropical. El soldado español, como el soldado francés á su regreso de la campaña de Rusia, va por la estepa sin encontrar casi nunca á nadie, asfixiado por la miasmática atmósfera de inmensa hoguera que eleva sus llamas recortando el aire, viendo á lo lejos fantasmagóricas sombras de insurrectos rastreantes en las llanuras, que aguardan ocasión propicia para herir sobre seguro.

La naturaleza es del enemigo, y contra la naturaleza no se puede nada.

En esa horrible peregrinación en busca de una tumba anónima, los jóvenes de veinte años se vuelven repentinamente viejos. La inmensa mayoría va cayendo al surco; buena parte va á agonizar en hospitales infectos, y los que regresan después de dar su juventud para cebar á un Weyler, parecen cadáveres ambulantes galvanizados por supremo esfuerzo de la voluntad. Amarillos como la cera, con las quijadas y las clavículas al aire, con los ojos saltados por la intensidad de la fiebre, con el esputo de la tisis en la dañada boca, encorvados por la vejez del trópico, y tiritando bajo los uniformes de dril, los que no tienen la suerte de ser tirados al mar bajan de la pesebrera del buque que los escupe á tierra, toman asiento en la perrera de un tren mixto, y con la guitarra rota sobre las deyecciones de la tuberculosis van castañeteando á través de las desoladas llanuras de Castilla, bailando la danza macabra de los huesos galvanizados.

Y los que les mandaron á la muerte siguen viviendo al calor de las estufas del Congreso, diciendo en corros y corrillos que Cuba está perdida, pero que no hay quien se atreva á declararlo. Y sigue yendo el ganado al matadero. Otro refuerzo más. Hemos enterrado doscientos mil. Aún hay juventud. Aún se puede enterrar.

Cavemos, cavemos...

Por Fígaro

La redacción de *El Progreso* que sabe celebrar la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad, llevará el dia 13 de Febrero una corona á la tumba de *Fígaro*.

Y el representante de la *Campaña* en nombre de su redactor Luis Bonafoux y en nombre de todos los que allí escribimos, llevará otra.

Así demostraremos que sabemos honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles.

... Iba á decir á ustedes que los trabajadores de Andalucía que no tienen trabajo y tienen hambre, hacen perfectamente en asaltar las tahonas con el derecho que asiste al lobo para bajar á poblado cuando el invierno lo echa del monte; que si quedan impunes las infamias de Montjuich no debe extrañarnos que la crítica francesa diga de nosotros : *ils ont beau avoir disparu déjà depuis des siècles, les hallucinants petits-fils de Charles-*

Quint, leur ombre pèse encore sur toutes ces âmes ignorantes et dévotes de la population ibérienne. Interrogez un Espagnol quel qu'il soit : Philippe II est pour lui le grand Roi, le roi catholique, omnipotent et terrible à l'hérétique de race et de pensée, car l'Espagnol élevé dans l'ombre des églises, a *la haine instinctive des idées en marche et du progrès...*

Iba á decir á ustedes que si el gobierno quiere sinceramente aplicar la autonomía á Cuba, y evitar á un mismo tiempo escándalos como los recientes de la Habana, es menester que empiece por desarmar ese cuerpo de « voluntarios de la integridad national » de los monopolios, los cuales voluntarios dan ahora vivas á Weyler y mueras á Blanco y á la autonomía, como antes dieron mueras á los niños estudiantes á quienes fusilaron en nombre de España como si España fuese la madrastra del *petit Pierre*, hijo del asesino Gregoire...

Iba á decir á ustedes que el señor Sagasta, aunque está muy gastado, debe tenérselas tiesas con esas señoronas aristocráticas que piden la reforma del artículo II de la Constitución, para anular la tolerancia religiosa (suponiendo que exista semejante tolerancia en España), la vuelta del Papa al poder tenporal, por obra y gracia (¡ qué risa !) de las bayonetas de que dispone el señor Pidal, y el establecimiento de un gobierno teocrático, confiado á las Corporaciones religiosas, en el desventurado archipiélago de Filipinas, cuya pacificación vamos recobrando merced á los millones que damos á los Aguinaldos y demás igorrotes...

Pero el recuerdo de *Fígaro*, evocado en buen hora por *El Progreso*, es como un resumen de todas esas lásti-

mas; porque *Fígaro*, que no sólo es el único genio literario, sino también el primer patriota español del siglo en que nos arrastramos miserablemente, defendió á los trabajadores hambrientos, fustigó á los fanáticos descendientes de Carlos Quinto, á los voluntarios de la integridad de los monopolios, á las devotas histéricas, á esa misma España de la inquisición de Torquemada y de la inquisición de Portas; y harto de luchar cuando la generalidad de los bombres empieza á vivir, se dió un tiro, quizá avergonzado de haber venido á un mundo que Revilla llamó *kábila con pretensiones*. Por eso no se ha tributado el menor homenaje á su memoria. Por eso no se le quiere, y se trata de olvidarlo; porque vivió escribiendo amarguísimas verdades del medio social donde le tocó nacer, de las costumbres hipócritas, de la raza prostituída y degenerada, de la holganza general, de los perdularios que se diputan políticos, de los charlatanes que se titulan oradores, y de los cagatintas que se gradúan de literatos y periodistas y viven suciamente de limosnas cuando no de estafas, en vez de vivir de la labor para la que nacieron, arando el campo ó tirando de un carro, ocupaciones, por lo demás, tan dignas como las literarias. Porque *Fígaro*, en fin, fué un revolucionario en la patria de Felipe II y Torquemada, y en una época de atraso bestial, casi tan grande como el de ahora.

Pero si Shopenhauer pudo decir en su testamento que la patria alemana le merecía « el más profundo desprecio por su idiotez, y que se avergonzaba de pertenecer á ella », á esa patria alemana que ha producido en este siglo á los Treitschke, Sybel, Ranken, Helmholtz, Curtius, Mommsem, Virchow, Goëthe, Kant, Bismarck,

Beethoven, Moltke y Roon, y que es actualmente la nación soberana de Europa, no se me alcanza la razón de la ojeriza á *Fígaro* por haber consignado en su obra inmortal, con el buen deseo de corregirlas, el desprecio que le merecieron las costumbres de un país cuyas postrimerías de siglo son Montjuich, Cuba y Filipinas, y cuyos grandes hombres son Weyler, Carulla y Portas — ¡ fatídica trinidad de un infierno dantesco!...

El principio del fin

Lo he dicho : nuestra tradicional indolencia abarca toda clase de cosas, con una excepción sola : el patíbulo.

La actividad patibularia del general Azcárraga en el asunto de Sempau lo prueba sobradamente. La prensa de Madrid publicó un telegrama de Barcelona, según el cual el general Azcárraga « daba prisa » al Consejo de guerra que iba á juzgar ó fusilar á Sempau. Sempau merecía, á juicio del general, ser juzgado ó fusilado sin dilación por un Consejo de guerra, porque atentó á la vida de Portas.

Pero ahora resulta que Portas es el más grande de los malvados, según las declaraciones de los prisioneros de Montjuich, los testimonios de médicos y las aseveraciones del *Progreso* y el *País*, etc., etc. Periódicos conservadores, como *La Época*, piden se castigue al delincuente; el gobierno resuelve abrir una información judicial y traer de África á los presos que fueron allá

después de ser torturados en Montjuich, y, exceptuando á los jesuitas, todo el mundo dice en España que Portas merece que le corten la cabeza.

Yo, que no soy jesuita, no creo que se debe cortar la cabeza á nadie, ni siguiera á Portas — suponiendo que la tenga; — pero, en fin, puestos ya á cortar cabezas, oficio de nuestra particular predilección, ¿con qué derecho se quiso antes fusilar á Sempau, y con qué derecho se le tiene ahora en cautiverio, porque Sempau, adelantándose al fallo de la opinión pública, quiso ejecutar al reo?... ¿Y qué remordimientos no tendría el general Azcárraga si los tribunales de Barcelona hubiesen procedido con la precipitación que les recomendó él?

Los inquisidores, que instigaron á Portas, no se dan por vencidos, y como la juventud escolar, con raras excepciones, está entregada á ellos, los inquisidores han tomado de pretexto un artículo del *Progreso* contra un señor Moliner, catedrático, para vengar á Portas, azuzando á los jóvenes escolares contra el local de la redacción, cuyo vidrios rompieron sin intención de pagarlos.

Y como Madrid es en todo y por todo una parodia de París, ya tienen en la villa del oso su escandalito á lo: *A bas le Figaro!* Los estudiantes, sin *béret*, pero con *boina*, apedrean diariamente al *Progreso*, de suyo pecaminoso por el título, y hacen autos de fe con los números del colega; — y Portas, más contento que unas pascuas, tiene la esperanza de que Lerroux y los demás redactores de aquel colega entren en Montjuich para ensayar en ellos el procedimiento de poner lavativas de aceite hirviendo, ya que el procedimiento de no beber durante cuatro ó cinco dias está desacre-

ditado desde que le ensayó en sí mismo el sabio Sven Hedin al atravesar el desierto de Taklan-Makan.

Es el principio del fin, porque ya se anuncia que si el gobierno del señor Sagasta fracasa en su difícil gestión de establecer reformas en un país entregado por completo á la frailocracia, subirá al poder el señor Silvela,

« acompañado de las honradas masas del señor Pidal y seguido de jesuítas, paúles, carmelitas calzados y descalzados, benedictinos, franciscanos, dominicos, agustinos, beatas y monjas de todos colores y las inmensas *recuas* que siguen á estos eternos enemigos del progreso, buhos que en los obscuros antros de las criptas y bajo los sombríos pórticos de los innumerables conventos, monasterios, capillas, oratorios y casas conventuales con que han invadido la infeliz España en el último cuarto de siglo, resucitarán la Inquisición y la hoguera, que ya defienden sin ambajes y con inusitada procacidad á la luz del día, los subvencionados órganos de la reacción clerical que nos amenaza. »

La situación es tan propicia al advenimiento de don Carlos al poder, que ha sido denunciado un periódico por haberse atrevido á historiar que el cardenal Moreno dejó dos millones de pesetas á sus parientes; el obispo de Badajoz un millón á una mujer que no sé qué le tocaba en parentesco, y el cardenal Monescillo seis millones á otra mujer « á quien sacó muy joven de un colegio de Toledo y con la cual vivió siempre, » para que le ayudase á meter el diablo en el infierno con arreglo al cuento de Bocaccio. Y el señor obispo de Sevilla invitó á sus diocesanos, y á todas las herman-

dades y corporaciones religiosas de aquella ciudad, con más seis mil vecinos, á ir, « rezando el rosario, » á desagraviar el santuario de Guía, en donde un pobre loco la emprendió á golpes con una imagen de Cristo, porque este doctor no quiso curar á la madre del demente. Y periódicos liberales elogian esta mascarada de carnaval, como elogiaron también á los diocesanos que tiraron el coche de un señor obispo, cuya caballería se encabritó. La frailocracia reina y gobierna, y yo estoy resuelto á meterme fraile á lo Huysmans.

Parece que la guerra de Cuba toca á su fin, y que, según ha telegrafiado el general Blanco, la acabaremos « en Febrero » — no se dice de qué año. Que los insurrectos sean pocos y mal avenidos, y que los haya con tendencias de Aguinaldo, ó á recibir aguinaldos en buenas pesetas, cosa es que ni sé ni discuto. Pero eso de que estén pereciendo de hambre me parece un tanto exagerado, á juzgar por el banquete que se propinaron al elegir presidente de República; del cual banquete publican el *menu* los periódicos de New-York.

Puré de plátanos.
Croquetas de gallinas.
Frituras de maíz.
Arroz con pollo.
Hígado (salsa mambisa).
Fricandó con puré de yuca.
Estofado de puerco.
Chuletas de ternera.
Pulpetas criollas.
Lechón asado.

POSTRES

—

Conserva de guayaba.
Pan patate.
Atropellado de papaya.
Jalea de boniatos.
Guayaba y queso del día.
Café, licores, tabacos y cigarrillos.

¡Digo! ¡Y eso que no están legalmente constituídos! Ya quisieran atropellarse así de papayas, aunque sólo

fuese una vez al año, más de cuatro Enviados extraordinarios y Ministros plenipotenciarios de tales ó cuales republiquitas americanas en Europa; de esos que reciben á los ministros de la nación donde hacen de *rastaquouères*, en un caserón con cuatro sillas, un catre y un sillón, y se disculpan diciendo :

« Esto no está amueblado todavía ; pero *luego luego* traerán el otro sillón, » y cuando viene el sillón viene también la cesantía, y el Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Patagonia en Europa tiene que volverse á su país á escribir infundios y esperpentos, porque todos son literatos (muy conocidos en sus casas) con la insólita vanidad de que les nombren correspondientes de la lengua de Valera, de la lengua de una nación contra la que lucharon por hacerse independientes, aunque quedando esclavos por el pensamiento...

¡Eh, eh, á la plaza!...

Decíamos ayer :

« Parece que la guerra de Cuba toca á su fin, y que, según ha telegrafiado el general Blanco, la acabaremos « en febrero » — no se dice de qué año... »

Telegrama del corresponsal del *Matin* en Madrid :

« *Madrid, 9 février. — Le maréchal Blanco télégraphie de Santiago de Cuba que c'est par erreur que les journaux lui ont fait dire qu'il terminerait certainement la guerre avant la fin de ce mois.*

Il ajoute qu'il n'a pas pu commettre une telle légèreté. »

Ya lo decíamos ayer, y añadimos hoy : como la guerra deba terminarse por la fuerza de las armas, ese febrero será del año dos mil trescientos catorce.

La guerra de Cuba pudo terminarse con provecho de España, y sin efusión de sangre, cuando el bravo y noble general Martínez Campos y el revolucionario Martí acordaron un armisticio precursor de una paz con

reformas, que, por cierto, no llegaban á la autonomía; pero Cánovas — el « gran carácter » — dobló la cerviz al yugo de los monopolizadores de la gran Antilla: la paz no se hizo, y Cánovas — el « gran estadista ante quien se inclinaba Bismarck », — en vez de aprovechar aquel momento propicio para declarar la guerra á los Estados Unidos, guerra simpática si jamás las hubo, mandó doscientos mil hombres, y todos los dineros con que pudo arramblar, á la isla de Cuba. Y ahora, cuando la cosa no tiene remedio, España se venga de los Estados Unidos con los gestos de la duquesa de Bailén y de la marquesa de la Laguna, para quienes consiste el patriotismo, no en dar hijos á la manigua, ni en quedarse ciegas de llorarlos muertos, como se ha quedado una infeliz obrera, sino en hacer despreciativos pinitos delante del representante americano, que desde entonces se ha quedado muy flaco...

Á tal extremo de decadencia hemos llegado en la patria de Agustina de Zaragoza, María Pita y doña Berenguela de Castilla; y así como las Berenguelas de ahora ejercen de patriotas con volver las espaldas á un Woodford, los gobernadores ejercen de liberales como el don Sancho de Sevilla, con capitanear procesiones contra *El Progreso* y suprimir *ab irato* la circulación de *La Campaña* « por inmoral ».

Cuando el señor Laá era mozo y bailaba en Puerto Rico la *cola e pato* y el *no me jales que yo voy*, y vivía morganáticamente con tres negras carabalíes y dos mulatas *simarronsitas*, habríanle parecido de perlas los artículos de *La Campaña*. Pero el hombre, ha dicho Sellés, se mete á moral cuando no puede hacer inmora-

dades, y el señor Laá, como decía un bardo cubano, *ya está viejo para gosal.* No pudiendo hacer pinitos con negras y mulatas, el gobernador de Sevilla la ha emprendido con *La Campaña* por sus « desafueros políticos y religiosos ».

No sé dónde va á parar el señor Sagasta con la compañía de esos Laás. Con uno de ellos iba cuando se rompió un fémur, y con el otro, al paso que va, se romperá el bautismo.

Á cambio de estas infaustas nuevas nos ha dicho el telégrafo que por fin se ha constituído el gobierno colonial de Puerto Rico y que ha sido asesinado el señor Reyna Barrios, violador de la Constitución y presidente de Guatemala, en cuya República ejercía de Portas. Ya no lo volverá á hacer más.

Portas, que no tiene pelo de Laá, empieza á curarse en salud y ha dicho á don Carlos Costa, redactor de *La Publicidad*, de Barcelona, que « si llegara el caso de que lo procesaran y corrieran peligro su libertad ó intereses, entonces hablaría muy mucho, explicando todo lo oculto que hay aún en este proceso, y CITANDO Á MARZO Y Á DESPUJOLS COMO LAS PERSONAS QUE LE HAN INDUCIDO Á LA APLICACIÓN DE PROCEDIMIENTOS QUE HAN TRAÍDO ESTE ESCÁNDALO. »

Nada nos cogerá de sorpresa tratándose de Marzo, cuya vida y milagros cantará en aleluyas *La Campaña*, y del jesuítico general Despujols, quien, estando en Puerto Rico cuando estalló contra mí el motín de 1880, me mandó decir con el segundo cabo, como única satisfacción al allanamiento de mi casa y á los atropellos que se cometieron conmigo, aunque yo era un chicuelo :

« Á Bonafoux que se embarque esta misma tarde para evitarme echar la caballería á la calle. » — Así cumple las leyes este sacristán con entorchados.

La lucha de clases promete espectáculos amenos en todas partes. En Chicago, lucha del bruto Corbett y el no menos bruto Fritzsimmons; en Madrid, lucha de un elefante y un toro; y en Barcelona, lucha del chacal Portas y el cocodrilo Despujols. — ¡Eh, eh, á la plaza!...

Esta última lucha ha de ser la más divertida, porque será también la más sangrienta, si ocurre, que lo dudamos, porque nunca se mordieron las fieras de una misma camada. Por lo menos será más sangrienta que la lucha de Dupuy de Lôme y Mac-Kinley, en la que nuestro pobre embajador ha quedado como una fiera del Jardín Botánico.

De aquí y de allá

Á las seis de esta mañana me ha despertado el gratísimo eco de la explosión del acorazado *Maine* en la bahía de la Habana. Los telegramas refieren que todas las autoridades de la Habana y de Madrid, así como también todo el pueblo español, dan vivas señales de sentimiento por aquella catástrofe. Hay una excepción : yo. ¿Fué casual el accidente? Pues me alegro de la explosión ¿No fué casual? Pues también me alegro. El *Maine*, en la bahía de la Habana, era una insolencia y una amenaza á España y Cuba.

Así como de la grandeza de Bismarck quedan para contarlo tres pelos de cerda sobre las negruras de la caja craniana, del poderío del *Maine* — cuya explosión celebro cordialmente — queda un mástil á cuyo alrededor graznan unos cuervos olfateando la peste que se ha extendido por la bahía de la Habana...

¡Lástima de tinta gastada por la prensa madrileña en justificar que España no tuvo arte ni parte en aquella

deliciosa catástrofe! Son los Estados Unidos, en sus relaciones internacionales, un repulsivo pueblo que no ha tenido coraje para expropiar á España de su perla antillana, ni ha tenido grandeza para pelear por Cuba como peleó Francia por los Estados Unidos. La raza de los Lafayette y Byron no se ha aclimatado en este pueblo de mercaderes que aguardan el agotamiento de España y la ruina de Cuba para graznar sobre los escombros, como graznan los cuervos que revolotean sobre el mástil del acorazado...

« Desaparecido el *Maine* — ha dicho el *Heraldo de Madrid*, — enterrados los muertos y asistidos los heridos, quedan bien patentes estas cosas :

« Un jefe y un segundo jefe que de noche abandonan su barco para ir de comilona á otro vapor. Una oficialidad que casi en su totalidad, después del silencio, no está á bordo. Unos jefes de un barco de guerra que siguen alejados del buque que su país confió á su dirección mientras allí perecen los tripulantes y todo se sepulta en el fondo del mar. Unos marinos españoles que acuden á prestar auxilio sin reparar en peligros; autoridades, ejército, bomberos voluntarios que rivalizan en la obra humana y santa de prestar toda clase de auxilios; médicos españoles que luchan por salvar la vida á los heridos: pueblo hidalgo, en suma, que rivaliza en esa obra cristiana de consolar al desgraciado. »

Y esto no tiene vuelta de hoja por muchas que sean las *enquêtes* de los *jingoes* para descubrir si fué un español vengativo, ó un insurrecto ganoso de conflictos, quien puso los cascabeles al *Maine*. Ni español ni insurrecto. Pero cualquiera de ellos habría tenido derecho á volar

al insolente acorazado : el español, en nombre de España, tan ultrajada á traición y á mansalva; y el insurrecto, en nombre de Cuba, tan explotada por la usura americana.

Por fortuna no andaba por la bahía el Sacamantecas de la milicia á quien llaman Weyler; porque de haber estado allí jurarían los *jingoes* que el de la voladura había sido el infeliz Valerí, de cuya fama de fiera ha dicho el señor Romero Robledo :

— Figúrense ustedes que voy y traigo á ese tipo como si fuese una fiera capaz de comerse los niños crúos. ¡*Aquí está la fiera, señores*! ¡*Aquí la traigo, caballeros*! Y cuando todo el mundo esperaba ver salir de los embozos de mi capa una pantera ó una hiena, ¡pues salta un conejo!... ¡Vaya un tío leche que está hecho el tal general Weyler!

Todo lo cual no le impide amenazar con que volverá á Cuba, á ver si aún queda algo, aunque no dejó ni los rabos. Como Montoro ha pedido tres millones al gobierno metropolitano — que es como si me los hubiese pedido á mí, — y como el *Maine* voló... al fondo de la bahía, el gran Valerí, que de mozo ejerció de trapero de sus compañeros de academia, recogiendo en sacos todos los cabos de vela que quedaban en los dormitorios, quizá piense hacer otra Trocha con los millones del gobierno insular, ó revolotear alrededor del mástil del *Maine*...

Menos pedigüeños que los de Cuba los ministros de Puerto Rico no solicitan millones, sino la libertad de unos *jíbaros* que, injustamente sentenciados como autores de la ridícula algarada que los conservadores tramaron

en Arroyo, siguen presos en las cárceles de Cádiz, á pesar de la autonomía y de la « era de paz y olvido. »

Uno mi súplica á la del pueblo portorriqueño para que se dé libertad á aquellos desgraciados; y el señor Moret, que tomó en consideración el artículo que publiqué en *El Progreso* solicitando en justicia la libertad de otros portorriqueños, como el Dr. Gómez, injustamente presos por el general Marín, sobre cuya conciencia sigue el cadáver del Dr. Iguina, tomará en consideración esta nueva súplica, no por mía, sino por ser expresión del deseo de todo un pueblo. Algo menos autonomista que el señor Moret era el señor Núñez de Arce, y algo más difícil que dar libertad á unos presos era echar abajo una Audiencia, y el señor Núñez de Arce, atento al artículo que dediqué á este asunto, y que fué reproducido por casi todos los periódicos de Madrid, como *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Época*, etc., de una sola plumada declaró cesante á la Audiencia de Puerto Rico, cuyo Regente, señor Zárate, quiso matarme; pero no me mató, y luego fué á morirse á Manila, que es como no morirse en ninguna parte.

Bueno será también que el señor Moret ate corto al Padre Vega, párroco de Bayamón, el cual curita, con escándalo del público y de la prensa, echa sermones sobre el tema de que « en Puerto Rico no hay familias moralmente contituídas, » como si aquella sociedad se compusiese de presbíteros, amas y sobrinos.

Animado por este ejemplo don Luis Pérez Allú, catedrático de la Escuela normal de maestros de san Juan, quiso hacer en plena clase, con una señorita de Escuela, lo que el señor Laá con *Rosa Mística* y

Lucrecia cuando las voluptuosidades no le daban dentera.

Mal caríz presentan las cosas con presbíteros del calibre del Padre Vega, profesores tan retozones como don Luis Pérez Allú, y canónigos de apellidos tan sospechosos y amenazadores como el reverendo Padre Pijoano (¡Dios nos guarde!).

Puede que se les antoje á esos caballeros que la autonomía consiste en *pijoanar* en las escuelas. No, no es para tanto el régimen autonómico, ni para convertir las escuelas de Puerto Rico en sucursales del colegio que tienen los padres *maristas* en Canet de Mar (Barcelona), del cual colegio desapareció, sin que se sepa dónde fué á parar, el jovencito Eustaquio Lizorraga... Que lo busquen, que no lo buscarán, las autoridades por si lo encuentran muerto en un subterráneo, después de ser víctima del sadismo de un Pérez Allú.

Puntos filipinos

Mal año para pensadores... pues para chascos, los de los Zolas y Grimaux en todas partes.

Ningún grito de rebelión ha obtenido últimamente en España tantas simpatías como el de los filipinos que se levantaron en armas contra la frailocracia del archipiélago, no contra la patria española. Los pensadores españoles, como Pí y Margall, consideraron como guerra civil, necesaria y legítima, la insurrección de los tagalos. Se la aplaudió en secreto. Se la atenuó en público. Y todo el mundo juzgaba que el resultado de la lucha sería el acabamiento del omnímodo poder de los frailes de Filipinas. Para ello y por ello, se decía, pelean los Aguinaldo, los Paterno, etc., etc.

El resultado de la insurreccien es otra cosa: cuatrocientos mil pesos pagados de golpe á los señores revolucionarios; otros cuatrocientos mil pesos por pagar á los mismos señores revolucionarios; Aguinaldo, hecho una caricatura de Reyna Barrios, con humos de dicta-

dor *pour rire*, muy tirado de frac y guantes blancos, asustando á los vecinos de Hong-Kong con su *toilette*, parecida á la de aquel otro filipino Roxas, á quien, al salir en tal guisa por los grandes bulevares, faltó poco para que le llevasen á la enfermería del *Dépôt*; Luna, el bravío Luna Novicio, al que suponíamos combatiendo al lado de sus hermanos en justa batalla contra la frailocracia, apareció en Madrid, exhibiéndose en banquetes, mientras caían allá abajo sus compañeros y correligionarios. ¡Todos, en suma, queriendo hacer buenos á los frailes que deseaban ahorcarles!... Porque resultan, por lo general, más tiranos que los *Castilas*, más socaliñeros que los empleados de aduanas y más bufos que los *Chocolat* de circo. Raza degenerada, con todos los vicios y sin niguna de las grandezas de la raza generadora.

Nada de revolucionarios á lo Sucre, que murió por su patria después de vencer en Ayacucho: ni á lo Bolívar, que fué á morir al destierro, después de recabar la independencia de un continente; ni á lo Wáshington, que colgó la espada emancipadora para restituirse al arado. Los Aguinaldos, más prácticos, después de jugar al escondite por montes y breñales, cogieron sus milloncitos y á París con ellos, porque en París no se pregunta por el color de la conciencia, sino por el color de la moneda. La insurrección de Filipinas ha quedado reducida á un *chantage* revolucionario, y los ilustrísimos follones que se llamaban Aguinaldos pasarán á la historia del Archipiélago, ya que no por revolucionarios filipinos, por *puntos filipinos*.

Y no hay más remedio que lamentar que tales *to-*

madores políticos, *espadistas*, que no espadas, de la insurrección tengan derecho á pasearse por los bulevares, después de haber desolado á España por cobrar unos millones, que no por poner á raya los desafueros de la frailocracia, mientras un obrero honrado como Bo y Singla se pudre en la cárcel de Barcelona, condenado á seis años de presidio por la publicación de un articulejo, y un Sempau está perseguido por asesinato frustrado y atentado á la autoridad, cuando todo el mundo sabe en Barcelona que cayó en un lazo tendido por los guardias, quienes, lejos de advertir á Portas del peligro que corría, esperaron que Sempau le hablase para detenerlo al sacar el revólver.

Y mientras no hay una pluma, no ya justiciera, ni siquiera caritativa, que abogue por Bo y Singla, convertido en un Cyvoct á palos, ni por un Sempau, á quien quiso dar garrote el general Azcárraga, el bueno de Aguinaldo, después de contribuir á la matanza de españoles y tagalos, y á la ruina del empobrecido Erario, viene tranquilamente á solazarse en París con un frac de prestidigitador de feria y con unos milloncejos que hacen presentable á las *cocottes* su lamentable fisonomía, que tiene el aspecto de un Menelik visto por el rabo.

Asnos parlamentarios

> — Comment ! tous les candidats du passé, et même du trépassé, sortent de terre. Et moi... moi, Isidore Naturel, je me serais abstenu !...
>
> Et il continua d'un ton confidentiel :
>
> — J'ai trouvé une «plateforme» excellente... originale... patriotique... J'aurais pu me présenter comme candidat antiintellectuel !...
>
> Octave MIRBEAU.

Si Mirbeau tuviese noticia de los *Isidore Naturel* de España y sus colonias, de los que por tener una caja de ochavos, como la de *Isodore Naturel*, se han presentado como candidatos *antiintelectuales*, ó burros, maravillaríase, á pesar de su escepticismo político, de que exista un país en que los asnos asaltan por manadas los puestos que debieran reservarse á los hombres intelectuales, á los que vivieron en las aulas universitarias y en los laboratorios de las ideas para vencer en los torneos de la inteligencia y conquistar á pulso el derecho de ocupar un sitio al sol.

Ladrones de abolengo, habiendo heredado riquezas pirateadas por sus ascendientes, y aumentadas con sangre y lágrimas en vil comercio de dar por ciento lo que les costara uno, lo cual es un modo de robar como otro cualquiera, estos animales híbridos, con orejas-soplillos de borrico y entrañas putrefactas de hiena, quieren meter la pata en Congresos, haciéndose graduar de diputados, no de otro modo ni por otros merecimientos que fué cónsul el caballo de Calígula; y con el secreto designio, no sólo de halagarse la imbécil vanidad de aposentar las nalguitas donde debieran poner las lenguas, ni de escribir en papel del Congreso, que en los más de los casos es papel de enjuiciamiento criminal, sino de seguir comerciando en el templo de las leyes y de tapar con el velo de la representación nacional antiguos robos y añejas infamias... No se contentan los *Isidore Naturel* con ser *cambrioleurs* detrás del mostrador, sino que quieren serlo también detrás del Congreso; ni se conforman con haberse enriquecido despojando al prójimo, sino que ejercen de asesinos, matando con la barra del oro que todo lo corrompe á los hombres intelectuales, á los que llenos de privaciones y sin pensar una sola vez en comerciar con nada vivieron recluídos en los rincones del pensamiento, entre libros y sobre cuartillas, conquistando lentamente el derecho de entrar en el Capitolio y recabando por toda competencia que los comerciantes les arrojen á la roca Tarpeya para entrar ellos con sus lavadas caras, que jamás sintieron los rubores del ridículo, á ejercer, á lo *Nouma Roumestan*, de representantes de la patria con la cómica seriedad del burro.

Fuego del cielo

Como no comulgamos con el bandolero Weyler, ni con el trápala Romero, llamado el Rouvier español, á quienes principalmente se debe la pérdida de Cuba y las catástrofes que ha de sufrir España opresa y exangüe, no podemos hacer responsable al señor Sagasta, cuya política hemos atacado siempre, del desastre de la flota española del Pacífico. Una cosa es que debiéramos haber evitado con la independencia de Cuba, arcordándola nosotros mismos, los azares y estragos de una guerra internacional, y otra cosa es que el señor Sagasta hubiese podido rehuir el reto, único en su especie, que América lanzó á España. Ni pudo evitarlo el señor Sagasta ni hubiéraselo consentido la opinión pública. La guerra con los Estados Unidos era una guerra popular y una consecuencia de que el pueblo español sufriese con la pasividad de un buey la afrentosa coyunda de un Cánovas, á quien seguiría sufriendo mansamente el mismo pueblo si un extranjero, el heroico Angiolillo,

no nos hubiese hecho el inmenso favor de matarlo como se mata un animal dañino.

Nadie tiene nada que echarse en cara. La escuadra española de Manila no ha sido destruída por los yanquis, sino por los Cánovas, los Romero, los Santos Guzmán, los Moret, los Weyler, los Polavieja, los Silvela, los Comillas y *tutti quanti* de la política madrileña; y las bombas que han caído sobre Manila debieron caer sobre las coronillas de los rapaces frailes que hicieron desbordar la insurrección tagala exigiendo el pago del *Sanctorum*, de la prestación personal en las sacristías y conventos, de los excesivos derechos de pie de altar, cobrando tres mil duros por un entierro, quinientos por un bautizo, lo que les daba la gana por una boda (aparte el derecho de pernada), fusilando al doctor Rizal por la publicación de un libro crítico de la frailocracia filipina, torturando á los filipinos tildados de sospechosos y, ... enviando por medio de sus representantes en Madrid telegramas como este que publicó el *Temps* :

« Madrid, 2 mai, 12 h. 15.

Les nouvelles des Philippines circulèrent rapidement dans la capitale hier, dans la soirée. Le conseil des ministres était réuni quand le ministre de la marine fut avisé qu'il venait d'arriver un télégramme chiffré dans lequel l'amiral Montojo lui mandait les détails confirmant la dépêche du général Augusti.

On estime les pertes à quatre cents hommes, mais les équipages comprenaient beaucoup d'Indiens. »

On estime les pertes à quatre cents hommes, MAIS *les*

équipages comprenaient beaucoup d'Indiens, es una salida semejante á la del gobernador que telegrafió al ministro :

« Horrible descarrilamiento del tren mixto. Doscientos veintitrés muertos. Por fortuna, todos de tercera clase. »

De tercera clase han sido siempre los indígenas para los Cánovas, los Romero, los Silvela, los Weyler, los Polavieja, los Moret, los Santos Guzmán, los Comillas y demás autores de la destrucción de la flota española en Manila y del bombardeo de esta ciudad, sobre la cual, para purgar los crímenes que ha cometido allí la infame política de la metrópoli, diríarse que ha llovido fuego del cielo...

Lo más sensible de esta catástrofe que parte el alma, es que la dotación de la destruída escuadra, dotación compuesta de honrados hijos del pueblo español, no se componía de aquellos merodeadores de la política. Porque entonces, en vez de sentir y llorar la obra de los yanquis, yo sería el primero en darles las gracias, considerándoles colectivamente como Angiolillos vengadores de tanta iniquidad, de tanto despojo y de tanta vergüenza...

¡Á la guerra ó al embutido!

Ciertas linajudas damas, presididas por la princesa Wiszniewska, reclaman el desarme general — cuando el ideal de la mujer debiera ser que el hombre estuviese siempre armado — para que no haya más guerras en el planeta, olvidando que el planeta es una *menagerie* suelta. Fíjense ustedes, si no, en las concupiscencias que van asomando la cabeza con ocasión del conficto hispano-americano.

Por cierto que las grandísimas potencias observan en esto la misma lógica que nuestros grandísimos revolucionarios. Francia que, como republicana, debiera estar al lado de los Estados Unidos, está al lado de España. Inglaterra que, como monárquica, debiera estar al lado de España, está al lado de la República americana. *Et sic de cœteris.*

Nuestros revolucionarios — con excepción de Pí y Margall, que es el único político consecuente con sus ideas y uno de los pocos españoles que tienen sentido

común — han metido la pata cuantas veces trataron de la cuestión de Cuba. Sin ser un Pí, ni mucho menos, predije la pérdida de Cuba, hace ocho años, en carta á mi amigo Manuel Alvarez, quien me la envió recientemente para recordarme lo que le dije entonces estando en la Habana :

« Cuba está perdida para España. »

Y esta misma convicción alienta en el fondo de mi *Avispero*. Desde entonces he venido diciendo en todos los periódicos que me han dado permiso, sobre todo en *El País* cuando le dirigía Lerroux :

« Cuba se pierde irremisiblemente. La autonomía (que se dió mal y tarde para que Máximo Gómez nos contestase, como con esto del armisticio, que nos la metiéramos por donde nos cogiese), la autonomía puede parar el golpe, pero no solucionar el conflicto. Habría que hacer una de estas dos cosas : ó vender Cuba como se vendió Florida, si podemos convencernos de que no se opone á ello el *honor nacional*, máxime en un país donde los robos de nuestros empleados ultramarinos nos han granjeado la enemiga de nuestras Antillas, ó dar la independencia á *Cuba española* ; con lo cual, á más de quedar como verdaderamente gallardos, hidalgos y generosos, ganaremos la amistad de *Cuba libre*, y nos evitaremos que los Estados Unidos nos obliguen á dar la independencia. »

Y entonces fué el llamarme filibustero y el pedir mi extradición (¡!), y el querer cerrarme las puertas de las redacciones, lo que equivalía á sitiarme por hambre.

¿Recuerda usted, amigo Lerroux, lo que voy na-

rrando, y que gracias á usted, sólo á usted, pude defenderme?...

Pues es justo que reclame el aplauso que se me debe por no haberme equivocado, ó por no haber querido engañar á ese pobre pueblo que dió 200.000 hombres y un millar de millones por complacer al estadista Cánovas, cuya imbecilidad, en lo relativo al problema ultramarino, no tiene ejemplo ni perdón.

Mal y tarde dimos la autonomía, y siempre nos negamos rotundamente á dar la independencia. *Ahora nos la van á tomar* con la esencial diferencia de que en vez de ser para España la República de Cuba será para los Estados Unidos, si es que éstos no resuelven anexársela sin más explicaciones. Porque aunque nosotros tenemos un león en nuestro escudo, ellos son los verdaderos leones del mundo.

Todo esto es triste, horrible, pero *merecido*. Cada pueblo tiene el Gobierno y el destino que merece.

Los republicanos franceses dicen :

« L'Espagne n'a qu'un moyen de s'en tirer honorablement. C'est de proclamer, tout de suite, sous un prétexte ou sous un autre, l'indépendance de Cuba. »

Pero los républicanos franceses no advierten que en el actual estado de las relaciones de España con los Estados Unidos, después del armisticio, del Mensaje y... de la intervención, no hay pretexto para declarar la independencia, aunque la aconseje el Nuncio, y que tal acto parecerá resultado de la imposición de los Estados Unidos.

Así la cosas, no hay más que dos caminos para salir del atolladero : ó el de la guerra, que merece todo mis

aplausos, aunque nos aplasten, que sí nos aplastarán, ó el del chiquero... ¡ Triste camino este último después de cuatro años de llamar gorrineros á los *yanquis!*

Y no hay escapatoria posible : ó morir por la idiotez de Cánovas, como murieron los italianos en Adua por la idiotez de Crispi, ó dejar que nos lleven á Chicago para servir de adobo y de embutido.

¡Creo en las setas!

Para N. Estévanez.

Estaba atracándome de setas á la bordelesa cuando recibí allá en Burdeos el número de *La Campaña;* y en verdad que no sabría decir á usted, querido don Nicolás, si fué regocijadora la impresión que me produjo el eco de esa voz amiga que iba de París á recordarme, entre otras cosas, que necesito trabajar diariamente, puesto que necesito comer setas á la bordelesa. Los que como usted, obligados á vivir con las gentes, buscan los rincones de los poblados para entregarse al desdoblamiento del espíritu, á la hermosa soledad que recomienda Zimmermann, esos pueden comprender este estado de mi espíritu, estado casi morboso, que me apartaría del « mundanal ruído », sobre todo del ruído de las letras de molde si no me permitiesen de vez en cuando el lujo de comer setas á la bordelesa.

¡Ay, don Nicolás amigo! Para el que ha reducido el

círculo de las relaciones sociales á conversar de raro en raro con usted y algún que otro señor de nuestra cuerda, ¡ qué hermoso resulta un paseito por una ciudad desconocida, donde se vaga al azar sin temer que le importunen gentes vulgares, amigotes falsos, señoritingos redichos y resabidos que viven de lo que se llama en cánones « la renta del excusado », que es socialmente la renta de los papás ó de las consortes, y le miran á usted como indignados de que no acaba de reventar bajo el peso del trabajo diario y de las diarias cavilaciones!

Y heme otra vez aquí, sin saber cómo evitar que me detengan en la calle, con asco en el estómago y desprecio en el alma, la necedad del vulgo, la mala fe de los unos, la envidia de los otros, y obligado, por añadidura, á decir que los tres acontecimientos más importantes de Madrid son : la muerte de Frascuelo, que deja un millón de duros ganados con la matanza de toros; la noticia de que la señora Pardo Bazán « no recibe á sus amigos por hallarnos en Cuaresma » y la noticia de que el cura del batallón de cazadores del Alfonso XII, que « no se movía casi nunca del calabozo de Ascheri, recibe (al revés de la Pardo, que no recibe por Cuaresma) 65 céntimos al día, come con los verdugos á razón de dos pesetas diarias, y sale una ó más horas á paseo, tomando el sol por la azotea de la plaza de Armas. » Torturado Ascheri por Portas, y fusilado por el general Despujols, quien no teniendo por ahora Ascheris se entretiene en secuestrar paquetes de *La Campaña*, no podía faltar el cura para formar la lúgubre trilogía de ese horrible drama cuyo castigo pide el señor Pí en su notable manifiesto electoral.

Cuanto á la situación de España, no puede ser mejor en lo que toca á la abnegación del pueblo, aplaudido por toda Europa. No vale decir lo mismo de la clase de los políticos, cuyos grandilocuentes discursos no pueden ser más inoportunos y hueros; ni de la clase de los aristócratas y potentados, que no han respondido decentemente á las necesidades de la suscripción nacional; ni de la clase de los « príncipes de la milicia », como el general Primo de Rivera, quien no se ha avenido á aplicar á dicha suscripción los cien mil duros que se propinó por suscripción pública en Manila, como premio de haberla dejado desmantelada para que entrase el almirante yanqui. ¿Por qué no le ahorcan? El remedio es probado. ¡Valiente *liquidación* haríamos, don Nicolás, si usted fuese jefe de gobierno y yo gobernador de Madrid!

De otras cosas iba á hablar á usted; pero la adjunta carta del eximio poeta y pensador Gutiérrez-Coll dice mucho más que pudiera decir este cronista, siendo un magistral análisis de los actuales problemas y conflictos. Lea usted esta carta, que publico aunque es privada, porque es de perlas :

« Caracas 12 de abril de 1898.

Señor don Luis Bonafoux.

París.

Mi querido amigo : Debo á usted unas líneas para darle las gracias por *La Campaña*, que hasta ahora he recibido.

Por de contado que este periódico tiene la fortuna de cautivar la atención y el interés de los lectores. Todo lo que sale de la pluma de usted, palpita y se mueve con el calor de la convicción ingenua. Decir la verdad en estos días de estrabismos intelectuales y desaforados apetitos á las al-

mas que aún esperan, puede considerarse como una empresa gloriosa : es la caridad suprema de un corazón grande y entero.

Pero mucho temo (perdón para mi pesimismo) que la voz del profeta vague una vez más sin resonancia entre la turba poderosa de los descreídos. Estamos asistiendo á las postrimerías de un siglo que, en su abrazo de muerte, parece como que quiere ahogar todos los ideales con que sueña la justicia. Tanto en el orden político como en el económico, se han levantado, en lugar de los privilegios antiguos, los monopolios todavía más odiosos de los especuladores enriquecidos, para ofrecer el espectáculo de una insaciable antropofagía. ¿Para esto tantos sacrificios? ¿Para esto se ha derramado tanta sangre de todos los colores? Ahí están los derechos del hombre formulados hace una centuria por la revolución francesa; y eso, que se creyó el evangelio de la felicidad terrena, se ha convertido en una jerigonza de prevaricadores, buena sólo para llenar las arcas de la codicia.

No extrañe usted que así me exprese, pues hablo pensando mayormente en esta América española, donde los espíritus incontaminados no viven ya sino para lamentar, en solitario apartamiento, la bancarrota inevitable de la democracia, de esta sibila trasnochada como un cómico de la legua, la cual aún alienta ocupada en anunciar sus funciones, más ó menos grotescas, á beneficio del despotismo y de la anarquía.

Cuba, la infeliz Cuba, está, según dicen, en posesión de su autonomía. Bueno sería que allí se hiciese posible esa forma de gobierno, practicada lealmente; mas es de suponerse que por lo arduo de la obra ha de seguir en pie el problema de la independencia, problema obscuro que guarda forzosamente entre sus términos el desmedro de los conquistadores, porque en los pueblos nacidos en servidumbre, la clase social dominante está condenada, por la ley de las reivindicaciones históricas, á ser un día esclava de sus libertos. Esto para el caso de que los Estados Uni-

dos no den desde luego al traste con todas las esperanzas de los patriotas cubanos. Ciertamente hay motivo para dolerse por la suerte de Cuba.

He dejado correr la pluma para saludar á usted, y se me han vuelto los renglones una elegía, género en que caben muchas simplezas. Por dicha, hay un cesto para los papeles tontos. Arroje usted en él estas letras, y el abuso queda reparado. Pero le ruego que antes ponga en su corazón el recuerdo de vivo afecto con que de usted se despide su amigo

JACINTO GUTIÉRREZ-COLL. »

Pienso y siento como el poeta sobre las ruinas de cuanto amamos y respetamos en los albores de nuestra fe; y cambiaría de buena gana esta avinagrada prosa por las recónditas ternuras de la elegía, si tuviera con qué comer setas á la bordelesa. No creo en la redención. ¡Creo en las setas! Y hay que rabiar para comerlas.

De la Intervención

El señor Bonafoux ha hecho una bonita campaña en *La Campaña*; pero el señor Bonafoux, aunque vecino de París desde hace algunos años, no ha podido desprenderse del ambiente madrileño, y á propósito de la intervención juzga á los yanquis con el criterio medioeval de los más recalcitrantes españoles.

No esperábamos semejante actitud de un periodista que apreciaba el problema antillano con la alteza de miras que ha llevado á *El Nuevo Régimen* el ilustre Pí y Margall. Los yanquis no son gorrinos ni ladrones como los pinta el genial escritor antillano; no son los brutos ni bandidos que caricatura en sus correspondencias á el *Heraldo de Madrid*; los yanquis son sencillamente los vengadores de la humanidad ultrajada por las hordas de zulúes que el gobierno español ha lanzado sobre Cuba. »

(De *Borinquen*, de New-York.)

Perdone el colega neoyorquino que por esta vez no estemos conformes: el juicio que me merece la intervención es una de tantas consecuencias lógicas del juicio que me merece el problema cubano; y por ello no tiene

nada de extraño que habiendo tenido yo el honor de coincidir con el señor Pí y Margall al juzgar la insurrección cubana, estemos en desacuerdo al juzgar el interesado entrometimiento de los americanos. El señor Pí y Margall es lo que se llama « un hombre de partido », que fué gobierno y puede volver á serlo. Yo no he pertenecido ni pertenezco á ningún partido, como no sea al partido *contrario*...

Por otra parte, el respetable señor Pí, aunque es el más avanzado de los republicanos españoles, está muy lejos de comulgar revolucionariamente con los Reclus, los Kropotkine, los Malatesta... Aunque admirándole y respetándole mucho, no comulgo en la iglesia del señor Pí. En su juicio sobre la intervención americana hay mucho de oposición al gobierno; hay también mucho de amor á la república, aunque la del norteamericano es una república nominal, con una aristocracia bancaria que viene á ser lo que la aristocracia de la sangre azul en los países monárquicos. La república me parece bien, como las tortas cuando no hay pan...

En la cuestión hispanoamericana hay dos cuestiones: la cuestión Cuba y la cuestión Estados Unidos. Cuba humillada, explotada y escarnecida antes y después de la paz del Zanjón, tuvo razón en pedir con las armas el derecho á la existencia; y aunque vivo de mi pluma y mi pluma es de la prensa española, defendí aquel derecho en periódicos de Madrid, no como insurrecto cubano, que eso sería muy poco para mí, sino como insurrecto cosmopolita, y no sólo por bien de Cuba, sino asimismo por bien de España, y más aún que por España y Cuba por el derecho y la justicia. Cuba tuvo razón en protes-

tar contra los gobiernos de la metrópoli, como la tendrían, en su caso, Soria, Cataluña, Andalucía, etc.; y claro está que concediendo á estas provincias el derecho de pedir á tiros el mejoramiento de su estado social, hay que concederlo también á la isla de Cuba.

Pero la intervención americana es harina de otro costal; y aunque ustedes, mis amigos de *Borinquen*, hubiesen olvidado la historia del yanquismo en Méjico, por ejemplo, y el profundo desprecio con que trata el yanqui á la raza de color, no puedo suponer que incurran en el disparate de esperar que Mac-Kinley haya salido á redimir cautivos con la misma desinteresada intención que Don Quijote cuando salió á rescatar doncellás. Y aunque así fuese, el procedimiento de hablar de ejércitos de mar y tierra, bombardear ciudades y sitiar por hambre, ni es revolucionario ni me parece digno de un pueblo *nuevo* y *republicano* que debía realizar otra misión en la historia de este siglo. La intervención americana es un brutal atropello según Bismarck. ¡Imaginen ustedes lo que me parecerá esa intervención pareciéndome Bismarck un bandolero!

No, no hay desacuerdo, sino todo lo contrario, en mi modo de ver estas dos cuestiones; y si el desacuerdo existe á juicio de los redactores de *Borinquen*, ¿qué le hemos de hacer? Como ha dicho el escritor cubano señor Márquez Sterling, *Bonafoux piensa y siente á su manera*, y ya sabemos que la independencia de criterio no figura como diosa en los altares de la raza española ni en los altares de la raza hispanoamericana, que, mal que le pese, desciende de aquélla. Pero hay que tragarme así, ó no leerme, que quizás es lo más acertado, aunque

no lo más instructivo. « Por lo demás », no soy el único en juzgar como juzgo la intervención. Conmigo están escritores tan revolucionarios en todo como Aurelien Scholl, de quien es el siguiente párrafo :

« Si j'étais forcé par une circonstance quelconque d'entrer au service d'une des deux puissances qui sont aux prises en ce moment, je me trouverais fort embarrassé de faire un choix. L'Espagne, a par ses gouverneurs, tellement pressuré Cuba; il s'y est commis de tels crimes, de telles exactions, que la délivrance de ce malheureux pays serait un soulagement pour la conscience humaine. Mais le fait de tomber aux mains de ces épiciers conquérants, de ces corsaires charcutiers, de ces rôdeurs de savanes qui ont remplacé les Mohicans et les Peaux-Rouges, est une amélioration douteuse du sort des Cubains. Les indigènes seront rapidement dépossédés ; les Américains prendront le plus qu'il se pourra et ils achèteront le reste. Un moment viendra où les Cubains d'origine se verront contraints de se réfugier en Espagne. »

La idea de la anexión de Cuba y Puerto Rico á los Estados Unidos no tiene duda para mí ; y esa anexión no me seduce. Ignoro si los redactores de *Borinquen* tienen yanquis en la familia ; de la mía puedo decirles que, aun « remontándome á la noche de los tiempos », no encuentro un yanqui para un remedio. De todo hay en mi árbol genealógico : indígenas, españoles, franceses (sobre todo franceses), italianos, y no estoy muy seguro, como no debe estarlo nadie que de América proceda, de que no me toque algo alguna negra... Pero los yanquis no me tocan nada, absolutamente nada. Y siendo abo-

gado español, y escritor español, figúrense ustedes el pito que tocaría en esa *tararaboun* de la anexión americana. De modo que no sólo por *sentimiento*, sino también por *conveniencia*, me revienta la tal anexión.

*
* *

Quedamos en eso; y aquí haría punto final si no leyese entre las líneas del artículo de *Borinquen* algo así como una queja de que yo, « escritor antillano », satirice y caricature á los yanquis.

Pero, señores de *Borinquen*, yo no soy escritor antillano, sino escritor á secas. Más propio sería llamarme escritor español, de Madrid, en cuya iglesia literaria fuí bautizado y confirmado, para que luego, á la trágala, me reconociesen en las Antillas, cuyo mundo intelectual me lo negaba todo, el modo de andar inclusive, aunque con la mayor facilidad gradúa de genio á cualquier imbécil, ó quizá por eso mismo... Y si cuando muera, que no es probable, sale algún admirador dedicándome una estatua, siquiera sea de aguacate, le pasará á la estatua lo mismo que á la de Heine, que fué rechazada por Dusseldorf, su villa natal, porque no estaba satisfecha con haber desterrado y escarnecido al original, culpable del crimen de valer más que sus conciudadanos.

Lo que soy y valgo, es, ante todo, obra de mi esfuerzo, y luego, obra de España, de Madrid, donde poco á poco me dieron sitio en la prensa, cuartillas, tinta, pluma y sueldo á pesar de las prehistóricas rutinas del periodismo español, de la famosa « crueldad » de mis sátiras, y de la atroz envidia de los plumíferos, de la hostilidad de la

gente del oficio, que es allí el verdadero *infierno de las letras* que espantaba á Flaubert, pareciendo hecha para él la frase de Baüer:

« Je ne sais rien de pareil à l'envie, à la haine, á la méchanceté qui règnent dans les milieux littéraires et artistiques. »

Yo no debo nada á las Antillas (que siempre han querido hacer conmigo lo que Sampson con las baterías del Morro, *reducirme al silencio*), como no fuera favor el recibirme en la Habana con toda clase de pasquines por haber publicado en un periódico cubano y autonomista, *La Discusión*, una crítica que, como puede verse en mi *Avispero*, iba enderezada á pedir que las autoridades hiciesen cumplir las leyes de la estética y de la higiene. Y en cuanto á Puerto Rico, sin recordar, por demasiado reciente, que el señor Muñoz Rivera, no satisfecho con no pagar las deudas que tiene en el hotel Franklin (19, rue Buffault), aunque es ministro de *Justicia*, me estafó alevosamente una diputación bien ganada con muchos años de trabajo y percances por defender los derechos de aquellos colonos; la verdad es que éstos no han podido hacer más por mí, como lo prueba el relato siguiente de *La Unión* del señor Pí y Margall:

« Hace ya bastante tiempo, nuestro estimado colaborador señor Bonafoux y Quintero, publicó en las columnas de nuestro periódico un artículo titulado *El Carnaval en las Antillas*, en el cual ponía de manifiesto, con el laudable fin de corregirlas, ciertas costumbres de la capital de Puerto Rico, costumbres no muy en armonía verdaderamente con la cultura de que en los actuales tiempos debe hacer gala toda población importante. Á

nuestro juicio, el señor Bonafoux no se excedió en la crítica, ni aun en caso contrario había fundamento sólido para censurarle siquiera, dado el fin que en su trabajo se proponía.

« Esto no obstante, el señor Bonafoux no sólo ha recibido censuras, sino insultos; y no sólo insultos, sino que hasta ha visto su vida y la de su familia y amigos muy seriamente amenazada, á ciencia y paciencia de algunas autoridades transformadas acaso, con menosprecio de su cargo, en cabecillas de motín.

« Véanse los hechos para que se nos comprenda, hechos de gravedad suma, que por muchos días han ocupado la atención de los periódicos de Ultramar; hechos de tal manera escandalosos y trascendentales, que apenas si se comprende que la prensa de la Península haya guardado un absoluto silencio sobre ellos.

« El señor Bonafoux es oriundo de Puerto Rico, y allí reside su familia. Llamado precipitadamente para que acudiese al lado de su madre enferma, nuestro amigo desembarcó en la isla el día 23 de Junio. Apenas se supo su llegada á la capital, impulsada la población por un falso patriotismo, levantóse contra el señor Bonafoux, pidiendo nada menos que su muerte. Por espacio de cinco días reinó un verdadero motín, reproduciéndose los escándalos y las violencias uno y otro día, con una tenacidad sin ejemplo. Miles de personas recorrían de continuo las calles profiriendo gritos y amenazas; la prensa toda del país agotó contra nuestro colaborador todo el diccionario de las invectivas, excitando más y más á la enfurecida muchedumbre á tomar venganza; escribióse á todos los pueblos de la isla á fin de si pasaba por ellos

el señor Bonafoux, se le hiciera el mismo recibimiento; y cuando el tan encarnizadamente perseguido trató de acudir en justa defensa á los periódicos, éstos se negaron á insertar escritos, excepción hecha del *Boletín Mercantil*.

« La casa que habitaba el señor Bonafoux al lado de su madre moribunda, fué allanada por una turba de más de seiscientas personas, y aquél sólo pudo librarse de la muerte gracias á los esfuerzos de la policía. Salió, por fin, el señor Bonafoux de su domicilio rodeado constantemente por un populacho armado con palos, picas y piedras, que lanzaba sin cesar horrorosos gritos.

« En el muelle más de doce mil personas aguardaban al señor Bonafoux, que apenas asomó, tuvo que soportar una lluvia de piedras, que afortunadamente no dieron en el blanco. No satisfechos todavía los amotinados, pretendieron asaltar el bote en que el señor Bonafoux se trasladaba al vapor, interviniendo entonces, sable en mano, la policía, lo cual produjo la consiguiente alarma y no pocas carreras. Pero la policía no pudo impedir que más de doscientas personas se embarcaran en otros botes, los cuales acompañaron al viajero, dirigiéndole toda especie de insultos y amenazas, hasta el vapor inglés que debía alejarle de aquellos lugares. »

***

Ya caigo en qué va *vistiendo* el proclamarme « escritor antillano », y que gusta decir :

— Ese Bonafoux (ese, como si hubiera otro), ese Bonafoux es una *gloria del país*. Preséntemelo. Convídelo á

comer; — á lo que generalmente no accedo, porque la comida suele ser latosa, y porque el anfitrión, acostumbrado á la rimbombante indumentaria de los capitanes generales, se asombra de que no gasto charreteras n espuelas, y luego dice: — ¡ Parece mentira que ese sea Bonafoux! ¡ Si come *lo mismito* que yo!

Sí, llámenme cualquier cosa, *simbelgüensa* si quieren; pero nada de « escritor antillano », no por ser depresivo, sino porque como escritor debo lo que soy al pueblo español, quien me animó leyéndome, y me quiere mucho á pesar de mis críticas (ó quizá por ellas).

Nada de lo cual me impide defender los derechos de los antillanos, gracias á las cuales defensas he evitado atropellos y rescatado muchos presos. Porque lo que yo escribo se lee en España, cosa que no pasaría si yo fuera « escritor antillano ».

Nuestros güebos

Aunque *La Gaceta* de Madrid publicó el 14 de este mes una Real orden nombrando registrador de la Unión (Manila) á don Alfredo Gómez, pienso que don Lucas será tan registrador de Manila como yo almirante de la escuadra yanqui que es dueña de aquella bahía... Porque de aquel archipiélago nos queda poco más que esa carta orográfica de Filipinas, cuyas ciudades están indicadas con rubíes, cuyos ríos, montañas y mares son regueros de zafiros, y cuya leyenda está escrita en diamantes; carta de oro macizo, que costó ciento noventa mil pesetas, según dice la *Mondaine*, y que fué regalada por los funcionarios de Filipinas, á doña Joaquina de Osma, á quien se dió igualmente, como á Primo de Rivera, una pensión vitalicia por haber contraído seniles nupcias con el nefasto político que provocó la ruina colonial de España.

La catástrofe de Filipinas, catástrofe que se tuvo tan

callada y se dió á última hora con tantas mixtificaciones, ha hecho decir á Henry Baüer :

« *¿ Por qué la nación que sucumbe bajo el número y la fuerza de sus enemigos trata de engañarse* y *engañar á todo el mundo con la narración de pretendidas victorias? El famoso orgullo castellano no quiere confesar derrotas y la favorable interpretación de los más ingratos acontecimientos produce un efecto cómico. Si fuese lícito el acto de abrumar á un pueblo desgraciado, los telegramas de Madrid darían risa.* »

Baüer se admira de que acudamos al gastado recurso de urdir victorias, porque el notable cronista ignora que los españoles estamos dispuestos á tolerar toda clase de cosas, que se diga que no tenemos ciencia, ni letras, ni artes, ni política, ni industria, ni comercio, ni sentido moral, ni sentido común, todo, en fin, lo que se quiera... menos que nuestros *güebos* no son los más grandes y poderosos del orbe. Tener muchos *güebos*, he ahí lo único que nos preocupa; la sola cuestión para nosotros, el ser ó no ser, ya se sabe cúal es, la cuestión de los *güebos*; es algo morboso, casi una epidemia, sin casi una locura, la locura de los *güebos* gordos. En cuanto reñimos dos españoles, y aunque no riñamos, el uno le dice al otro :

— Á mí me arrastran los *güebos*.

Y el otro le responde :

— Pues á mí me zumban.

Á lo que advierte, interrumpiendo, un transeúnte :

— ¡ Y á mí me hacen espuma!

Y de eso teníamos que alardear en las cuestiones de América, mucho más que en cualesquiera otras, por el precedente del « huevo de Colón ».

¿Qué duda cabe de que los tenemos como la copa de un pino? Pero eso no basta hoy para ganar batallas. Los tendrá Dewey como los de un palomo torcaz; pero como fué á Cavite con una escuadra superior á la nuestra, que era de cartón pintado, nos puso fuera de combate. Los tendrá Sampson lo mismo que los de un golondrino, pero como está en Santiago con una escuadra que no fué hecha para luchar con la nuestra, sino con la escuadra inglesa, y como tiene toda clase de pertrechos de guerra, y oficiales que saben lo que se pescan — al revés de nosotros, que tenemos mandando el *Vizcaya* un señor á quien Cervera llama *el mulo de don Manuel*, — nos tiene locos á bombardeos y acabará por tomar la plaza aunque haga falta un *Leviatán* para trasladar á España los *güebos* de nuestro almirante, que quizá no cojan en la bahía de Santiago.

En Puerto Rico no nos reventaron los yanquis porque no les convendría, supongo yo, pero nos reventarán. El *bombardeo de la bellísima San Juan*, como lo llama un mentecato articulista de *La Correspondencia de Puerto Rico*, fué, por el resultado, un paso de risa. Hasta se cuenta que un negro dijo á Macías, después del susto :

« Mira, generá : yo estaba *singando*, ¿sabe ? y ni siquiera me *apié*. » Pero no hay que fiarse; y así como no salvamos á Filipinas con las rogativas de sus infectos frailes, alma y vida de la insurección tagala, no salvaremos á Puerto Rico con rezarle letanías á Nuestra Señora de Belén, aunque, como advierte la citada *Correspondencia*, dicha Virgen es « *protectora de Puerto Rico contra toda clase de invasiones extranjeras.* »

Estamos mal, muy mal; y lo peor es que la prensa

parisiense empieza á tomarnos el pelo, poniendo á la cabeza de *Le Jour*, de *La Patrie*, de *La France*, etc., letreros muy gordos que rezan :

La escuadra misteriosa. La escuadra fantasma. La impotencia de los españoles. La desesperación de España; y otros reclamos periodísticos que nos parten el alma y nos ponen encarnadas las orejas.

Y peor que todo eso es el tinglado que ha puesto la mayoría de los políticos de Madrid, — que hace falta ahorcarlos, sí, señor, ahorcarlos. — El espectáculo de Primo... de primos paseando en las Cortes su millón de sueldo (?), su medio millón de suscripción *voluntaria*, su estatua de oro y su pensión vitalicia por haber hecho la paz con Aguinaldo, con el mismo Aguinaldo que está degollando españoles, es una *danza del vientre* tan escandalosa como la que bailó el general Valerí saludando en Santander á los que le gritaban : ¡*viva el general de vergüenza* !... como si los demás generales no la conociesen...

Cuanto á la diarrea de discursos retóricos que echan por la boca nuestros grandilocuentes oradores, Inglaterra, según el *Matin*, la ha calificado de *elocuente charlatanería*. No se explica aquella nación, dice el corresponsal del citado periódico en Londres, que en este amarguísimo trance « cada jefe de grupo se cree obligado á hacer solemnes declaraciones. » No son ya los jefes de grupo, sino todo bicho viviente; y corresponsales y reporters, no sabiendo qué decir de tales solemnes majaderías, acuden, como últimamente ha sucedido en la *interview* del *Matin* con don Francisco de Borbón, al socorrido recurso de hablar del mobiliario y... (dice el

corresponsal de aquel periódico con referencias á la citada entrevista) :

« Pendant un quart d'heure j'attendis dans une espèce d'antichambre-bureau qui, certes, n'avait rien de royal. Par une porte entr'ouverte, j'apercevais, epars sur les chaises, un chapeau de femme, une houpette à poudre de riz une ombrelle, etc., pendant que deux ou trois enfants, dont l'un sans doute était le « dauphin », gambadaient autour de moi et criaient à m'assourdir.

« Au mur, quelques tableaux représentant le général en grande tenue, la princesse de Bourbon en toilette de cour, puis des panoplies, des potiches dans les coins, des housses sur les meubles... »

Y entretanto todo anda manga por hombro y P. de Barre puede hacer este paralelo entre ingleses y españoles de Gibraltar :

« En franchissant la Linea, frontière espagnole, j'ai eu un moment d'amertume, et malgré toute ma simpathie pour l'Espagne, je n'ai pu m'empêcher de hausser les épaules, tellement la transition est violente.

« D'un côté, profusion de sentinelles, une consigne sévère, une tenue impeccable sous les armes. De l'autre, un laisser-aller incroyable, un vague fonctionnaire, dolent, fumant une cigarette et tenant dans ses bras son fusil comme une nourrice un bébé. »

Si la situación de España en el exterior es de lo más grave que se ha visto, la situación en el interior de la Península no puede ser más lastimosa,

¿Qué va á ser esto? ¿Qué va á pasar aquí? ¡Esto es la *descojonación*! No se oye decir otra cosa. Políticos de oficio, como los Silvela y los Romero, toman pretexto de las desgracias de la patria para querer echar la zan-

cadilla al gobierno, cuya obra no habrían de mejorar, por buena que fuese, que no es sino muy mala, la voluntad que tuvieran, por la sencilla razón de que ya es tarde para todo.

¿Don Carlos? Ese es el legendario bacín para caso de un apuro, el bacín donde iremos todos á parar de cabeza; porque con los republicanos no hay que contar.

De regreso de una excursión á España, mi amigo el revolucionario Charles Malato ha referido que la opinión republicana reza en Madrid que el único modo de llevar la República es « casando á Weyler con Castelar. »

Pues entonces don Emilio, parodiando á la aristocrática madre de cierto famoso general, podría decir que no había parido la República, sino que la habia defecado. Tal sería el lodo que trajesen esos polvos republicanos.

Paris, 17 de Junio de 1898.

El pobre Cristo

La situación es ésta : — El irritante despotismo de los gobernantes ultramarinos, que sistemáticamente alejaron de la vida del derecho y de los destinos públicos á los cubanos, portorriqueños y filipinos, tratándoles como á españoles de ínfima categoría, y los cínicos ladronicios de los señores ministros, que vivían holgadamente en Madrid de las rentas que les enviaban los empleados á quienes nombraron para robar en las Antillas, provocaron una insurrección que duró diez años, y que fué sofocada con promesas de reformas, que no tuvieron cumplimiento.

Vejados y escarnecidos los cubanos, volvieron á pedir con las armas el derecho que tenían á la existencia. Pudo sofocarse otra vez la insurrección, concediendo las reformas del señor Maura. Pero opusiéronse á este acto de justicia la torpe ceguera de Cánovas del Castillo; las concupiscencias de parte del militarismo, ganoso de que continuase la guerra para seguir acapa-

rando grados; las tradicionales prerrogativas del elemento reaccionario, representado por caciques como Santos-Guzmán; los señores ministros que vivían del robo de Cuba; los monopolizadores de fuste como el marqués de Comillas; buena parte de la prensa, que medraba de halagar necias vanidades del pueblo, y hasta el pobre pueblo, á quien se dijo uno y otro día que la pérdida de Cuba era la pérdida del honor nacional, cuando el honor nacional debe consistir en no tolerar gobernantes tiránicos ni ministros ladrones.

Contra este estado de cosas protestamos, como recordó poco ha el periódico *Borinquen*, el señor Pì en el *Nuevo Régimen*, y yo en el *País* y en la prensa antillana, consignando la ineludible necesidad de dar la autonomía, amplia y sinceramente aplicada.

¡ Empeño inútil! El mulo de Cánovas mandó doscientos mil hombres á Cuba « para aplastar á los insurrectos », y los mandó con Weyler, no porque le tuviese en concepto de gran general, puesto que constábale que le derrotaron los carlistas, ni porque ignorase sus artes, harto probadas en Filipinas, sino porque Weyler iba *á cortar cabezas*... Las cortó á miles, hizo una trocha de sangre entre peninsulares é insulares, y la insurrección siguió tan decidida como al principio.

Hay que dar la independencia, decíamos el señor Pí, en el *Nuevo Régimen*, y yo en el *País*; hay que darla *espontáneamente* para evitar que nos la *impongan* los yanquis.

¡ Sermón perdido! Weyler siguió *cortando cabezas*, y luego fué Blanco á restañar un océano de sangre con la aplicación de una cataplasma de autonomía embustera

como fué Macías á ponerle á Puerto Rico el indecente parche autonómico del no menos indecente Muñoz Rivera. Aceptólo, balando, el carnero de Puerto Rico. Mas no así Cuba, que recordando la sangre vertida, las exacciones pasadas y el vil engaño de los gobiernos de la metrópoli, contestó:

— ¡Métanse ustedes esa autonomía por donde les coja!

***

El advenimiento del señor Sagasta al poder, juntamente con el señor Moret, cuyo discurso de Zaragoza era promesa de algo definitivo y grande para el problema antillano, no logró cambiar la situación de las cosas. Aquel ministro de Utramar, que tan malas mañas tuvo siempre, escamoteó la autonomía con todo el arte de prestidigitación que le caracteriza, llevando el descoco al extremo de seguir aplicando el cunerismo á Cuba y Puerto Rico. Y el señor Sagasta, atento á salvar la monarquía primero que á salvar la patria, no tuvo el valor cívico de decir al pueblo español lo único que había que decirle:

— Hay que dar la independencia de la isla de Cuba bajo el protectorado de España.

Y el conflicto con los Estados Unidos se echó encima, inevitable, fatal y pavoroso. Lanzado el reto, y del modo más brutal que registra la historia de los atropellos internacionales, no había más remedio que aceptarlo, y no fuimos nosotros de los últimos que aplaudieron la resolución del señor Sagasta. Desde un principio creí-

mos firmemente en la victoria de los yanquis, y así está consignado en el *Progreso*: pero creímos también que España caería gallardamente, como cayó en Trafalgar.

Los tiempos son otros... Otros también son los hombres... El almirante Montojo, que ofreció suicidarse saliendo al encuentro de las naves yanquis, esperólas tranquilamente en el mismo Cavite, y salvándose del desastre de toda la escuadra, que pereció allí, está en Manila comiendo arroz con palito. El almirante Cervera, que también salió, ó á bombardear el puerto de New York ó á dar una batalla en las aguas de la Habana, empezó por propinarse una cuarentena en la bahía de Santiago, y, sacado como un hurón de su huronera, volvió á salir... pero *encunado*, en una *course folle*, como ha dicho l'*Echo de Paris*, y después de contemplar el espectáculo de la destrucción de los mejores barcos de nuestra escuadra y la muerte de centenares de marinos cuyos pedazos flotaron en el mar, rindióse con los capitanes del *Vizcaya*, del *Furor* y del *Pluton*, más mil ochocientos soldados, y ya ha telegrafiado á su señora que se « encuentra con su hijo á bordo del *New-York* », comiendo el clásico *roatsbeef* con pataras cocidas. ¡Todos heroicos, pero con la vida á salvo!

Y en esta trágica situación, mil veces peor que la de los franceses después de Sedán, los politicastros de Madrid andan á la greña, disparándose las responsabilidades de los desastres del pobre pueblo español, de quien se puede decir lo que Pilatos dijo de Cristo:

— *¡Todos en él pusisteis vuestras manos!...*

Y todos en él seguirán poniéndolas, porque la continuación de la guerra es fatalmente necesaria.

Los que me leen, los que han leído los artículos que he publicado en *El País* y *El Progreso*, artículos que causaron más de un enojo y proporcionáronme más de una desazón, saben, tiempo ha, que apreciando yo el problema cubano con las mismas miras del señor Pí y Margall, fuí desde un principio completamente hostil á todo conato de guerra con los yanquis, llegando hasta decir que antes de meternos en ella debía España declarar *motu propio* la independencia de Cuba, acto que habría encajado á maravilla en las caballerescas tradiciones del carácter español.

Pero el pacientísimo pueblo que toleró la política de los Cánovas, los Romero, los Moret y *tutti quanti* de la política *madrileña*, toleró *ipso facto* la consecuencia de esa política, ó sea la guerra con los Estados Unidos. Podrían los italianos protestar contra Humberto si hubiese sostenido á Crispi contra la voluntad del pueblo que pidió *enérgicamente* que saliese del poder aquel émulo de Cánovas, negándose en redondo á seguir yendo á Abisinia ; pero el pueblo español, que asintió á la necesidad de enviar doscientos mil soldados á Cuba, para conservar la integridad de un territorio de los ministros ladrones, y que estaba dispuesto á enviar « *el último hombre y la última peseta,* » no tiene derecho alguno á quejarse de la Reina Regente, ni del señor Sagasta ni de nadie. Por tales consideraciones no me sorprende que el pueblo español, una vez lanzado por los Estados Unidos un reto que España tenía que aceptar, pida la continuación de la guerra.

¡ Ya estamos en el burro, identificados con él, y hay què arrear! Haber aceptado la guerra con una nación mil veces más fuerte que nosotros, todo por no perder la isla de Cuba, y descolgarnos pidiendo la paz para perder Cuba, Filipinas y Puerto Rico, no sería propio de sabios. ¡ Que nos van á dejar sin colonias; que nos bombardearán en la Península: que nos exigirán exorbitante indemnización de guerra; que nos vamos á quedar como el gallo de Morón!... ¡ Haberlo pensado antes! ¡ Haber dado pruebas de verdadera virilidad oponiéndonos á ser jugete de las concupiscencias de los gobiernos y sacudiéndonos las moscas borriqueras de la política madrileña! Nuestra suerte es *horrorosa*; pero *merecida*. Cómodo es, pero expuesto á estas catástrofes, el dejar que los gobiernos lo sean todo, reduciéndose el pueblo á hacer el papel de rorro que come papilla cuando buenamente le da la gana á la nodriza, ó el papel de loro que va á Cuba cuando se lo mandan. La catástrofe no es de ahora; viene de muchos siglos de ignorancia. No sabemos leer, no sabemos escribir, no sabemos pensar, y como consecuencia el pobre Cristo tiene que ser inconsciente carne de los cañones de los Dewey y Sampson. — Muramos en el Gólgota.

¡Estamos aviados!

La última hermosa crónica de usted (la de los *güebos*) ha hecho discutir una semana á todo Madrid literario. Mi número se lo llevó mi compañero Riquelme al Congreso; allí se lo arrebató Páez, el de *La Correspondencia*; éste se lo dió á Mellado, y Mellado le leyó la crónica á Sagasta, que según, noticias, la celebró mucho. Esto no le importará á usted un comino; pero, al felicitarle por tan hermoso trabajo, le cuento el efecto que ha producido por si no lo sabía.

ADOLFO LUNA. — Del *Progreso*.

La noticia de que los *güebos* de mi anterior crónica han sido celebrados par el señor Sagasta, me anima á decir que el marqués de Comillas, no contento con ser hijo de Antonio López, es un timador de periódicos.

El titulado (le llamaremos titulado) marqués, que antaño me llevó á los tribunales de injusticia notoria en España, y que me acusó, por boca del *Movimiento Católico*, de que proyectaba asesinarle, se ha permitido prohibir la circulación de *La Campaña*, como consta en el

siguiente párrafo de un artículo del *País*, de Madrid:

« Tras de la persecución de los libros vino la de los periódicos, ahora recrudecida.

« El marqués tiene mandado :

« 1.° Que en las estaciones no se vendan *Las Dominicales*, *El Motin*, *El País*, *La Campaña*, etc.

¡Y mucho cuidadito! El que no quiera someterse, á « la calle sin apelación. »

De modo que no satisfecho el titulado (seguiremos llamándole titulado) marqués con ser hijo del consabido López; ni con « haberse enriquecido con nuestras discordias y guerras ultramarinas, llevando y trayendo soldados de las colonias y matándoles de hambre en el camino »; ni con haber conseguido del gobierno « que no se adquiera ningún barco que no sea propuesto por su casa con privilegio exclusivo de introducción en España »; ni con otras cosas que sabe todo el mundo, dedícase actualmente al robo de números de *La Campaña*, compitiendo con Muñoz Rivera, ese Juanillón del gobierno *pour rire* de Puerto Rico.

¿Qué *Campaña* es posible con Laá, Despujols, Muñoz Rivera, marqués de Comillas y demás *ratas* de la política española?

Por fortuna esa política lleva la del humo. Según *El Nacional*, aunque monárquico, casi todos los santones merecen ser procesados; y prueba de ello es que se lamenta de que « no se procesa al general Martínez Campos, ni al señor Silvela, ni al general Pelavieja, ni al general Azcárraga, ni al señor Gullón, ni al señor Moret, ni al general Primo de Rivera. » Por mí, que les ahorquen. *El Nacional* deja traslucir el deseo de que

se quiera procesar al general Weyler. Lleva razón, porque á Weyler no hay que procesarle, sino lyncharle sin formación de causa.

Henri des Houx, corresponsal del *Matin* en Madrid, ha publicado en dicho periódico el retrato de Weyler, y con tal motivo advierte lo siguiente :

« *Son portrait à été pris à bord du bateau qui le ramenait de Cuba. Il rit parce qu'il lit sur* l'Heraldo de Madrid *un article intitulé « Feliskoff en Russie.* »

No dudo que hiciera gracia al general mi referida crónica, *Feliskoff en Russie* (porque como graciosa, lo era); pero dudo que se ría tanto cuando sepa que tengo por averiguado que la vaca Cuba daba anualmente CINCUENTA MILLONES, como podrían comprobarlo los señores don Leonardo Moragues, excomisario de guerra del cuartel general, y don Manuel López Gamundi, exsecretario del gobierno general y exsubintendente de todas las aduanas, — ambos ascendidos por recompensa parecida á la que el gobierno ha dado á *señá* Jaoquina, cediéndole libre de gastos el título de duquesa de Cánovas de Castillo con grandeza de España, título acordado por ser « viuda del ilustre patricio », cuya terquedad nos colocó entre los machetes de Máximo Gómez y los cañones de Sampson.

¡Estamos aviados! Deshonradas las nuevas Cámaras; amordazada la prensa y presos periodistas como Lerroux, víctima de una venganza personal y Adolfo Luna, porque estaba de turno para entrar en la cárcel, que tan merecida tienen los personajes indicados por *El Nacional ;* reventados y abandonados en Filipinas, cuyo indecente arzobispo, el P. Noza-

leda, instigador del asesinato del doctor Rizal, tomó las de Villadiego en cuanto supo que se acercaba Aguinaldo á Manila; reventados y espachurrados en Santiago, cuyo héroe, el almirante Cervera, después de horrorosa cuarentena, salió cañoneado por detrás; bombardeados en la propia Península — mientras llega á sus costas el comodoro Watson, — por los discursos de los Romero y los Moret, quienes buscan nuevas posiciones ó cambios de chaqueta; exhausto el Tesoro, empeñada hasta la camisa, y hambriento el pueblo, no tendríamos salvación si Benlliure no hubiese ido á Barcelona « á dirigir la fundición de la plancha (¡morrocotuda!) del general Weyler », y si un corresponsal no nos hubiera contado que una señorita de Zaragoza cantó en honor del general Pollavieja, que estaba en un balcón :

Polavieja, Polavieja,
si no te hubieras venido...

Lo cual, en un balcón, á la vista del público, es ya lo único que le falta que aguantar al pueblo español...

Parada belicosa

La resurrección de *La Campaña* ha puesto como un *Clarín*, ó como una canilla, á los zascandiles de las colonias española é hispano-americana de París. Me alegro. ¡Así revienten!

Y se dice :

« Un periódico en manos de un desesperado como Bonafoux, capaz de publicar toda clase de atrocidades, es un peligro. »

Sí, señor; publicaré todas las atrocidades que merezcan publicarse.

Otros, curándose en salud, dicen (después de templarse con unos cuantos ajenjos... fiados) :

— Si Bonafoux me ataca, le pego.

No, señor. Yo atacaré á usted y usted no me pegará, porque me siento homicida y me custodia un revólver para suplir la fuerza muscular que no desarrollé.

Hago esta parada... belicosa para reivindicar el dere-

cho de *La Campaña* ó decir todo lo que deba decir; por ejemplo, que cuando se tiene generales como Palavieja, que es un asesino, y como Weyler, que en compañía de su cuadrilla arrambló con 150 millones de duros (oro), según resulta de la liquidación de cuentas de las trochas y fortines, administración militar y contratos de suministros; subinspección, vestuario y equipo; hospitales y ayuntamientos; órdenes reservadas y objeto de los bandos; movimiento de tropas para producir bajas y desorden permanente; suscripciones públicas forzosas; defraudación de exportación é importación; venta de municiones al enemigo; agios de tesorería general con el Banco Español y las cotizaciones de Bolsa para la venta de giros y pagos preferentes; curso forzoso de los billetes; cuentas en participación y nombre de los militares, empleados, comerciantes y banqueros partícipes, *etcétera*, *etcétera*, *etcétera*; que cuando se tiene, decía, generales así, y almirantes como el de la fuga naval de Santiago de Cuba, fuga *reída* por toda Europa, mientras el almirante, prisionero, se hacía *banquetear* en los Estados-Unidos; y oficialillos que, cargados de centenes y sortijas, volvieron contando que los yanquis eran muy decentes, « porque convidaban »; y políticos como Sagasta, que ordenó la fuga, y siguió en el poder porque no había sido nada lo del ojo, y lo llevaba en el cetro; y lumbreras ó lombrices científicas como el sacamuelas de Moliner, que se proclama el ángel exterminador de la tuberculosis; y pencos literarios como la Pardo, que impone su nombre á una calle principal del ensanche de la Coruña « por el patriótico discurso que pronunció en la sala Charrás » donde la oyeron por junto seis perso-

nas, que de puro aburridas salieron de allí con intención de echarse al Sena; y periódicos republicanos que, como decía Ruiz Zorrilla, « defienden hábilmente la monarquía »; cuando se tiene estas y otras epizooitias no hay derecho á alzar el gallo, ni á querer entrar en las redacciones de los periódicos dando á diestro y siniestro los sablazos que debieron darse á los yanquis. ¿Quién remediará esta putrefacción de los de arriba y de los de abajo?

« Telegrafían de Rosas que ha llamado la atención la presencia en la bahía de un crucero inglés de dos palos. y cuatro chimeneas, de nombre desconocido.

Permaneció dos horas y verificó varios trabajos de inspección, largándose después. »

« *¿Á qué vendría?* » pregunta la prensa de Madrid. Yo creo que ese crucero inglés es el mismo crucero americano ó el llamado *vapor de las cuatro chimeneas*, que con sus proyectores eléctricos tuvo en constante fuga terrestre al vecindario de Puerto-Rico; y que, como el otro, se dispone á hacernos el importante servicio de apoderarse del país, para sanearlo, sacando carros de basura de todas clases, como los que se han sacado de la capitanía general de Cuba.

no toreo me pondré malo y me moriré; y lo que oye, don Pedro, me muero, créame osté á mí.

— Esas son chiquilladas, que te pasarán pronto.

— No son chiquilladas; es la verdá. Por la noche no pueo dormí. Me acuerdo de los toros y no me acostumbro á vivir así. Por eso he pensao en esta montería, á la que he conviao á varios amigos. Véngase osté.

— Lo siento, Rafaelillo, pero me es imposible.

— Pues adió, don Pedro... Y ya verá osté cómo *no acaba abril sin que yo toree en arguna parte.* »

. . . . . .

Atunes, congrios, besugos, percebes, el gobernador de Cartagena, el Guerra, don Pedro... Pues todavía hay más : la Pardo.

« La ilustre autora de *La cuestion palpitante*, dice un periódico, no celebró el día de su santo, invitando como otros años á sus amigos á espléndido refresco. La semana de Pasión en que nos hallamos se lo impediría, pero se quedó en casa y recibió (*¿cómo no?*) á sus amigos. »

De modo que en resumidas cuentas lo único que rectificó, con motivo de la Pasión, fué el espléndido refresco de horchata de chufas.

Pero la conocida publicista, queriendo hacer penitencia por los pecados, vamos al decir, literarios, que cometiera, no se conformó con quitarles el refresco á sus contertulios, sino que obligóles á hacer una penitencia atroz. Sigue diciendo el periódico :

« Por feliz casualidad llegó ayer á manos de la insigne escritora la traducción al sueco de su novela *Los Pazos*

de Ulloa, y el volumen, admirablemente editado en Stokolmo, corría de mano en mano. »

¡ Qué casualidad feliz para los amigos de la señora de Quiroga ! ¡ Ellos, que estaban esperando el consabido refresco de cebada, verse obligados á refrescar con un libro de la Pardo Bazán, y traducido al sueco, por añadidura ! Es admirable. En la Pasión próxima — porque esa Pasión es de las cosas que repiten, como la Pardo — la eximia escritora dirá á sus parroquianos :

« Con motivo de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y deseando purgar yo mis excursiones artísticas por París y Valencia, hoy no hay refresco; pero aquí tienen ustedes mi discurso pronunciado en la sala Charrás y traducido al howa por mi correligionaria Ranavalo. »

Ya comprendo que los argentinos salieran de estampía.

Pues todavía hay más acontecimientos del género trascendente :

De *La Correspondencia :*

« Se ha comentado mucho esta tarde la noticia de haber adquirido una egregia dama el palacio de un título de Castilla en la calle de Quintana, relacionándola con un fausto acontecimiento de familia que se viene anunciando, y que parece se efectuará no tan pronto como algunos creen. »

¡ Qué discreción diplomática en el lenguaje escrito ! ¡ Qué tacto... de codos ! Es como el del santo varón, que, no queriendo comprometerse con nadie, daba las noticias en esta forma :

« Me han dicho... ó no me han dicho... que ha salido...

ó no ha salido para Bilbao, don Toribio... ó no don Toribio. »

¡Todo para salir luego con que la egregia dama dió á luz « un robusto niño! »

Yo no sé qué pensarán ustedes de estos acontecimientos. Para mí, lo más importante de todo ello... son las chinches que vinieron dentro de la consabida revista. Porque cuando un país llega al extremo de enviar chinches por correo, es el acabóse...

¡Bravo! Bravo!

Valence, 5 mai. — A la suite de la publication dans le journal El Progreso, *de Játiva, d'une poésie qui avait provoqué le mécontentement de la garnison de Valence, 70 officiersse sont rendus à Játiva pour demander une réparation à l'auteur de cette poésie.*

Ne l'ayant pas trouvé, ils ont commis de nombreux dégâts dans l'imprimerie.

(*Le Figaro*).

¡Bravo! ¡Bravo! Que los yanquis se guardaran nuestro imperio colonial, puede tolerarse; pero que hayan ido á Játiva á publicar poesías en *El Progreso*, eso nunca. ¡Muy bien, esos setenta oficiales! ¿Y qué dirán ustedes de Shafter, autor de la poesía? En cuanto este general supo que había salido para Játiva un tren cargado de setenta oficiales, nada menos que setenta, pensó que sin querer había parado en Haití, donde cada soldado tiene catorce oficiales, y « no se presentó á recibir los insultos » dice *Las Noticias*, de Barcelona.

Después de todo, ¿qué había de hacer el hombre?

Con un solo oficial podía haberse apaleado; pero con un ejército de oficiales, ¿qué remedio le quedaba? Entonces los setenta oficiales la emprendieron marcialmente con la imprenta, como si les estorbase lo negro. Mordieron unas cuantas sillas de paja, desfondaron el catre donde dormía el general Shafter, y se llevaron la escudilla con los restos del último cocido frío del *Progreso*.

¡Bravo! ¡Bravo! Lo único malo que tiene esta hazaña, es que recuerda la que otros oficiales hicieron en las redacciones de varios periódicos de Madrid. Aquel descomunal ataque fué calificado por *Le Temps* de *conquista de la España civil por la España militar*...

Fué gran batalla y gran victoria. Cuando dichos militares entraron, siempre con aire marcial, en uno de los citados periódicos, *El Resumen*, la única alma viviente que había allí era Jesús María Moreno, llamado *Chuchú* por sus paisanos. ¡Trecientos soldados, casi un ejército, en frente de *Chuchú*! Mi amigo pasó de golpe y porrazo á ser un Bayardo. Por entonces me preguntaron en París si *Chuchú* descendía de don Rodrigo Díaz de Vivar, porque sólo descendiendo él del Cid Campeador se explicaba París que *Chuchú* no hubiera muerto del susto que le dieron. En París no se comprendería que los militares que fueron censurados por la campaña de Dahomey invadieran una redacción, diciendo á los periodistas :

« ¿Conque no somos héroes, eh? Pues para probaros que sí, vamos á romperos los chirimbolos de la casa. »

Esos guerreros contra catres y jofainas de redacciones, esos guerreros que bien pudieron desahogarse en Melilla y Cuba, han dado mucho que reir á Europa; yo

tuve que salir por España cuando Lepelletier escribió en el *Echo de Paris* :

« Con su fiero horror al trabajo, cualquiera que sea, los descendientes del Cid, los hijos de aventureros conquistadores, no tenían más que el circo taurino para conservar la tradición de su antiguo coraje. Fuera de los pronunciamientos y de las agresiones contra periodistas, los españoles no son capaces más que de un género de trabajo : vestirse de barberos de ópera cómica y degollar, al son de la música, un animal de carnicería. »

Así como los setenta oficiales de Játiva copiaron la actitud de los trescientos militares que dieron campal batalla á *Chuchú*, yo he resuelto copiar al general Shafter en lo de curarse en salud. La idea de que venga un aguerrido ejército á romperme los muebles que adquirí en siete años de trabajo diario, me espanta. Claro que con *La Campaña* la victoria sería más difícil; lo primero, porque la jurisprudencia del Jurado francés la autoriza á defenderse á tiros; y luego que... imaginen ustedes qué no diría *La Campaña*. (Yo mismo ni pensarlo quiero, porque me horripilo.)

En fin — y por si acaso — más vale que yo pase una temporadita en Inglaterra. Me voy á Londres, allí donde los militares, aunque se llamen Kitchener y Roberts, no pueden tener mando civil, porque se les considera tan aptos para mandar soldados como ineptos para mandar ciudadanos libres; me voy á Londres, allí donde los héroes de Ladysmith y Mafeking, y Wellington y Nelson si resucitaran é hicieran lo que han hecho esos setenta oficiales de Játiva, irían á la cárcel acompañados del desprecio público; me voy á Londres; y así

como dichos oficiales, según noticias de la prensa de Madrid, « apedreados por los paisanos sostuvieron la lucha *replegándose hacia la estación*, » yo me voy á replegar hacia *London Bridye Station*, sin que Quintín Banderas pueda decir que me *juyí*, como lo telegrafió Weyler de aquel cabecilla, cuando, no sabiendo cómo explicar que pasó la Trocha, dijo que la había pasado huyendo á través de nuestras columnas.

Corona de espinas

La pitié n'habite point le Palais.

He leído que varios periódicos de Madrid, republicanos (?) los unos, monárquicos (!) los otros, han sido denunciados por artículos referentes al rey Alfonso XIII. Como no los he leído, no puedo juzgar de su importancia. Presumo, sí, que serán los mismos artículos, los eternos artículos, repletos de cosas dichas y redichas, que se publican en España desde que hay reyes y letras de molde.

Como creo que las formas de gobierno no importan mucho ni poco; que, por razón de raza é idiosincracia, en la monarquía británica hay mucha más libertad que en la República haitiana, yo no puedo atacar á un niño, que, bajo el peso de la corona de España, presenta el aspecto de despampanada criatura que caricaturó *Le Rire*. Porque ese niño me inspira profunda lástima : — la corona de España no sólo es una de las cosas más

abrumadoras, sino también una de las más ridículas del mundo.

Hablando de un leproso, Jean Hess ha dicho :

« No tenía orejas ni nariz. Sus piernas estaban roídas. Pedazos de carne faltaban á sus brazos y á sus nalgas. Regaba de sangre el camino. Estaba desnudo. No podía sentarse. No podía arrodillarse. No podía acostarse. El picor de sus llagas, que eran demasiadas, le levantaban. Tenía que andar hacia la muerte; y andaba, andaba, abrasado por el sol, cegado por el polvo, asaeteado por las moscas. »

¡Así, moralmente, España! ¡No es para envidiada la corona en el reino de la lepra! ¡ No es para envidiado por las buenas madres españolas el momento en que María Cristina recordó á su hijo, con la mayoría de edad, los graves deberes que impone el ser rey en cualquier país, sobre todo en España, en vez de recordarle que ya es « mayorcito » y que por serlo puede salir á recorrer libremente el campo de Mayo, respirando el aire libre que purifica los pulmones..., á charlar con los amiguitos de la infancia; á echar un cigarro; á echarse novia, no la que imponga el Protocolo, sino la que imponga el corazón, y á volver á casa con un ramo de flores para la madre bondadosa, en vez de volver con la débil cabeza embutida en una corona que chorrea sangre y lágrimas y tubérculos..., en una corona cuyos arrancados florones han dejado espinas horribles..., en una corona de muerto!...

Sexteando

« La denominación justa y exacta de la única instalación cuidada por el duque de Sexto es la siguiente : « España en tiempo de la restauración. »

El ilustre tercero de Alfonso XII, el prócer *galeoto* que llevó á Juan Breva, á la *Macarrona*, á la *Gitana* y otras tales al Palacio de Madrid, ¿qué extraño es que instale en el Palacio de España en París á los afeminados *cantaores* y *tocaores* y á las desgarradas y flamencas bailaoras y cantaoras?

Del duque de Sexto no se podía esperar otra cosa.

Ha *jorobado* á España, es verdad; pero ¿qué querían ustedes que hiciera el de Sexto ?

Los culpables son quienes le han nombrado delegado regio. ¿ Qué entiende de arte, de industria, de producción agrícola, de trabajo, un patilludo ganadero, un grande de España que es un chico en París y en cualquiera parte, un título que no se ha distinguido más que en cruzar yeguas inglesas con caballos españoles y hembras de rompe y rasga con el descendiente de cien reyes?

En París no está bien representada la España que piensa y trabaja; lo está admirablemente la golfería, el flamenquismo, la chulapería y la juerga, las cuatro barras de sangre del escudo de la restauración.
Por el *sexto*, decían en Madrid en noviembre del 85, murió el rey; por el mismo ha sido en París puesta en ridículo la nación.
ROBERTO CASTROVIDO. »

No es posible negar que si los toros están de malas en Francia y aun en la propia España, los aristócratas á lo duque de Sexto no están mejor parados que los toros. Mientras la policía americana de la Habana corta las coletas, invocando razones de orden público, á los toreros que se propasan á pasearse por la acera del Louvre, y los Ivan Aguely la emprenden á tiros con los toreros de Enghien, al señor duque de Sexto nos le están poniendo unas banderillas de fuego que van á acabar con su vida.

No creo, en verdad, que el señor duque, que sería de lo más anodinito en clase de grande de España si su título no fuese un sugestivo recuerdo de uno de los preceptos más violados del Decálogo, tenga toda la culpa del flamenquismo que señoréase en la Exposición española y ferias adyacentes. Pero sí creo que el señor duque pudo y debió intervenir oportunamente en evitar el descontento casi general de los artistas y expositores de España, evitándose él mismo las arremetidas de la prensa española.

¡Al demonio se le ocurre, por ejemplo, granjearse la hostilidad de la Guardia civil! Si el señor duque, que cobra cuarenta mil francos « por gastos de representación », de representación del ducado de Sexto, supongo,

hubiera dejado algo de su momio á los soldados de la Guardia civil, el señor duque no estaría tan expuesto á que una pareja le enchiquerase cualquier día en la cueva de la Feria. ¡ Imagine el señor duque qué gusto dará á esos soldados, que cobran una peseta para todos los condimentos de la cordilla nacional, el saber que el señor duque se atraca de nidos de golondrina en el hotel Ritz!

Pero hay una cosa más atroz todavía. Se exige á los guardias « que no miren á las mujeres. » Esa prohibición, en París, paraíso de las mujeres, y en la Exposición, que es un harén suelto, resulta un Montjuich. Bien está que los guardias miren al señor duque, al señor marqués y aun al señor de Ximénez. Pero entre col y col no viene mal una parisiense. ¡ El señor duque como horizonte, debe ser demasiado monótono! ¡Las toreras patillas del señor duque como perspectiva eterna, deben ser insoportables!

Puede que esa medida represiva responda al deseo de evitar que á los famélicos y desfallecidos guardias se les marée la vista contemplando un buen palmito. Acaso se haya querido que los guardias *huchen* la peseta, para que todo quede en familia cuando regresen, si no mueren de apetito, á la patria. ¡ *Acordáos del Dos de Mayo* ! se les habrá dicho en un arrebato de patriotismo; y sí se acordarán ellos del *Dos de Mayo*, mas no como fecha histórica y gloriosa, sino como generoso obelisco, en cuyos altares podrán amar — ¡ hasta con cascabeles! — por la consabida peseta.

Entretanto la situación de esos jóvenes guardias en pleno París, en pleno harén, en plena atmósfera de faldas y corpiños, en plena primavera, y cuando la pre-

sencia del señor duque les recuerda constantemente, con su empingorotado título, los placeres más ricos de la vida, debe ser inaguantable. Tanto más cuanto que esos guardias, que son muy varoniles y dignos, no han de querer sextear con los estetas que pululan en nuestro pabellón de Cavite y Santiago y en los alrededores de esa Feria que ofrece al público, como genuina representación de la patria, una jacarandosa grupa de bailaor...

Desfile horrible

Tarrida del Mármol me ha dispensado la atención de ir á estrecharme las manos á un rincón de una terraza, en donde yo miraba en silencio desfilar las alegrías del París de siempre y del París que ha creado la Exposición.

Joven todavía, animoso de espíritu, inquieto y batallador por temperamento, Tarrida, me pareció muy viejo... Diríase que las amarguras de las víctimas con quienes anda por el mundo, le han arrugado el corazón. Diríase también que un aliento de ancianidad sopló sobre la juvenil cabeza de Tarrida cuando oyó decir al siniestro Portas en el monstruoso castillo de Montjuich.

— Mañana, á las cuatro, le llevarán á usted al *cero*...

Á la tortura, al descuartizamiento de miembros, á la charca de sangre, al aniquilamiento frío, metódico, entre imprecaciones de sayones y salmodias de jesuítas; ¡al *cero*!... Á ese cero que España empezó á purgar en Cavite y Santiago, porque los pueblos que toleran seme-

jantes iniquidades son pueblos réprobos que van por el mundo expiándolas con su propia sangre y con su propio dolor...

Á esa hora, verdaderamente melancólica, de *mis* tardes cuando me agarro á una tabla de una terraza para hartarme del placer del pobre, del placer de ver de lejos lo que nunca tendré de cerca, la silueta de Tarrida ensombreció mi espíritu y nubló mis ojos. En mi retina iban desfilando dedos hinchados, uñas arrancadas, bocas desgarradas, cogotes replegados, carnes sangrando, piltrafas florecidas en los muros de antro misterioso; Gana, con los testículos retorcidos con cuerdas de guitarra; Callís, con el bello rostro desfigurado, porque negóse á cometer el pecado de sodomía con que le brindaba diariamente uno de sus sicarios; Ascheris, *encerdándose*, para evitar torturas inquisitoriales que ya no podía tolerar, en el sucio cuerpo de aquel sayón hermafrodita; Sebastián Suñé, recluído en un rincón de África, porque el gobierno español no quiere que vaya por el mundo enseñando los horrores de su lacerado cuerpo; y el pelotón de anarquistas, náufragos salvados del abismo de Montjuich, que van por Londres pidiendo trabajo y pan, ¡piedad! ¡misericordia! Y los anarquistas que, como Gana, van muriendo, roídos por el microbio de la tuberculosis los pulmones que estuvieron en el *cero*; y Dato, el malvado Dato, Dato el imbécil, que calumnia á Inglaterra ganoso de que se les cierren todas la puertas del mundo á los pobres mártires que van pidiendo trabajo, pan, ¡piedad! ¡misericordia!... ¡Qué desfile, qué horrible desfile, qué espantoso despertar en esa hora del crepúsculo, cuando la alegría cosmopolita recorre los

grandes bulevares con la orquesta de los billetes de Banco, y cuando Tarrida, olvidado de sus propios pesares y zozobras, fué, con el maletín de viaje en las manos, á decirme: — ¡Que escriba usted, que escriba usted algc por esas pobres gentes!...

Como zebras

En Espagne on a remarqué, á une « garden-party » offerte para la régente, les attentions dont étaient l'objet les chefs libéraux. On conclut que le parti libéral serait sur le point de revenir au pouvoir.
(*Los periodicos.*)

La prensa parisiense de la mañana — 21 de junio — en que escribo estas líneas, nos da otra noticia : habiéndose dignado la Reina Regente recibir á los representantes del comercio y la industria madrileños, estos señores, en vez de prorrumpir en ayes de dolor y en jeremiadas de limosnero, defendieron virilmente el derecho que creen tener contra los nuevos impuestos del gobierno. El señor Maturana — ¡ oh escándalo ! —« afirmó que la Reina Regente podía apaciguar el conflicto en cuarenta y ocho horas, y que de no hacerlo así acabaría mal el asunto. »

« Ningún monarca español, después de Carlos III, ha

oído un lenguaje menos respetuoso y más altivo », advierte *El Imparcial.*

Perdóneme la omnisciencia del joven ministro Rafaelito Gasset : el lenguaje del señor Maturana y de los demás representantes del comercio y la industria madrileños, es el que usaban para hablar á sus reyes los delegados del pueblo español, cuando no habían perdido la vergüenza y los perendengues, porque cada uno de los delegados se consideraba tanto como el rey y todos juntos valían mucho más que su real majestad. El lenguaje del señor Maturana es el mismo que la colonia española de París, congregada en el *Athenée*, aplaudió anoche á los corregidores de Sevilla cuando recordaron los respetos de la ley al monarca Sancho el Bravo...

Pero los tiempos son otros : y nuestro carácter nacional se ha agallinado tanto, que los representantes del pueblo vienen ejerciendo de galgos amaestrados á quienes se obliga á bailar con la punta de una fusta, y nuestros gobiernos de *ratas*, no sólo por lo que roban, sino también por los cobardes que son, se consideran « abocados á empuñar las riendas » de la jauría cuando la Reina Regente se digna mirarles en un *garden-party*.

Gaston Leroux refirió, hace poco, que al shah de Persia le entienden por gestos. « Un gesto del shah vale más que muchos discursos largos. Su comitiva le comprende por el guiño de los ojos. Se obedece á la orden de su mirada. Emitir una opinión contraria á la suya es lavarse las manos en su propia sangre. Los más altos dignatarios de Persia se inclinan ante él, con la cabeza adelante, como ofreciéndosela, por si tiene el capricho de cortarla. »

Así la comitiva española. Venales y tiránicos los gobiernos de *prostitutos* con la cartilla de Ribot en los faldones del uniforme; capado el pueblo con el sable del militarismo que, exceptuando á los Vara del Rey, cacareó al igual de una gallina en Cavite y Santiago, y puesta á remojo la cuchipanda nacional en la pila del agua bendita por un clero sarnoso de espíritu y de cuerpo, los delegados y representantes del derecho popular vienen obligados á hacer lo que hacen los súbditos del shah de Persia: « comer á prisa los restos de la mesa del soberano, para estar cuanto antes á sus órdenes. »

« Ayer tarde, dice Gastón Leroux, el shah les llamó palmeando, lo que en él es signo de una cólera violenta y los vasallos dejaron la ternera para correr hacia el shah. Como zebras. »

Ó como nosotros...

« Ni

El país pintado por sí mismo

Pido papel, pluma y tinta para hacer esta crónica en un *bar*, cuando observo que viene á mí, con los brazos abiertos, mi buen amigo don Rufino. Viene, encantado, de recorrer media España.

— ¡ Qué gran país, don Luis, qué gran país !

— ¿ Cuál ?

— España.

— ¡ Hombre !

— Sí, señor, España, el país más adelantado, el más anarquista...

— ¡ Don Rufino !

— Como lo oye usted, don Luis. Aquí tendrán ustedes libros de Faure (no Félix, sino Sebastián), de Grave, de Mirbeau, etc. Teoría, pura teoría. En España hace tiempo que practicamos la anarquía ¡ y sin saberlo, amigo !

— ¿ Qué me cuenta usted, don Rufino ? Usted está mal de la cabeza.

—No se lo cuento á usted, sino que se lo pruebo. Tome usted nota.

Gargajeó don Rufino y dijo:

— En España la propiedad es robo, en el sentido de que todos somos ladrones. Absolutamente resueltos á no vivir de trabajar, y necesitando vivir de algo, vivimos de timarnos los unos á los otros. El atraco está « en la conciencia de todo el mundo », y el que no puede vivir de valiente, vive de *gorra*. Se oculta la riqueza pública, se filtra todo, los más acaudalados propietarios se vuelven locos de contentos cuando pueden pasar de contrabando una caja de cigarros, y todo el mundo anda á caza de un *primo*. Hoy me toca á mí robar á usted, mañana le toca á usted robar á Fulánez, pasado mañana le toca á Fulánez robarme á mí; y, así sucesivamente, se explicará usted que habiendo unas pocas pesetas en el país, todo el mundo tiene dinero y en realidad no lo tiene nadie. Es un robo *en rosca*. La propiedad no existe.

— Pase por la propiedad; pero la religión, me permití observarle, la religión de nuestros mayores...

— La religión de nuestros mayores es otro infundio. Puede que nuestros mayores tuviesen religión; pero nosotros ni de vista la conocemos. En España, señor don Luís, nadie cree en nada. Oir misa, confesar y comulgar, rezar el rosario, hacer novenas, todo eso es pura costumbre, como el comer buñuelos el día de difuntos y mazapán por Nochebuena. Si los yanquis hubiesen entrado en España, á esta fecha rezaríamos á Lutero como rezamos á san Juan y san Pedro; porque lo mismo nos importa Lutero que san Juan, y san Juan que san Pedro.

— ¿Y la familia? ¿Dónde me deja usted la familia, don Rufino?

— ¡No hay familia! El hogar allí dista mucho de ser no lo que el hogar en Inglaterra, ¡de eso no se hable! sino lo que el hogar en Francia. En España todo el mundo vive en la calle; y el padre de familia, que es el primero en volver á casa, cuando vuelve, á las cuatro de la mañana, no se ocupa de si los suyos comieron; ni trabaja, cuando tiene trabajo, ni lo busca, cuando no lo tiene, para que coman. La familia, el hogar, se reduce á la procreación de la especie como la de los animales en los prados.

Volvió á gargajear don Rufino, y como noté en él marcada tendencia á analizar de mala manera otros fundamentos de la sociedad, le interrumpí con esta salida:

— Y de la política ¿qué? ¿Cree usted en la subida de Sagasta?

— Ni en Sagasta ni en el mismísimo Rampolla creo. Allí no pasa nada. Aquello es una tumba.

— Y la... la... la... ¿qué tal?

— Todo lo que se sabe es que... no..., vamos, que no *silvelea*.

— Vaya, me alegro.

— ¡Pues no se alegre usted, señor mío! Para mí ese es su principal defecto. Figúrese usted que hablando con un bulevardier, le dijera: ¿Vé usted esa mujer, todavía joven, no fea y distinguida? Pues no... vamos, que no *silvelea*. ¿Qué apuesta usted, mi señor don Luis, que el bulevardier exclamaría: ¡Valiente suciria!

Eso, siguió don Rufino, es absolutamente necesario, tan necesario á la princesa altiva como á la que pesca

en el Manzanares, no sólo por razones de estética, sino también, entre otras, por exigencias del espíritu. Si la defecación es indispensable, según Voltaire, á la alegría del humor, hay otras expansiones no menos necesarias á la clarividencia de los asuntos nacionales é internacionales. Una persona obligada á ser casta, no siendo virgen, carece de la necesaria ponderación de las fuerzas físicas y anímicas. El amor es, puesta al revés, una lavativa que suaviza las durezas del espíritu. Pero en nuestra tradicional é indecente hipocresía castramos nuestras instituciones, ó preferimos que nos echen á nosotros la lavativa, á que se las echen ellas á sí mismas, con arreglo á la higiene. ¡ Y así han puesto al pobre pueblo!

— ¡ Por Dios, don Rufino, qué palabrotas y qué cosas ha traído usted de España!

— Las que gasta allí todo el mundo; pero eso sí, en voz baja. ¡ Porque tenemos más miedo que vergüenza!

Y después de gagarjear otra vez, don Rufino tomó, *de gorra*, el segundo café con gotas.

¡ Tapa !... ¡ Tapa !...

El tan traidor como desvergonzado mercachifle y putrefacto saltimbanquis político don Francisco Romero y otras yerbas, que como orador es un sacamuelas de aldea, ha dicho al *Heraldo de Madrid* que mi información sobre su charlatanismo en París « no tiene el carácter de noticia, sino el de investigación policiaca. »

En efecto : cuando el exsátrapa de las colonias sale de España, la policía extranjera le sigue los pasos...

El señor Romero niega que derramó una lágrima recordando la muerte de Rizal, vilmente asesinado por su compinche Cánovas.

Yo vi que el señor Romero después de ahuecar la voz por querer expresar una emoción que no sentía, derramó algo en el mantel.

¿No fué una lágrima? Pues entonces fué una gota de las catorce mil que el señor Romero lloriquea á diario por la nariz que le pusieron en Berlín recortándola del trasero de un hulano.

Por lo cual el señor Romero debiera abstenerse de exhibirse en público para moquear tantas vulgaridades y necedades. Porque política y físicamente da ganas de vomitar; y después de oirle, las gentes salen exclamando :

— ¡ Tapa !... ¡ Tapa !...

Plumita querida.....

Ni el señor marqués de Cayo del Rey cuando salió de la Bolsa de París, ni el señor Montero Ríos cuando salió del *Cabaret du Ciel*, ni la señora Guerrero cuando salió de su apoteosis del *Athenée*, ni los señores carlistas saliendo de estampía, como oportunamente anuncié, ni tantos otros señores... ni tantos otros asuntos, como los relativos á Cuba y Estados-Unidos, como el aviso de que los comisionados yanquis iban á reclamar la anexión de Filipinas (trabajos todos que me han granjeado tantas persecuciones y dificultades, en vez de darme la respetabilidad y el bienester que habríanme proporcionado en un país civilizado y en una prensa culta) ; ni siquiera, en fin, la Audiencia de Puerto-Rico que dejó cesante Núñez de Arce en virtud de un artículo mío que fué reproducido por toda la prensa de Madrid, nada, nada me ha hecho reir tanto como ese pobre Romero Robledo, tan vanidoso y omnipotente, que de un plumazo mío

fué tambaleándose á echar los bofes en la espuerta de los corresponsales denostiarras.

¡ Lo que me he reído, á solas conmigo !... ¡ Lo que he gozado en mi soberbia de obrero solitario, que desde humilde rincón, y teniendo por toda arma una pluma, va devolviendo á la frontera personajes gordos, muy gordos, temidos, muy temidos, poderosos, muy poderosos !... Y mientras buenos compañeros me advierten caritativamente que me he echado un mal enemigo en don Fulánez, yo, en mi rinconcito, me río viendo á don Fulánez tambalearse en la frontera, echando por la boca el cuajarón de inmundicias que le arrancó el metisaca de mi pluma... ¡ Ah, plumita querida !... Á ti debo los mejores placeres de mi vida...

Á ti debo también esta victoria singular ¡ Todo un Romero ! ¡ todo un Romero ! es decir, uno de los personajes políticos que más vanidad tienen, porque es uno de los que más acostumbrados están á que los periodistas, cuya mayoría se compone de lacayos, le huelan la nariz, que es como si le oliesen el... *hulano* á Silvela, todo un Romero rectificándome de prisa — al regresar á España descompuesto, furibundo, vomitando venablos, coceando !... Ja, ja... ¡ Qué dicha !... ¡ Qué delicia !... ¡ Y qué documento para quien quiera estudiar la psicología del personaje político en sus relaciones con la prensa de España ! « Invitado al café de una comida particular por el dueño de la casa en que me hospedaba, ha dicho lo que no ha visto ni oído », dijo de mí el señor Romero Robledo. ¡ Invitado al café ! Es decir, puesto que le dimos un café al corresponsal del *Heraldo de Madrid,* ¡ el corresponsal tenía el deber de mimarme, de

adularme, de mentir ó de callar en provecho mío! Para los Romero el periodista es un botarate, subvencionado con achicoria para *bombear* á saltimbanquis.

¡Váyase usted á la... nariz de usted, señor Romero Robledo! Por nacimiento, por educación, por cultura, por inteligencia, por honradez en la vida pública y privada, por todo, en fin, yo soy y valgo inmensamente más que usted, señor Romero Robledo! Y déle usted gracias á su Dios de que yo no soy policía, porque si lo fuera, hace mucho tiempo que estaría usted enla cárcel...

A un tal Vizconde

En el extracto de una sesión del Congreso de histriones lúgubres y mujerzuelas de caño sucio, encuentro una noticia tan amena como sorprendente.

El señor Vizconde de Irueste, no satisfecho con dispensar al *Heraldo de París* el honor de leerlo, le ha dispensado el honor de vocearle en una sesión de dicho Congreso, llamando la atención de los señores diputados — la mayor parte de los cuales merece estar en presidio — sobre uno de los *Pêle-Mêle* en que, como ha dicho Castrovido « Bonafoux arregla con gracia y mala intención viejos refranes ». Acto seguido el mismo señor Vizconde preguntó al Gobierno si el director de este periódico recibe subsidios de la embajada española de París.

Puesto que el *Pêle-Mêle* en cuestión pareció tan terrible y antimonárquico al señor Vizconde, mal puede el *Heraldo de París* recibir, por publicar esos *Pêle-Mêle*, subsidios de quien tiene gran interés en que no se publiquen; y como esto, por lógico, se le ocurre á cualquiera,

por topo que sea, hay que suponer que el señor Vizconde tuvo la intención de indicarle hábilmente al embajador — quien tiene menos sueldo que el ministro de la última republiquilla suramericana — que debe hacer algo por un periódico cuya colaboración honra tanto á España en el extranjero.

Mucho me temo que el noble esfuerzo del noble Vizconde se pierda en el vacío y que le pase al *Heraldo de París* lo mismo que á su predecesor *La Campaña*. Mientras duró este periódico, cuyos gastos fueron costeados por don Pedro J. del Rincón y don J. B. Ventura, amigos míos, que quisieron sacar dicho periódico, porque saben de lo mucho que me gusta el *sport* de reirme de los tontos y de apalear á los borricos, la hampa de esta colonia, algunos de cuyos miembros son capaces de asesinar por un panecillo, murmuró que el periódico aparecía porque estaba subvencionado, pues no habiendo sido usurero mi padre, ni dedicándome yo á martingalas en el Casino de Madrid, ¿ cómo y con qué fundaba un periódico, aun siendo humildísimo ? Mi buen amigo Alejandro Lerroux, me escribió que el chismecillo había llegado á Madrid; que en la capital de los ratas y tomadores de todas clases decíase que *La Campaña* era, ó del doctor Betances, ó del embajador de España ; y entonces contesté en *La Campaña* del 19 de Enero de 1898, lo que sigue :

Refiriéndose á la impresión producida par *La Campaña* en Madrid, Alexandro Lerroux me ha escrito, entre otras cosas :

« Por aquí ha caído ya sobre usted el coro de las maldiciones : quién cree que *La Campaña* es periódico

filibustero, quién afirma que es órgano de la embajada española y todos sacan á relucir las viejas calumnias ».

No esperaba yo ni más ni menos. Basta leer los relatos que han hecho de Madrid los Dumas, Gautier, Lorrain, etc.; basta leer lo que dicen los mismos periódicos de Madrid, para tener por averiguado que esta heróica villa, con honrosas excepciones, como Pí y Margall, es un mal villorrio de politiquillos voceros y ladrones que, si fueran franceses, estarían pudriéndose en la prisión de Mazas; de literatuelos hueros é ignorantes, que tienen el descoco de graduarse de genios inconmensurables; de torerillos de invierno, que forman corros y coros de impúdicas nalguitas en los sitios más céntricos de la ciudad; de gentuza sin vergüenza y holgazana que arrastra mal olientes chanclas y vive de la limosna y de la estafa; y de encopetados aristócratas y caciques sin pizca de sentido moral, y tan cínicos, que todos hacen buena la historia del diputado que después de decir de un Fulano, en los pasillos del Congreso, que era un ladrón, un asesino y un violador de menores, dijo en la sesión, hablando del propio individuo :

«*Mi digno compañero*, el grandilocuente orador don Fulano... »

Tal es Madrid en conjunto : mentidero coronado, alcantarilla que envía sus suciedades á las provincias por el mismo Madrid esquilmadas, pulpo de España, verdadera causa de los infortunios de la patria, porque de Madrid han salido todos los ladrones de Cuba y casi todos los frailes de Filipinas.

Por eso, al aparecer *La Campaña* en Madrid, á ninguno de esos piadosos murmuradores que se confiesan

y comulgan diariamente y son capaces de robarse el copón y violar á su padre moribundo, á ninguno se le ocurrió recordar que, después de tantos años de trabajo, tengo en mi pueblo tanta popularidad como el escritor que más popularidad tenga en el suyo; y que, después de muchos años de luchar contra tantísimos canallas, puedo haber conseguido quien me haya ayudado á fundar este humilde semanario. ¡No! El periódico tiene que ser del embajador de España, quien puede disponer de una parte de la prensa francesa, ó del doctor Betances, quien también puede disponer de una parte de la misma prensa. En fin, vaya por el embajador ó vaya por Betances. Todo menos que se figure nadie que *La Campaña* es de alguno de esos saltimbanquis de Madrid. Porque eso me expondría á ir á presidio.

En cuanto á mí, personalmente, las calumnias viejas me importan tanto como las calumnias nuevas, y las calumnias nuevas, me importan tanto como el emperador del celeste imperio. Si la caquexia intelectual de esas gentes que se nutren de cocidos fríos, raspas de bacalao, judías revolucionarias y buñuelos de viento *también*, no les permite maldecirme ó calumniarme á coro todo lo que desean, yo les facilitaré tres cuadernos, de más de cien páginas cada uno, en que con verdadero fervor tengo coleccionadas todas las injurias, maldiciones, calumnias y pasquines con que me han honrado en las varias andanzas de mi vida. Y si quieren piedras, de las muchas que se han tirado contra mí, también puedo darles algunas para formar colección.

Los que me conocen, los probos ciudadanos que me

dispensan el honor de estrechar mi mano y frecuentar mi trato, saben de cierto que no he venido al mundo á ser órgano de ningún personaje; que vivo pobre, solitario en el campo, aislado de la sociedad, porque la sociedad me apesta. Soy un obrero. Como obrero vivo. Soy un escritor independiente, porque me da la gana. Por serlo he podido defender á los maltratados de Cuba, á los maltratados de Puerto-Rico, á los maltratados de Filipinas, á los maltratados de Montjuich, á los perseguidos como Sempau, á los Villuendas, á los Luna Novicio, á los Rizal, á los García Peláez, á todos los que sufren, á todos los que reclaman justicia, porque ese es el único consuelo de mi vida. »

Muerto Betances — dejando en su caja de dinero 3 francos y 75 céntimos, aunque cierta inmunda prensa le llamaba vendido al oro filibustero, bolsista especulador, *etc*... — no es posible decir que el *Heraldo de París* recibe subsidios del doctor Betances, no sólo porque no me dedico á *levantar muertos* en el Casino de Madrid, ni en ninguna otra parte, sino también porque aun tratándose de un periódico que, por ser mío, tiene que estar expuesto á toda clase de calumnias, no parece presumible que lo sostengan desde el cementerio. Pero como el embajador de España ni ha muerto ni tiene la menor gana de morir, es claro que el *Heraldo de París* tiene que ser órgano del embajador...

Desgraciadamente, no hay subsidios de su Excelencia. Pero sépase que el *Heraldo de París* está absolutamente resuelto á aceptarlos del embajador, ó del señor Vizconde, ó de cualquiera que se preste á suministrarlos, como municiones, con una sola condición : que el protector

no se ha de entrometer en nada que concierna al periódico; que el *Heraldo de París* mantendrá todas sus ideas: que seguirá atacando todo lo existente, defendiendo todas las injusticias. Así las cosas ¡ vengan subsidios !

Cuando todos los escritores y periodistas franceses, en el paroxismo del asunto Dreyfus, se llamaban vendidos á sindicatos, y el *Petit Caporal* y el *Petit Journal* osaron rasgar la majestad de un Zola, acusándole calumniosamente de recibir dinero por defender á Dreyfus, parecióme mal que el gran ciudadano francés se sintiese mortificado; bien que, siendo él rico por sus obras, cree, sin duda, que debe hacer desinteresadamente todo lo que hace. El *Heraldo de París* no está en ese caso. El *Heraldo de París* es muy pobre, no cobra mucho ni poco por defender la buena causa, pero necesita papel, imprenta, sellos de correos, etc.; en una palabra : municiones. Si se las diera el enemigo, tanto mejor. Desgraciadamente, el enemigo procurará quitarle las que consiga luchando...

Esta seguridad no impide que se agradezca al noble Vizconde su generosa intención. Acaso recordó él, cuando pasó por Paris y me fué presentado por el señor conde de las Almenas, en el patio del Grand Hotel, que la Patria ¡ ay ! es presa de ladrones políticos, de prostituídos aristócratas que derrochan en juergas fortunas mal adquiridas por sus antepasados, de burgueses sinverguenzas; y el señor Vizconde, respondiendo á su honradez personal, desea que viva el periódico fustigador de tantos canallas y ladrones del pobre pueblo español.

Gracias, señor Vizconde, en nombre del *Heraldo de París*, quien aprovecha esta oportunidad para felicitarle cordialmente por haberse salvado del descarrilamiento del sudexpreso, que tan conocido le hizo en París, y que le permitió en Madrid, y en *La Época*, estrenarse como ameno al par que pintoresco cronista de catástrofes ferroviarias, cuando todo el mundo le creía un perfecto imbécil.

Cuestión personal

17, Avenue Bugeaud.

Sr. Director del *Heraldo de París*.

Recibo en este momento el número de su periódico publicado el sábado. Acuso á usted recibo de los insultos que me prodiga y al propio tiempo que le envío mis señas le advierto que donde le encuentre le cruzaré la cara. Como París es muy grande y que no dudo ha de buscarme para que esto sea cuanto antes tengo un verdadero gusto en participarle que de tres á cinco el miércoles próximo estaré en el Patio del Grand Hotel.

Es cuanto tiene que decirle,

El Vizconde de Irueste.
París 1º Enero 1901.

París, 2, de Enero de 1901.
46, Avenue Pereire,
Asnières (Seine).

Sr. Vizconde de Irueste :

Acabo de recibir su imbécil carta con sobre al director del *Heraldo de París* y á la administración de este periódico; y aunque el *Heraldo de París* no tiene director, yo

que soy el redactor jefe del mismo, contesto asumiendo toda clase de responsabilidades en todos los terrenos.

Si usted vió insultos en el artículo que, contestando á una agresión de usted, le dediqué por boca del ordenanza de la redacción del *Heraldo de París*, tenía usted el deber de buscarme en el terreno de los caballeros.

Usted prefiere hacer competencia á los luchadores de *Folies-Bergère* y me escribe una carta propia de un aguador ó de un mozo de cuerda.

También acepto ese terreno; y advierto á usted que *al dirigirse usted á mí, aunque sea con un solo gesto descompuesto, le alojaré una bala en el sitio donde otros tienen los sesos.*

LUIS BONAFOUX.

París 4, de Enero de 1901.

Sr D. Luis Bonafoux,

Muy querido amigo;

Comisionados por usted para representarle cerca de los señores don F. Echagüe, Comandante Agregado militar á la embajada española en París y M. Alfred Courmes, en la gestión encomendada á ellos por otra persona, entendemos, y así lo hemos manifestado verbalmente primero y en carta después á dichos señores, que no ha lugar á reclamación ninguna por parte de dicho señor.

Acompañamos copia de la carta que hemos dirigido al Sr. D. F. Echagüe, Comandante Agregado militar á la embajada española en París, y á M. Alfred Courmes, y repitiendo á usted las gracias por habernos honrado con su representación, somos de usted afectísimos amigos y S. S.

Q. B. S. M

Jaime Brossa. — F. Villanueva.

París 4, de Enero 1901.

Señores Don F. Echagüe, Comandante Agregado militar á la embajada española en París, y M. Courmes.

Muy señores nuestros.

Nos complacemos en consignar por escrito la respuesta única que podemos dar á la gestión encomendada á ustedes.

Enterados de los términos en que el representado por ustedes se dirigió con fecha 1º de Enero de 1901 á nuestro representado señor Bonafoux en carta que dice textualmente:

17, Avenue Bugeaud.

Sr Director del *Heraldo de París*.

Recibo en este momento el número de su periódico publicado el sábado. Acuso á usted recibo de los insultos que me prodiga y al propio tiempo que le envío mis señas le advierto que donde le encuentre le cruzaré la cara. Como París es muy grande y que no dudo ha de buscarme para que esto sea cuanto antes, tengo un verdadero gusto en participarle que de tres á cinco el miércoles próximo estaré en el Patio del Grand Hotel.

Es cuanto tiene que decirle.

El Vizconde de Irueste.

Entendemos que habiéndose considerado « insultado con prodigalidad » el representado por ustedes, y no habiendo hecho oportunamente gestiones encaminadas á conseguir una reparación por las armas, sino que invitó al Sr Bonafoux á darse de golpes con él en el Patio del Grand Hotel, no ha lugar á iniciar ninguna gestión en el terreno del honor, para el cual se ha incapacitado el representado por

ustedes invitando al señor Bonafoux para que acudiera á un terreno vedado para los caballeros.

Entendemos asimismo que el señor Bonafoux pudo excusar hasta el designarnos como representantes suyos y que nosotros mismos estaríamos dispensados de hacer las presentes manifestaciones, ú otras cualesquiera, si no nos hubiese obligado á fijarnos en este asunto la consideración profunda que ustedes nos merecen.

Dando este asunto por terminado, quedan de ustedes : Atentos seguros servidores.

Q. B. S. M.

Jaime Brossa. — F. Villanueva.

Punto final

Al Vizconde de Irueste no le contestaré directamente ni una sola palabra más aunque subraye cínicamente el vocablo *caballero* al referirse á mis padrinos.

Todo París sabía que la carta que el Vizconde de Irueste me dirigió invitándome, al parecer, á pelearse conmigo en el Grand-Hotel, á cuyo patio no fué, por cierto, el señor Vizconde, fué un acto encubridor de una cobardía.

Todo París sabía que al recibir la carta del *tirito*, el Vizconde, que no ignoraba que se había incapacitado para ir al terreno, hizo, nombrando padrinos, un acto encubridor de otra cobardía.

Todo París sabrá mañana que el Vizconde de Irueste ha rematado su serie de cobardías con permitirse el lujo de intentar insultar á mis representantes cuando hace *medio mes* que terminó el incidente, origen de la cuestión.

Puesto que el Vizconde de Irueste anda con el Código

del honor debajo del brazo, como ciertas prostitutas con la palabra virtud en la boca, el señor Vizconde tenía que saber que inmediatemente después de haberle descalificado no podía eximirse de apelar á un tribunal de honor que entendiese en su descalificación ; y que sintiéndose injuriado por mis padrinos según consigna á los quince días, tuvo el deber de retarles incontinenti. Nada de esto. Después de pasar medio mes en silencio, cuando mi padrinos como obreros intelectuales que son, y á mucha honra, volvieron á la diaria labor; cuando el señor Brossa, que nunca ha sido secretario de la redacción de este periódico, del cual tampoco es redactor, se decidió, después de esperar cuarenta y ochos horas en París (pues no había de esperar toda la vida), á ir á Barcelona, como empleado que es de una casa bancaria: cuando París se ha cansado de reir del señor Vizconde; cuando en fin, han caducado todos los derechos que el señor Vizconde hubiera podido alegar que tenía á la apelación ante un tribunal de honor, y á retar á los padrinos que le descalificaron merecida y legalmente, he aquí que este moderno paladín de casa y boca, representante de la Reina Regente, según se jacta de serlo, se descuelga con media docena de insultos vulgares y ridículos.

El señor Vizconde, que vive de baratero en Madrid, comprendió *al fin* que tenía que hacer algún pinito, tratando de impedir que al volver allá le echen al corral. Mas todo Madrid sabe ya á qué atenerse sobre este aristócrata chalupón, que en vez de haber ido á pelear á Santiago de Cuba, como fueron los aristócratas americanos, y como los aristócratos ingleses fueron á Mafeking y Ladismith, se dedica, según él mismo declara

con hidalga fiereza, al oficio de perseguir periódicos, pidiendo á las Cortes que supriman las ideas y lo negro, que tanto estorba al señor Vizconde.

Cuando yo nombré padrinos en la cuestión Irueste, les dije : « Procedan ustedes con entera libertad. Lo único que les suplico es que si ha lugar á duelo, lo establezcan á pistola y á diez pasos, avanzando. No manejo armas. El duelo tiene, pues, que ser anormal ».

Y cuando los padrinos volvieron á darme cuenta de que habían descalificado al Vizconde, les advertí : « Está muy razonada la sentencia de muerte. Y ahora caigo en que el Vizconde estaba incapacitado también para batirse conmigo por otra cosa : ¡ por burro ! Incapacitado, pues, moral y encefálicamente.

Puede el señor Vizconde seguir subrayando *caballeros*. Mientras no llame caballeros de industria á mis padrinos, mientras el mundo no diga que viven de matones, timando á jugadores y pelotaris y estafando al Café de Fornos; mientras no se indigne la gente porque asistan á las carreras de *Lonchamp* el mismo día en que entierren á sus señoras, es claro que, pese al gran Vizconde, tendrán la consideración de todos los hombres honrados.

La Colonia Española

Los días han sido turbios y tristones... heladas é inacabables las noches... Un adagio reza que en febrero busca la sombra el perro. La colonia ha buscado inútilmente el sol que no se ponía en los dominios de la Patria...

Como á falta de pan buenas son tortas, la famélica colonia de estetas, la cínica casa de lenocinio — como la ha llamado el *Capitán Verdades* — la hidalga hampa para quien París no tiene museos, ni bibliotecas, ni círculos instructivos, ha matado el tiempo hablando del *Coco* y del *Periódico* — ¡Se va á acabar con el *Coco*! — ¡Se va á acabar con el *Periódico*!... — ¡Qué gusto!

Y sin nada en la tripa, ó con la tripa preludiando la *Marcha de Cádiz*, más conocida por el nombre de *Marcha del Cocido*, los buenos colonos iban de aquí para allá y de allá para acá, murmurando, chismorreando, calumniando...

Con la casposa cabeza bajo el seboso hongo; con el

gabán raído y no pagado al sastre; al cuello el pañuelo encubridor de mugrienta camisa; con las empolvadas botas, denunciadoras de las plastas que le adornan los repasos de los calcetines; con los fundillos de los calzones menos salpicados de palominos que los repliegues del alma jesuítica y de cántaro que se le pasea por el cuerpo de calamar en su tinta; con el cerebro huero como calabacín y con el corazón repleto como letrina del Sena, el gandul colono, amarilleando falsas sonrisas que descubrían su dentadura cuajada de detritus de las últimas féculas que comiera á crédito, iba de casa en casa comiendo y bebiendo lo que buenamente caía á guisa de tradicional limosna.

Y así ha pasado más de un mes de turbios y tristones días, de heladas é interminables noches. — ¡Se va á acabar con el *Coco*.... — ¡Se va á acabar con el *Periódico*!...

¡Con el *Coco*, que ha servido á todo el que solicitó de él un favor!... ¡Con el *Periódico*, que no ha hecho más que defender el infortunio, las víctimas, los débiles, los vencidos, los humildes!...

— ¡Se va á acabar con el *Coco*!... ¡Se va á acabar con el *Periódico*! — ¡Qué gusto!

¡Pero el *Coco* sigue en pie!... ¡Pero el *Periódico* sigue en pie!... — Y habrá *Periódico* mientras el *Coco* quiera.

La astrosa colonia de miserables esclavos de frac y chaqueta, ha tenido que restituirse al pesebre habitual.

Grandes infanzones, tornan á sepultar el desdeñoso hocico entre los muslos de cualquiera *cocotte*, por cuyo desorejado sexo rodó la virilidad de todo un pueblo sifilítico, cuando no se colocan en sádicas cuclillas para

Á Manuel Paso, en el Cementerio

Heraldo de París llevó tus *Nieblas*, tus hermosas nieblas granadinas, cuajadas de lágrimas, al escaparate de un librero del bulevar, y luego empezó á publicarlas en sus columnas. Una ola de fango, venida del arroyo, quiso manchar el periódico, y tuvimos que dejar de recoger las violetas de tu jardín para empuñar los escobones y barrer la inmundicia arrojada de la calle; y allí donde había corolas de la Alhambra, y áureas arenas del Genil, allí se formó un viscoso bache de lodo, escupitajos y sangre... ; y de allí de donde se esparcía el suave olor de tus versos deleitosos, de allí surgió una bocanada malsana de mis diatribas justicieras. Horas antes de tu muerte, que es tu vida... pedí tus *Nieblas* en la imprenta ; y una cajista parisiense sacó tu poesía de bajo de una mesa, como petrificada en un pedazo de mohoso hierro, semejante á una muerta arrinconada y roída por el abandono del ser amado. ¡Perdón, querido amigo, compañero entrañable, perdón!

Tú que me trataste á ratos con intimidad fraternal, sabes que nunca pude adquirir la hermosa bondad de perdonar las injurias. ¿Y qué alcanzaste tú con ser tan bueno, tan inofensivo, tan timorato, tan superior por las ternuras del corazón á cuantos, como Dicenta, te acompañamos, queriéndote y admirándote? También á ti atropellaron mil veces, y siempre impunemente, los poderosos, los fuertes y los malos; y has muerto sin el consuelo de que se te secara el índice de la diestra sobre la pluma de la sátira y la invectiva...

Ayer te enterraron; mañana quizá te llevarán siemprevivas; pero á poco andar, « de que pasaste por el mundo, ¿quién se acordará?... » Porque pasaste cantando, amando y perdonando; porque si bien el mundo te aprisionó y te arrancó los ojos para convertirte en *foie gras* y comerte á gusto, no logró el mundo infartarte el hígado, sino entristecerte el corazón; — y á mí me ha puesto el hígado tan grande... ¡que de puro grande ya no hay quien se atreva á comérselo!...

¡Duerme, duerme en paz, dulce poeta, entrañable amigo, leal compañero, simpático bohemio que pasabas el arroyo sin darte cuenta de que lo pasabas; que como pájaromosca ibas por el mundo libando flores — ¡y eran las tuyas!... Duerme en paz, y recibe mis plácemes por haberte ido de este pudridero que llaman sociedad...

Mi lástima...

Cogiéndome de la mano izquierda, que es la del corazón, la princesa Ratazzi me habló de este modo gentil :

— Usted, joven... — porque usted es joven, relativamente á mí, añadió, suspirando, la princesa — se empeña en seguir un camino opuesto á sus verdaderos intereses. Usted no necesita polémicas, porque para usted es llegado el caso de vivir de la Fama. Usted tiene reconocidas muchas condiciones, que yo no necesito repetir; y guapo, además, porque usted es guapo, relativamente, señor Bonafoux, puede usted recabar lo que le venga en gana : honores, posición social, altos puestos, fortuna, y en vez de vivir á lo solitario, vivirá usted, recibiendo homenajes, en un palacio. Los escritores, joven... — porque usted es joven, relativamente á mí, volvió á decir, suspirando, la señora princesa — se hacen respetar y temer para conseguir un fin. ¡Sea usted práctico, siquiera una vez en su vida! ¡Por Dios, haga usted un periódico que pueda entrar en los salones!

Y apareció el *Heraldo de París*.

Sinceramente hablando, sin adularlo poco ni mucho, no creo que este periódico, casi siempre en mangas de camisa, haya « llenado el vacío » de entrar en los salones, y mucho me temo que no tenga encantada á la princesa Rattazzi, ni á ninguna otra princesa.

Pero ¿de quién es la culpa?Si bien se mira, desde que se inventó la imprenta no ha visto la luz pública ningún periódico tan correcto ni tan morigerado como el *Heraldo de París*. Mas de rigor es que si le disparan con mausser, conteste con dinamita, como contestó á don Francisco Romero Robledo.

¡Ese don Francisco! ¡He ahí el verdadero causante de que el *Heraldo de París* no haya podido entrar en los salones, á echar siestas en las perfumadas faldas de las princesas! ¡Ese don Francisco, tan furibundo contra mí, porque yo le dije oportunamente lo que luego le han dicho periódicos republicanos, como *El Pueblo*, de Valencia, y periódicos monárquicos, como el *Heraldo de Madrid!*...

¡Y don Francisco tan creído de que queríamos atajarle en su carrera á La Coruña, de que éramos jurados enemigos de él, de que le odiábamos cordialmente!

No, don Francisco; yo no odio á usted; yo admiro á usted... con admiración compasiva.

En la retina de mi imaginación no se ha borrado, ni se borrará nunca, la perspectiva de su fisonomía en el Hotel de l'Athénée, cuando iba usted, moribundo, camino de Berlín y me habló de política más de media hora... En la retina de mi imaginación no se ha borrado, ni se borrará nunca, la perspectiva de la fisonomía de

usted en el mismo Hotel de l'Athénée, cuando, exsudando por la mal cicatrizada y espantosa herida, salió, con el señor León y Castillo, á oir políticas en la Cámara de los diputados.

Desde entonces he visto á usted muchas veces, señor Romero Robledo. Con los ojos del pensamiento he visto á usted á la hora de buscar el descanso, después de ruda jornada, no diré parlamentaria, porque usted rumia oratoria en todas partes, siendo el hablar tan necesario para usted como el vómito al gato.

He visto que uno á uno van quitando á usted, para que pueda dormir á gusto, los varias andamiajes que sostienen su rostro humano y la campanilla de su voz; y sobre la blancura de la almohada he visto, en vez de cara, un surco negro... Ese es el más terrible momento del día de usted, aquel en que no le sería posible, aunque quisiera, echarle un discurso á un cínife subversivo que tuviera el valor de posarse en su rostro.

Y en ese momento atroz, cuando usted, como hombre, y como político, debiera hacer examen de conciencia, yo he visto revolotear por el surco negro miles de airadas sombras de soldaditos que fueron á morir en Cuba por sostener los monopolios de la política de usted; y una sombra muy resignada, la de la señora, vestida de negras tocas, que le acompañó de día y de noche, en París y en Berlín, mientras duró la horrenda poda que le hizo el bisturí, y á la que premió Dios, siempre misericordioso, haciéndola morir de la enfermedad de que no ha muerto usted y que usted le trasmitió.

Y cuando al día siguiente leo que echó usted otro discurso grandilocuente y « festivo », y vuelven á aparecér-

seme y á desaparecer en el surco de usted la sombra de tantos miles de soldaditos, cuyas madres les lloran todavía, y la sombra de la señora que le dió á usted con la fortuna el mejor escabel para trepar á la cumbre de la ambición, y con el sacrificio matrimonial el más alto ejemplo de resignación y bondad, yo le tengo á usted mucha lástima, señor Romero Robledo...

Personajes en Puerta

Nuestro distinguido amigo el ilustre hombre público don... pasará una temporada en París.

(*Los periódicos.*)

La llegada del buen tiempo trae consigo, entre otras calamidades para España, la llegada á París de alguno de nuestros grandes hombres políticos. Allí no puede nadie formar idea de la horrible impresión que producen tales personajes en París.

Toda la colonia recuerda que en una comida que le dieron en París, el general Martínez Campos, que se había sentado á la vera de monsieur Hanotaux, sacóse á los postres la caja de dientes postizos que gastaba, la lavó en una copa y la secó con la servilleta de monsieur Hanotaux. Todo el mundo recuerda haber visto en el *Bois* al señor Sagasta paseando en un *landau* de alquiler, ocupado por ocho amigos de don Práxedes, entre risas de *cocottes*, quienes les tomaron por anunciantes de la *Armée de Salut*. Á Castelar — que comía con los dedos

y se espachurraba garbanzos en la calva — el público de la Sorbonne le gritó, mientras echaba en francés un discurso :

— ¡ Habla español !... ¡ Habla español !...

Don Alejandro Pidal llamó la atención por sus eructos en el hotel donde se alojó; el señor Romero Robledo por comer como una foca; y Polavieja — ó Pollavieja *pour les dames* — por hacer buches á los postres. Y casi todos nuestros conspicuos la llaman por escarbarse los dientes en la mesa y colocar simétricamente sobre el mantel detritus de la comida, lo cual viene á ser una evacuación al revés. Y París juzga que si nuestros grandes son así, los pequeños somos caníbales. En Madrid resulta chistosa la anécdota que atribuyó á un ministro la costumbre de tirar los calcetines al techo, de donde quedaban colgando como chorizos. En París no hacen gracia los más de nuestros grandes políticos, cuya mayoría es tan marrana por fuera como por dentro.

Pero hay algo peor que las flatulencias del cuerpo ineducado : las flatulencias del espíritu ahito.

Convencidos esos señores de que son profetas en su tierra, se figuran que no hay Pirineos, y que, pasada la frontera, pueden seguir ejerciendo de grandes hombres.

Lo primero que hizo Moret la última vez que estuvo en París fué recorrer las redacciones en busca de reclamos, porque estos señores que regatean una tagarnina al periodista español, dan billetes de mil pesetas al periodista francés para que les publique *interviews* « que hagan atmósfera en Madrid. »

Don Francisco Silvela no sólo es cortés, sino que tiene

un *gracieux accueil*, según dijo el *Figaro* la última vez que vino el difunto don Francisco á contarle que también él « había sido varias veces ministro », y era « hermano de don Manuel Silvela », cosa que no habíamos dudado, y que venía con un *but secret*, que era hacer el bú.

Bien dijo el que dijo que el sol es el engendrador de todas las putrefacciones, porque sin la llegada del buen tiempo no tendríamos que registrar la llegada de los congrios putrefactos de nuestra política.

Ni los eructos que *naturalmente* despiden por la boca, *ora* en forma de gases, *ora* en forma de *interviews*.

Nuestra Gloriosa Marina

Ó MEA, GUARRO, Y COMPAÑÍA

Á bordo.....

« Plataforma de popa del *Pelayo*.

Barcelona, 13 Mayo 1901.

Amigo Bonafoux :

Te supongo enterado de las bajezas y atropellos cometidos por el funesto Larroca.

Seis días hace que á las dos y media de la madrugada vino á sorprendernos la policía, mientras estábamos tranquilos en la cama.

Los detenidos estamos divididos en dos secciones : unos á la plataforma de proa y otros á la plataforma de popa, unos y otros en el fondo de la cala.

El lugar oscuro que ocupamos acabará por producir enfermedades de los ojos. No tenemos aire que respirar y la humedad nos cala los huesos. Hemos reclamado y no se nos atiende.

Hemos reclamado también se nos permita satisfacer con más frecuencia las necesidades corporales, pues hay días que pasamos reteniendo los orines doce y trece horas á causa de tener que aguardar que vengan los guardias á acompañarnos al excusado. Tampoco se nos atiende.

El primer día de nuestra prisión, el oficial de guardia dijo con arrogante voz, señalándonos á los soldados :

— ¿ Llevan cargados los fusiles ?

— No, contestó la guardia.

— ¡ Pues carguen ustedes inmediatamente !...

El domingo 12, no dispuestos á tolerar más los vejámenes que venimos sufriendo, pedimos á la guardia trasmitiera al comandante nuestra súplica de que nos concediera audiencia. El guardia pasó el aviso á su jerárquico, el alférez Alfonso de Mea, quien estaba de juerga en un camarote con otros alféreces y varias *señoritas* y no quiso atendernos.

Si queremos escribir tenemos que hacerlo en presencia de los guardias y entregando las cartas abiertas. Te escribo burlando la vigilancia de los centinelas. Tú hilvanarás los conceptos.

El comandante 1.° todavía no le conocemos. El comandante 2.° se llama Guarro. El comandante 3.° Pedro Mercader. »

Contra los atropellos y vejámenes que sufren los obreros que no fueron fusilados en la revuelta de Barcelona, ya han hablado y dictaminado quienes tienen más autoridad que yo.

Por lo demás, obsérvese cuán simbólicos son los nombres de la oficialidad que *juerguea* con prostitutas en la

única tabla de salvación que los yanquis dejaron á nuestra gloriosa marina, porque no se le puso á tiro en fuga naval.

¡ Qué simbolismo tan elocuente!

¡ Un comandante, *Mercader*!.....

¡ Otro comandante, *Guarro* !...

¡ El alférez, *Mea* !...

¡ Mee usted cuanto quiera, señor alférez ; pero haga usted la caridad de dejar que meen los demás cuando están reventando de ganas!

¿Ó es que usted, tomando en serio su apellido, quiere ejercer el monopolio del ácido úrico y que nadie mee sino cuando usted tenga gana?

¿Ó es todo lo contrario, á saber, que usted se venga, furioso porque se figura que cuando le llaman por su nombre le mandan imperativamente al urinario?

¿Ó Mea, complicado con Guarro y Mercader, quiere que los presos se meen y se... guarreen en los calzoncillos para que prospere el mercader en paños menores?

En Montjuich, retorceduras de testículos con cuerdas de guitarra. En el *Pelele*, ó Pelayo por hipérbole, atentados contra las vías urinarias. ¡ Á qué sitios se ha ido á refugiar nuestro inmenso poderío!...

Diríase que se quiere una capilla Sixtina en cada barco...

¡3 Pesetas!...

Con la noticia de que algunos de mis ennemigos reventaban á pares, y de que otros pataleaban de rabia, el verano se me presentó muy bien.

Resolví celebrarlo en Dieppe, arrullado por brisas marinas, y regustado con el recuerdo de los enemigos difuntos y de los enemigos patidifusos. La idea de que unos dormían el sueño eterno, y de que otros, achicharrados por la canícula, chorreaban mugre en París, me iba poniendo gordo por minutos.

Tan abstraído estaba, que no me enteré de que Rubén Darío — cuya musa estimo de veras — también estaba en Dieppe.

« Rubén, que está en Dieppe, me encarga que le salude. ¿No lo ha visto usted ahí? ¿Cómo es eso? »

Yo encargué al secretario de la Redacción del cual son las precedentes líneas, que, en mi nombre, devolviese afectuosamente el saludo á Rubén : y Rubén y yo, vi-

viendo en la misma playa, acaso á la vera el uno del otro, nos saludábamos por París.

Tan cierto es el fondo de este diálogo, cogido al vuelo por un cronista en la playa St-Houlgate.

« — Tiens, vous êtes ici?
— Apparemment...
— Alors, ça va bien?
— Merci... et vous?
— Pas mal, merci.
— Quoi de nouveau?
— Je ne sais rien... et vous?
— Moi non plus...
— Voilà...
— Au revoir, mon cher.
— Au revoir, enchanté d'avoir pu passer un moment avec vous...
— C'est moi qui suis charmé... »

Rubén y yo hubiéramos estado encantados de vernos. Pero más aún lo estábamos... de estar solos...

Algo faltaba á mi dicha veraniega. Ese algo era la noticia, inserta en el *Journal*, entre otros periódicos, de que una partida de bandoleros españoles, presidida por un exdiputado á Cortes, que se titulan *cambrioleurs smarts*, se colaron en las oficinas del *Heraldo de París*, llevándose 3,000 francos en objetos y 500 en dinero.

¡Yo, robado! He ahí una aventura con la que no contaba. De que la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que brujulean en París son timadores, más ó menos vergonzantes, tengo yo pruebas fehacientes; pero nunca sospeché que cogerían de víctima un periódico pobre de dinero, aunque rico en obras puesto que procura desasnar, civilizar y dignificar á los putrefactos

de la colonia. Parecía natural que hubiesen hecho presa en los españoles adinerados... porque en la mayoría de los casos tendrían cien años de perdón...

Mi gozo, como robado, no ha sido completo, porque si los 500 francos eran del periódico, y se destinaban á la imprenta, los 3,000 francos de objetos eran de la pertenencia del administrador.

Él se tiene la culpa, por supuesto. Porque ya le decía yo :

« Cuando pregunte por usted un compatriota, recíbalo en el portal; y, á ser posible, tenga usted detrás de la puerta una pareja de gendarmes. »

Lo más triste del caso para él es que no acierta con quién pueda ser el autor del robo. ¡Casi todos sus visitantes le parecen ahora sospechosos!...

Yo ya le he dicho que si quiere averiguarlo, ofrezca *3 pesetas* al que lo denuncie.

Y lo averiguará. Porque ante la perspectivas de 3 pesetas no hay Santiago de Cuba que no se rinda...

Demás de esto, como quiera que ciertas personas patibularias siguen rondando las oficinas de este periódico, y preguntando á la portera si ha salido el administrador, advierto que yo he entrado en dichas oficinas y que allí estoy, resuelto á dispararle un tiro á cualquiera que asome el hocico para preguntar, aunque sea por el Papa; á cuyo efecto he dado el correspondiente aviso á la policía, ya que ésta no ha podido aprehender á los hidalgos *Cambrioleurs*, acaso temiendo que no cojan en la cárcel....

Antropófagos y Jueces

Pues, señor, estamos bien. Por telegramas llegados al Ferrol — cuyas mujeres, dicho sea entre paréntesis, son las más guapas de España — se ha sabido que los indígenas del Río Muni, de quienes se ignoraba que fuesen antropófagos, capturaron y se comieron un cabo y diez soldados de infantería de marina, que habían ido allá á civilizarles... no sé cómo...

Sin duda por eso dijo el *País*, dando cuenta de la expedición, que :

« Se advertía entre los indígenas de aquellas regiones cierto movimiento de aproximación á la soberanía española. »

Como se ve, ese movimiento de aproximación era, en realidad, á la parrilla, en donde el cabo y los diez soldados fueron tostados por los indígenas, quienes, con resignación digna de todo encomio, prefirieron exponerse á morir de cólico, á tolerar que aquellas regiones se conviertan en otras Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

Algunos periódicos lamentan el hecho. Pero los indígenas pueden contestarles :

« ¿No dicen ustedes diariamente que la marina es inútil? Pues les hemos hecho el favor de quitarles once estorbos de encima. Dénnos ustedes las gracias y sigan aproximándonos marinitos. »

Yo, que con frecuencia me siento antropófago, comprendo perfectamente que los del Río Muni no quieran que les echen allí semilla de contrabandistas como José Blanco y Antonio Brañas, quienes el mes pasado llegaron de Madrid á la Hahana con un contrabando de cuatrocientos billetes de la lotería; ni semilla de guardias civiles como el *Curro*, que cuando salió la benemérita, ó cuando *la salieron* de la isla de Cuba, quedó él de bandolero honorario, y el mes pasado destrozó á machetazos, en Remedios, al colono Antonio Bergolla, á cuya señora exigió el exguardia civil diez mil pesos oro por la vida de su marido.

No, no es tentadora la aproximación á semejante soberanía, ni tampoco á la del juez de instrucción del distrito de Buenavista de Madrid, señor don Manuel del Valle y Llano.

Sabido es que el doctor Betances diagnosticó de silvelitis de garabatillo, la enfermedad que padecía el señor Ruiz Zorrilla. El señor Valle y Llano, que, en materia de silvelitis, diz que tiene toda la lira

por arriba
por abajo,
por delante
y
por detrás

denunció al periódico *Vida Nueva* — que tuvo la osadía

de publicar mi artículo con el diagnóstico de Betances, — « por ataques á la moral » de la villa y corte donde casi todo el mundo está abonado á silvelitis, ora agudas, ora crónicas, silvelitis que, por lo demás, circulan en la cuarta plana de todos los periódicos de Madrid.

De lo demás que ha ocurrido posteriormente da idea este telegrama que publica el *Heraldo de Madrid*:

« París 17 (8,25 m.).

El prefecto de Policía acaba de hacerme comparecer ante su presencia, por virtud de un exhorto recibido del juez de Buenavista de Madrid.

— ¿Para qué me querrá el juez de Buenavista? — me pregunté, y aquí de mi sorpresa: para que prestase declaración en una causa que, por lo visto, todavía se instruye en Madrid con motivo de un artículo que publiqué en el periódico *Vida Nueva*, titulado *Ruiz Zorrilla en París*.

Pues señor... Ruiz Zorrilla ha muerto. *Vida Nueva* es cadáver hace mucho tiempo y mi artículo ha debido recibir también la muerte judicial del sobreseimiento.

¿En qué quedamos? ¿No se han concedido desde que ese artículo fué publicado, no uno, sino varios indultos para los periodistas?

Ruego al *Licenciado Vidriera* se entere y llame la atención de quien corresponda acerca de tan extraña persecución de mi persona á través de la frontera... ¡Evíteseme el horror de oler todavía desde aquí nuestro papel de oficio! — *Bonafoux*.

Amigo y maestro Bonafoux: Realmente, su persecución no puede ser más singular. Su causa de usted es *la*

única á la que no le ha alcanzado el indulto de este año; pero no ha sido por obra del juez, sino de la Sección tercera de lo criminal de esta Audiencia; y lo notable del caso es que la Audiencia ha hecho esto á pesar de que el fiscal señor Bustamante dictaminó que debía comprenderle tal beneficio. ¿Qué explicación tiene el caso? Pues sencillamente un *ritualismo :* el de que la causa no se hallaba, según la Sala, en estado de que le fuera aplicado el indulto, porque usted no se había confesado aún autor del artículo, y eso que, con letras bien gordas, dice : « *Ruiz Zorrilla en París, por Luís Bonafoux.* » ¡ Con que si no lo llega á decir ! Pero tranquilícese usted; nuestros Tribunales no pueden juzgar á nadie sin que el ministerio fiscal acuse, y el fiscal ya sabe usted lo que ha dicho.

LICENCIADO VIDRIERA. »

El *Licenciado Vidriera*, ó, por otro nombre, Castillejo, amigo mío, sabe de Derecho mucho más que yo, pero yo sé de *Torcido* mucho más que él, y por ello conozco mejor á dicho del Valle y Llano.

Este juez, alma gemela de la de Marzo, de Montjuich, viene distinguiéndose por perseguir á los periodistas en general, á quienes trata como se ha tratado últimamente á los Iglesia y Gálvez, redactores del *Pueblo*, de Madrid, vilmente atados codo con codo y sepultados en calabozos llenos de asesinos y ladrones. Inquisidor por temperamento y reaccionario de oficio, el señor del Valle quiso en tiempos procesarme por un artículo que publiqué en el *Progreso*, y, al efecto, después de preguntar por mis señas particulares, echó la policía en mi busca y captura,

y la policía sudó el quilo buscándome en Madrid, mientras yo bebía *martini-cocktails* en los bars de París.

Exhorto del señor del Valle al cónsul de España en París, que por entonces lo era Toda. Inteligente, ilustrado, y grata persona como particular, Toda no tiene suerte como funcionario. Primero sirvió para amenizar á sus superiores jerárquicos. Venía Toda de Madrid á París. El ministro telegrafiaba al embajador: — salió toda (*risas*); y el embajador contestaba al ministro: — entró toda (*risas*).

Hecho cónsul por uno de nuestros Calígulas gubernamentales, perdió Toda la chaveta, resultando, como autoridad, un majadero y un advenedizo. Sin embargo, debo declarar, en lo que á mí se refiere, que él estaba dispuesto á no hacer caso al señor del Valle y Llano, habiéndome dicho, al efecto: « á *eso*, claro está, le daremos carpetazo. »

Pero descubrí lo de la conspiración carlista del año pasado, y telegrafié el descubrimiento al *Heraldo de Madrid;* y como Toda no se había enterado de la conspiración, y como en su calidad de cónsul no podía tolerar que alguien hubiese sabido lo que él había ignorado completamente, se vengó con escribirme la siguiente epístola:

CONSULAT GÉNÉRAL D'ESPAGNE

13, *rue Ballu.*
París, 13 *octubre* 1900.

Amigo Bonafoux:

Ruego á usted que si le es posible se pase por esta su casa el lunes próximo á la hora que le convenga.

Asunto : lo del juez de Madrid por las memorias de Betances.

Siempre suyo, afectísimo amigo,

TODA.

Mi contestación.

Amigo Toda :

Los carlistas, los romeristas, los Isidros, los indianos y los mil y un trabajos á que estoy sometido para ganar el pan de cada día, no me permitirán mañana, ni en toda la próxima semana, ni probablemente en toda la vida, el disgusto de ponerme á la disposicion de ese juez, que va resultando un poco cargante. Pero en mi periódico diré á ese señor que en vez de perseguirme por los diálogos Betances-Ruiz Zorrilla, más le valdría á la Justicia que persiguiese á los compatriotas asesinos, ladrones, timadores, golfos, *souteneurs*, y hasta violadores de sepulturas, que se pasean por París. Y asimismo le diré que hace mal en molestar á usted, que es hombre seriamente ocupado, queriendo convertirle en polizonte honorario, á usted que me estima y quiere. ¿Ó se ha propuesto dicho juez tomarnos el pelo, persiguiendo *delitos* de imprenta á través del Pirineo? Pues entonces me propondré acabar con él. Conque aconséjele por su bien que se tranquilice. Ó que temple sus ardores policiacos persiguiendo criminales en el Pabellón español de la Exposición...

Suyo,

BONAFOUX.

Devuelto el exhorto por el señor de Toda al señor del Valle, con indicación de que á mí no me daba la gana de declarar, el señor del Valle mandó el exhorto, en apestoso papel de barba, al prefecto de Policía de París, sin duda para que la policía me tenga entre ceja y ceja.

Yo, á mi vez, doy traslado á dicha autoridad, de esta

redondilla que hay en uno de los calabozos de la casa de Canónigos :

A don Manuel Valle y Llano,
juez de la más ruín calaña,
no hay habitante en España
que no le dé por el ano.

Y recomiendo al Gobierno que cuanto antes envíe al señor del Valle á Río Muni. Haciéndolo así conseguirá dos cosas : librar de ese juez á los periodistas, y... vengarse de los indígenas antropófagos.

Los cuales morirán de indigestión.

Segunda parte del Tratado de París

Como político, el señor Gamazo me era totalmente indiferente. Á decir verdad, yo no le conocía. Sí, oí decir muchas veces que había un señor Gamazo que echaba discursos y entendía de agricultura. Pero jamás le seguí. Era un hombre importante en Valladolid.

Así, pues, yo ni le odiaba ni le quería. Su muerte me deja completamente tranquilo. Pero por el mismo señor Gamazo celebro que por fin pasara á mejor vida.

En efecto, el *Matin* publicó cinco veces, en cinco distintos números, esta noticia:

« On mande de Madrid que l'état de M. Gamazo est très grave. Le malade a reçu, hier, les derniers sacrements. »

Recibir cinco veces los últimos sacramentos, no sólo era demasiado, sino que resultaba un descrédito para los mismos sacramentos, aunque de suyo bastante desacreditados.

Ahí tiene el *Correo de París* un verdadero gazapo, y sacramental por añadidura.

Un redactor de dicho periódico, queriendo cogerme uno, escribe :

« Un hombre de entendimiento tan claro como Bonafoux, ¿ qué ha visto en el *Palacio de Loredán*, para que entrando en él con todos los resabios y las intransigencias del sectario, saliese modificando sus injustos prejuicios? Esto honra á Bonafoux, porque demuestra su sinceridad, y prueba que hay en él materia intelectual que obedece á la razón. — Pues ha visto en el *Palacio de Loredán* que se hallaba en presencia, no del monstruo fraguado por absurdas y estúpidas leyendas, sino de un príncipe ilustrado, al corriente del movimiento científico del mundo moderno, y que ese príncipe era, además, un hombre bien educado, tan bien educado, que sufría allí, en su casa, la visita del escritor que le ha maltratado más. Es verdad que en esto tenía don Carlos una gran superioridad, pues estaba seguro, completamente seguro de que cuando Bonafoux hablase con él, modificaría en el acto sus antiguas opiniones respecto del príncipe desconocido y del hombre tantas veces calumniado.

¿ Qué diré del sentimiento íntimo de don Carlos acerca de las frases *poco correctas* que como escritor ha podido dedicarle Bonafoux? Que las perdonó como cristiano y que las olvidó como príncipe, y con esa alta cortesanía que le es propia, otorgó al que fué su huésped por breves momentos, la hidalga hospitalidad de los grandes señores de Castilla, que conquista los corazones hasta de sus adversarios é impone el respeto de todos.

« No ha sido ajena al logro de este resultado, la presencia de la señora duquesa de Madrid, que con sus ojos claros, azules, serenos, y su mirada angelical, cautiva y rinde á los que tienen la honra de llevar á sus pies un respetuoso homenaje.

« No me ha sorprendido el efecto del viaje de Bonafoux á Venecia, siendo como son la característica de su intelecto el entusiasmo y la impresionabilidad; su sarcasmo y su burla se han modificado, y un soplo de poesía inspira los interesantes artículos que ha dedicado á don Carlos en el *Heraldo de Madrid;* un soplo poético tan intenso que le hace olvidar hasta la verdad histórica cuando dice : — « Me sentí tan estrambótico é impío « como debiera sentirse el yanqui que tiene la osadía « de habitar el palacio de Desdémona, » pues un hombre de tan profunda erudición literaria como Bonafoux, no ignora que Desdémona no ha existido jamás en el mundo de las realidades, y fué sólo admirable creación del portentoso ingenio de Shakespeare; más, las neblinas de las lagunas, las canciones de los gondoleros, los acres perfumes del Adriático y el encanto del *Palacio de Loredán* modificaban tanto la gelatina cerebral de Bonafoux, que daba formas reales á lo puramente suprasensible!... »

Cuanto á mi gazapo, que consistió, según el *Correo de París*, en decir que existe el palacio de Desdémona en Venecia, cuénteselo el aludido periodista al cicerone, que fué quien me lo contó, á ver si quiere devolverme el dinero. Poco perito en antigüedades, alquilo, en mis andanzas por el mundo, cicerones que me ilustran y que á lo mejor me cuentan bolas. El que me acompañó en

mi primera visita á París me dijo, deteniéndose frente á la casa núm. 6 de la rue de la Barouillère:

— El Eliseo, palacio habitado por el presidente de la República.

¡ Cuál no sería mi sorpresa días después al leer al final de una carta de mi amigo Ferrer, director del *Correo*: su casa, 6, rue de la Barouillère!...

Creo que el cicerone que tuve en Venecia no se refirió — dicho sea en honor de su ilustración histórica — á la Desdémona de Shakespeare, sino á la verdadera Desdémona que dió cuerpo á la obra del dramaturgo inglés; á una Desdémona, en fin, de las que « flirtean » en el *ponte dei Sospiri*.

Para mí, la pálida Desdémona y el negro Otelo existieron en los *faits divers* de aquel tiempo, y luego el poeta sublimó el suceso, que sería tan vulgar como todos los de la vida.

Por lo demás, puede que no existiera Desdémona. Ni Shakespeare... Y que así como Hipócrates era una suma de conocimientos médicos, á juicio de algunos críticos, Shakespeare fuese una suma de talentos dramáticos y Desdémona una suma de pencos venecianos.

La cosa no tiene importancia. No creo que el *Correo de París* vaya á enflacar por estas ó parecidas disquisiciones. Pero, por si acaso, convengamos en que Desdémona no existió, aunque un yanqui paga 20 liras diarias por habitar su palacio.

En lo que no debo convenir con el periodista es en que las justicias que hice á don Carlos de Borbón pueden modificar mis ideas políticas. En el Palacio de Loredán, que me felicitó por haber rendido culto á la verdad pura,

« sin dejarme arrastrar por la pasión política », no se cree semejante cosa. Si el *Correo*, que detesta á los anarquistas, fuera á Londres á tener una entrevista con mi amigo Malatesta, y volviese de allí afirmando que Malatesta no es el de la leyenda, sino realmente un obrero inteligentísimo, ilustradísimo y excelente de corazón, ¿significaría que el *Correo* iba camino del anarquismo? No. Significaría tan sólo que el redactor del *Correo* era un escritor concienzudo y una persona decente. Arguyendo como ha argüido el *Correo*, ¡qué mucho que nadie se atreva á ser justo en España!...

Otro periodista, redactor de la *Unión Mercantil*, de Málaga, también me enmienda la plana porque dije que en la estación de Milán comí mortadella acompañada de media botella de vermut. Niega el señor periodista que en una estación italiana « sirvan medias botellas de ese aperitivo y que se sirva como vino de mesa ». Pero si yo no lo tomé como aperitivo, ni como vino de mesa, sino como agua, ¿por qué no me habían de servir, pagándola, por supuesto, la consabida media botella?... En fin, si el señor periodista se empeña en que no, pues no habré tomado vermut ni mortadella.

Pero... se me ocurre una cosa: ¿no creen este señor y el del *Correo* que el tiempo mal gastado en hablar de mortadella, de Desdémona y de vermut pudo emplearse bien en comentar el fin que tuvo la Zarzuela española que vino al *Nouveau Théâtre?* Es imposible que los citados señores no leyesen el artículo en que el *Journal* refirió que los actores y las actrices de dicha Compañía transformaron el escenario del teatro en campamento donde hacían *pipí* y otras cosas más sólidas; que se nu-

trían de tronchos de berzas que sirvieron á la escena del mercado en *Gigantes y Cabezudos;* que se escondieron en las banquetas, y que de allí los sacó la policía, expulsándolos por higiene, y llevando mangueros y barrenderos á limpiar los detritus que dejaron...

¡Cosa horrible, *mes frères!...*

Consumados el desastre y la vergüenza, tardóse mucho en reparar el daño. La cuestión estaba « en estudio ».

Por fin todo se arregló... El consulado de España, aunque mal de fondos, por el despilfarro de billetes gratis que se concedieron en tiempo de Toda, los dió hasta la frontera; la Compañía del Norte de España, que tanto explota al público, dió medio billete de Irún á Madrid; el marqués de Casa Riera, archimillonario, dió la otra mitad, 20 pesetas, en moneda española, más un franco para el camino; y yo, honrado por la *Asociación de actores*, de Madrid, para reepatriar á los desvalidos del *Nouveau Théâtre*, desempeñé, entre efusiones de las patronas acreedoras, los embargados equipajes, sin cuyos vestidos chiné y mantones de Manila no querían marcharse las actrices, temerosas de que sus chulos las dijesen en Madrid:

¿ Dónde está tu mantón de Manila?
¿ Dónde está tu vestido chiné?
¡ Ven acá que te dé dos patadas
y te meta en la cama después!

El andén del quai d'Orsay presentó aspecto inusitado por las botas de vino, las alforjas, los botijos de agua, las botellas de leche, los pañuelos negros con panecillos y tajadas, los críos que berreaban, y dos actrices con la

tripa á la boca, de una de las cuales no puede asegurarse que no parió en el camino, porque iba cojeando de preñada.

— ¡ Y pensar que el padre de la criatura es un ministro con instrucción ! advirtió un actor.

— ¿ Ve usted esa? me dijo Ladis Montoya. Es la Purificación Anglada. Esa es la que defecaba en las alfombras.

La defecación ha sido general, le respondí. En el género chico, es la segunda parte del *Tratado de París*...

Y al arrancar el tren, un entusiasta de la Puerta del Sol gritó : — ¡ Viva España !

Pobre, pobrecita España... Símbolo de su situación es aquella anémica y desarrapada actriz, viajando, prensada como sardina, en tercera, teniendo á la boca la tripa que le hiciera un ministro...

El pobre Norte

Los franceses que leen « cosas de España » se han asombrado de este telegrama del *Heraldo de Madrid:*

San Sebastián (10,44 n.)

Además del guardia y del niño heridos de alguna gravedad, hay también heridos dos agentes y un celador.

Á éste le obligaron á gritar ¡vivan los bueyes!, amenazándole con tirarle al río Urumea. No lo hicieron así; pero sí le causaron algunas contusiones.

Si yo fuera gobierno en España haría bombardear San Sebastián; y á los denostiarras que quedasen, si quedaba alguno, para contarlo, les diría :

— Como todos los españoles, vosotros habéis aguantado carnerilmente los más atroces vejámenes y las más horribles ignominias que registra la Historia; habéis sufrido las más vergonzosas fugas navales; habéis entregado, sin pelear, la plaza que os codiciaba el extranjero; habéis visto morir ¡oh madres! doscientos mil hijos en la primavera de la vida; habéis con-

templado ¡oh padres! la reepatriación más pesebrera y cruel que se conoce; habéis firmado la gran vergüenza que se llama el *Tratado de París* y perdido el imperio colonial más valioso después del imperio británico de la India; y luego habéis tolerado que en inmunda simonía se vendiesen islotes á los mismos que os despojaron de las islas : y después vosotros, bravíos denostiarras, que volvéis por vuestros bueyes como si volviéseis por vosotros mismos, por vuestros fueros y derechos, os habéis sentido orgullosos cada vez que los mismos que os sacrificaron y deshonraron fueron á lavarse, como lady Macbeth, de la sangre y de la roña del asesinado pueblo en las mansas aguas de la Concha. ¡Á ver, el verdugo, pronto! ¡Que vaya el vencido del negro Quintín Banderas, que vaya Weyler á San Sebastián y cumpla su misión de no dejar una cabeza, si la hubiere en el país!

. . . . . .

Pero ¿qué ha de bombardear Sagasta el decrépito, Sagasta el inválido, el pobre Sagasta, el chocho viejo Sagasta?

Yo le contemplo, en un grabado del *Heraldo de Madrid*, aniquilado, hecho un caimán en vinagre, hediendo á muerto, ladeando el cuarto trasero en una *chaise longue*, como en actitud de tomar una lavativa; y, al contemplarlo, no puedo menos de recordar el triste destino de *Norte*.

Era un perrazo muy viejo, que ya no servía más que para vivir echado, estorbando, á la puerta de un hogar castellano. De los ojos, saltados por la vejez, le mana

ban dos fístulas, y de la boca, desorejada como la ramera de un fauno, surgía por entre sus bigotes de foca, una baba viscosa y nauseabunda.

¡Pobre *Norte!* Una tarde, por Abril florido, no sé qué savia primaveral sacudió su casi inerte mole, impulsándole hacia una perra que pasó á su vera. Haciendo un esfuerzo de esos que solo es capaz de hacer la lujuria senil, el buen *Norte* se avanzó, olfateó, estiró la lengua en el aire, levantó á medias una pata, se encaramó como Dios le dió á entender, y dedicóse á maniobras estériles, mientras sus saltados ojos y su desorejada boca chorreaban decrepitud sobre el lomo de la perra en celo.

Y entonces ocurrió algo muy triste Un perrito, de los que huelen donde guisan, se acercó á la pareja, olfateó estiró la lengua, levantó una pata; y como lo primero que tropezó fué el *Norte*, hizo con él un atropello sin nombre en la voluptuosa historia de los perros.

Y así, en tal guisa, con el perrito encaramado, muy atónito y pensativo, pero con cierta dignidad y distinción, el pobre *Norte* dió algunos pasos, y volvió á caer, desplomado, á la puerta del hogar, gruñendo, como Sagasta :

— *Dejad hacer... Dejad pasar....*

La gran batalla

El movimiento proletario de Barcelona implica para España un despertar de todo, guerreros inclusive.

Guardias civiles, acostumbrados á perder los calzones frente á los carlistas en armas, han peleado denodadamente contra obreros armados de palos y de revólveres que no disparaban.

Soldados que volvieron de la derrota en Cuba, enchiquerados como chivos en las pesebreras de los vapores de Comillas, se han batido como leones con Bonafulla desarmado y preso, cuando iba de parlamentario de paz á la Capitanía General, con Lorenzo enfermo en cama y con Teresa Claramunt menstruando.

Oficiales que no sup eron manejar la artillería en Santiago, han demostrado excepcionales actitudes para tirar, en posiciones estratégicas, de ómnibns y tranvías

El general Bargés, cuya espada de brigadier, sorprendida en Lacar, figura en el salón de trofeos de don

Carlos de Borbón, ha hecho verdaderas heroicidades frente á los míseros andrajos de la huelga general.

El general don Valeriano Weyler, derrotado en Bocairente y en Cardona, perdiendo las tres últimas letras de su nombre bajo el bejuco de Máximo Gómez, burlado tantas veces en la Trocha, y reído por los yanquis invasores, ha pasado á ser, según l'*Eclair*, « represor de insurrecciones en la Habana y vencedor de los carlistas. »

Y el Pelayo, que se evaporó ante la amenaza del comodoro Watson, precipitándose al puerto de Barcelona para servir de Montjuich á los presos.

Guerreros, en suma, expulsados de la América latina, de Flandes, de las Antillas, de Oceanía, de Portugal, de Gibraltar, de la isla de Vieques, de las islas de la Mona y el Monito, y hasta de la isla de la Casta, acaban de alcanzar señalados triunfos, probatorios de que al andar del tiempo serán dignos de medir sus armas con las del ejército del negro que vaya á rescatar el territorio del Muní...

El buen Dios.....

La erupción del volcán Pelée — que debió caer en Madrid... — ha dado una ocasión más de aplaudir á la Providencia.

No satisfecho el « buen Dios » con haber derrumbado la torre de la Catedral de Cuenca sobre los testuces de los católicos que le estaban dando gracias por los beneficios que dispensa á los hombres en general y á los de Cuenca en particular; ni con haber hecho cisco en Compiègne el wagón donde unos peregrinos entonaban cánticos celestiales, no ha dejado ni una rata viva en la católica Saint-Pierre.

* * *

Es decir, como ratas, sí han quedado dos para contarlo.

El obispo de aquella diócesis, monseñor de Cormont, que se embarcó de prisa y corriendo, con rumbo á Europa, al primer bufido que dió el volcán, pero encar-

gando á los fieles no dejasen de ir á orar al Dios de las alturas, el cual se entretenía en soplar el cráter para hacerlos polvo.

Y un tal Joseph-Jean-Marie, que se hallaba en la cárcel, por asesino, esperando que le llevasen al patíbulo.

De las cuarenta mil personas que había en Saint-Pierre y sus alrededores, en el número de las cuales figuraban miles de criaturas que no hicieron daño á nadie, la divina Providencia no dejó vivos más que un asesino y un obispo. Menos mal el asesino. ¡Pero el obispo!...

* * *

Una sociedad de hombres honrados, ó que, por lo menos, no habían matado á nadie, condena á morir á un hombre por asesino. Interviene Dios, mata á toda la sociedad y salva al asesino, quién, al salir de su calabozo subterráneo, paró maravillado de ver que de todos cuantos le condenaron á la última pena sólo queda el obispo, para darle la absolución.

Convengamos en que un Dios que erupta lavas y llamas para abrasar vivas 40.000 personas honradas, y que salva un asesino y un obispo para que perpetúen la especie, es de lo más decentito que se ha visto en clase de Providencia.....

Periflitis

No cabe negar que el Rey de la pobre España ha quedado bastante mejor que el Rey de la poderosa Inglaterra. Cuchiflito y todo, Alfonso se coronó en un periquete, en las barbas de los republicanotes que se le iban á comer crudo y en las de los carlistones que se le iban al monte.

Eduardo, que nada tiene que temer de republicanos ni de legitimistas, no se ha coronado aún, después de un año de preparativos, que constituyen la más insoportable lata de este siglo y del próximo pasado.

Su anunciada coronación ha resultado la más completa descoronación que han visto las monarquías.

Invitar á los poderosos del mundo, y hacerles venir de las más remotas tierras, para decirles : « otra vez será, ahora tengo malo *aquello*, » es una verdadera coba inglesa, de cuyas resultas todo el planeta ha estado pendiente del *cœcum* de su Real é Imperial Majestad,

pudiendo decir los príncipes europeos que efectivamente fueron *despedidos*.

Ha habido algo peor. Excitado tal vez por la atmósfera canicular, en el medio ambiente de la alcoba del Rey, uno de dichos príncipes quiso ponerse en facha de recibir un disgusto por detrás; disgusto, si, á pesar de las naturales inclinaciones del meticuloso príncipe, porque fué objeto de sus preferencias el representante de Menelick, el vigoroso Makonnen, de quien refieren víctimas oculares que tiene de talla veintidós centímetros y el sombrerete libre.

¡Ir de luengas tierras á Londres á pedir que le embutan semejante lanza abisinia, cortándose voluntariamente y de raíz todas las peritiflitis que tenga y que tener pueda en su vida un Príncipe, es el colmo del *record* en las relaciones diplomáticas de carácter internacional, como también en las de carácter intestino!

Intervinieron en tan apestoso asunto los tribunales de justicia, fué denunciado el hecho por el periódico republicano *Revnold's News Paper*, que sabe oler donde guisan, y salió de estampía, reculando, el principe lusitano, heredero del trono de Portugal, para cortar la especie, infundada, según el corresponsal del *Seculo*, de que fuese él á quien le habían echado el nudo.

Guardó la enristrada lanza elde Makonnen; y la cosa habría parado en eso si los tribunales ingleses, al callar el nombre del culpable, no hubiesen puesto en tela de juicio y colocado en postura académica á otros príncipes, que seguramente no lo habían comido ni bebido, hasta que se averiguó que el aludido era el príncipe de Bra-

ganza, aunque maldito si se le ven las bragas en ninguna parte.

De modo que Reyes y Príncipes han salido coronados, aunque no de rosas, y que la grandiosa coronación huele á... periflitis.

Revolución de Mosquitos

... Y aquí me tienen ustedes, otra vez, para lo que gusten mandar. Al *Heraldo de París* le pasa lo que á ciertos gallos de pelea : hace que se va, y vuelve. No sé si ha vuelto para publicarse tres veces al mes, ó dos, ó media vez, cosa que no le importa á él, ni al lector, porque este periódico no es de empresa.

Nos suspendimos en plena monarquía, resucitamos en plena monarquía, y estoy seguro de que tenemos monarquía para rato. He leído que, comentando la plaga de mosquitos que recientemente cayó en Madrid, un viejo republicano recordó que « dos meses antes de que acaeciese acaso el más importante hecho histórico de la revolución de septiembre, ocurrió también en Madrid y con particularidad en la Puerta del Sol, el mismo curioso fenómeno ».

¡Revolución vaticinada por mosquitos!... ¡República llevada por insectos!...

Entretanto Romero Robledo es el AMO y... que le

entren moscas ó mosquitos : y este amo, por cuyo organismo anda ese bicharraco gordo y horrible — el *Toenia echinoccocus* — que se le metió, no se sabe por dónde, á miss Ellen Bates; este poderoso señor, que trata á campanillazos el Congreso, mientras llega el momento de tirarle á él la campanilla á la cabeza, constituye un grave peligro para el país. Puede hacer que declaremos la guerra á Inglaterra y Alemania, aliadas. Puede ¡ qué sé yo! puede hasta morder al Rey.

¡ Qué error el mío! Cuando, sugestionado por la lógica de los hechos históricos que han despampanado á España, creía yo que al señor Romero Robledo le habrían llevado en la espuerta de la basura nacional al estercolero de los perros putrefactos, el señor Romero Robledo ha aparecido en el sitial más alto de España, en la « sedia gestatoria » del Congreso de los representantes del país; y desde esa « sedia », que sabe Dios á que olerá, y entre plumas de avestruces de la mayoría, el cardenal Vannutelli de nuestra política parece decir al Congreso :

— Aquí me tenéis, infectos diputados; vosotros, silvelistas de garabatillo, que por mí habéis decapitado, valga la « dexageración » (« Risas. ¡ Qué gracia! ¡ Olé tu cuerpo ! ») á vuestro jefe ; vosotros liberales, que me aguantáis la « sedia gestatoria », todas sus consecuencias y flatulencias, con la esperanza de que os caiga la breva del poder; vosotros, carlistones mandilones, que os habéis convertido en lacayos de un amo que no es el vuestro ; vosotros, republicanos de cinco minutos de parada y fonda, que hacéis, cual nuevos peregrinos, propaganda revolucionaria en las casas ajenas donde yantais, y que pasáis el tiempo llamándoos estafadores, sin-

vergüenzas y canallas; vosotras, madres infelices, atrofiadas por la educación moral y el cura, que no podíais tener « chichas » para emular á las italianas, cuyos hijos perecieron malamente en la batalla de Adua; y tú también ¡oh pueblo idiota y misérrimo!, que tienes que respetarme y obedecerme, aunque soy uno de los coautores de tu ruina y de tu deshonra. ¡De rodillas todos, esclavos, gentecilla mendiga y asquerosa! ¡De rodillas ante « Mí »! Un tiempo fué ¡oh señores diputados y negros míos! (« ¡Mucho! ¡Mucho! ¡Olé tu madre! »), en que yo, al hablar por los codos, moqueaba sobre la venerable cabeza del gran repúblico don Francisco Pí y Margall, quien estaba muy por bajo de mí — en los escaños del Congreso — y se limpiaba resignadamente. Aquello, ¡oh señores!, era un símbolo y un presagio. Hoy, cuando la nación tiene que estar pendiente de la viscosa pepitilla que me sirve de apéndice nasal, cuando todos me habéis aclamado « Amo » vuestro, tened cuidado de que no se me hinchen las narices....

¡Qué pena!... Yo no creía en el supuesto talento del señor Romero Robledo. Yo no creía tampoco en el supuesto ingenio del señor Romero Robledo. Yo no podía reir los suspuestos chistes del señor Romero Robledo. Cuando las porteras me los hacían notar yo los encontraba tan sosos, tan chabacanos, tan apestosos á tradición, que se me revolvían las tripas. Yo... no conseguía verle la punta al ingenio del señor Romero Robledo, y es que cuantas veces me acerqué á verla estaba metida en algún diputado de la mayoría.

Pues bien : yo también le declaro amo de España, y le reconozco todo, todo, todo..... menos que tiene nariz.

De la gusanera

Después de la honrada declaración del nuevo ministro, señor Osma, relativa á que no tiene ideas — cosa que le creo sin que me lo jure, — y del viaje de Magdalena arrepentida que el general Weyler ha hecho al Vaticano — por cuyas ricas estancias entró entre guardias, que no le perdían de vista, — á ver si el nuevo Papa le bendecía las mulas del regimiento de sitio de guarnición en Segovia — mulas que se dice compró para sí y pagó á 75 pesetas por cabeza, habiendo costado 2.000 pesetas cada una, — el suceso más importante de esta semana no es la muerte de un pastor á quien le atizara involuntariamente un tiro un guardabosque, más perito en manejar un rosario que una escopeta, sino el descubrimiento de haberse cometido una profanación en el antiguo y clausurado cementerio de la Patriarcal de la capital de la mentira en religión, política, ciencia, arte, etc., etc.

Y en esa gusanera de « vivos, » que más de una vez,

al enterrar á sus toreros y poetas, como Zorrilla, profanaron cementerios y sepulturas y que conmemora el día de dituntos comiendo buñuelos y bebiendo aguardiente á las puertas de los cementerios y también dentro de los mismos, se ha alzado un clamor de indignación contra los sacrílegos ladrones que cargaron con mármoles, esculturas, adornos é inscripciones artísticas; ladrones descubiertos, según leo, « por una señora que tenía la costumbre de bajar á bañarse, entre once y doce de la noche, á una fuente que había en el cementerio : » la cual señora digo yo que sería una foca disfrazada con mantón de Manila, porque cualquier día me hacen creer que hay en Madrid una señora que baja á bañarse á la intemperie, entre once y doce de la noche.

Tierra y libertad, tomando por lo serio estas noticias, ha dicho :

« ¡ Los ladrones se han llevado el busto y las letras de la inscripción conmemorativa del sepulcro del gran poeta Quintana! ¿Por qué este asombro? Por ahí andan tan tranquilos y disfrutando de una vida regalada los que se aprovecharon de los productos intelectuales del vate, antes y después de morir ; gozarán los editores y sus herederos de todas las comodidades apetecibles, mientras Quintana y los suyos padecieron escaseces y miserias. Los que se han llevado el busto de su sepulcro ningún mal le han hecho; los que le robaron sus producciones, sí. Aquéllos no le conocían, por lo que ni de irreverentes pecan; éstos sabían el valor de sus obras y le estafaban á sabiendas...

¡ Robar á los muertos ! ¡ Profanar un santo lugar !... ¡ Qué sacrilegio más espeluznante !

¡ Robar à los vivos ! ¡ Estafarles sin conciencia !... ¡Qué cosa tan natural !

El día que se incineren los muertos y la antorcha revo-

lucionaria abrase á los ladrones legalizados, estaremos todos tranquilos. »

Muy bien dicho, si fuese verdad tanta belleza como resplandece en las aludidas protestas. Pero ¿ cree *Tierra y Libertad* que los más de los protestantes están indignados de veras? Lo que hay es que el que más y el que menos está envidioso de no habérsele ocurrido á él la idea de cargar con los consabidos mármoles, esculturas, adornos, inscripciones, y, además, con la señora bañista, *pa en cenando* de lo que dejase la venta de aquellos chirimbolos, amontonados por la vanidad de las vanidades.

Prueba de que lo de la indígnación es filfa, la tienen ustedes en esta otra noticia :

« En el castillo de Montjuich se han celebrado varios festejos, organizados por el batallón de cazadores que guarnece la fortaleza.

Los festejos han consistido en carreras de velocidad y resistencia, con premios en metálico, y carreras en sacos y cucañas en el foso.

Luego el foso se convirtió en plaza de toros, trabajando una cuadrilla formada par varios oficiales.

Uno de ellos ejecutó la suerte de D. Tancredo,

La fiesta terminó con la elevación de un globo. »

¿ Qué tal la fiestecilla en el infame castillo que en cualquier otro país del mundo ya habría sido arrasado por las uñas del pueblo ? ¿ Quién ha protestado?

Hay que desengañarse : si los elementos sanos del país no se dan prisa en profanar el claustrado cementerio en que se ha convertido España, los partidos políticos, en descomposición todos, se fundirán en un gran partido national : — ¡ el partido de los sinvergüenzas !...

Á ver... á ver...

La España oficiosa entera (casi...), que fué dormido espectador de la ruina de su imperio colonial y de su deshonra ante el mundo, la ha emprendido con un fraile traidor, como todos los frailes, que se llama Nozaleda.

¿Motivo, ó, mejor, pretexto?

Que ese fraile, ni más ni menos infecto que los demás frailes reverenciados de rodillas por casi toda España, acató el poder del yanqui victorioso, y contribuyó antes al nunca igualado en la historia, por lo inicuo, alevoso y cobarde, fusilamiento del doctor Rizal, fusilamiento que haría merecedor á Cánovas, si resucitase, de volver á morir asesinado, no por el heroico revólver del inmortal extranjero Angiolillo, sino por cualquier español de vergüenza.

Á ver... Á ver... ¡Maricones!... ¡Capones!... ¡Soplagaitas!... Á ver... Á ver... ¿Qué castigo habéis dado á los que consumaron la ruina del imperio colonial, á los que pactaron la deshonra nacional con el yanqui victo-

rioso, á los que abogaron en público, y en la misma Prensa, por el fusilamiento del doctor Rizal?... Á ver... Á ver... Vosotros, los que atacáis al fraile Nozaleda, no por sus crímenes, sino como ocasión y pretexto para hacer *política menuda*; vosotros, que no os habéis acordado de él mientras vivió sin empleo en vuestra propia casa, mancillándola, y que os acordáis ahora, y lo vituperáis, porque compitiendo con tantos otros frailes de levita, va á ganar unas pesetas; vosotros, infecta roña de Europa, decidme cuántos tenéis las manos limpias de la sangre de Rizal y de la inmundicia con que se escribió la deshonra y el ludibrio de la Patria en el frontispicio del Capitolio americano.

Merecéis, la inmensa mayoría, á Nozaleda y no tendréis más que Nozaledas.

¡Los reepatriados de Cuba pereciendo de hambre en Barcelona!...

¡Las torturas de Montjuich renovadas en Alcalá del Valle!

¡Y en todas partes monumentos en honor de los autores del deshonor nacional!...

Á ver... Á ver... ¡Maricones!... ¡Capones!... ¡Soplagaitas!... Á ver... Á ver...

***

¡Mucho ensalzar *ahora* al difunto!... ¡Mucho llorar *ahora* sobre el difunto!... ¡Mucho publicar *ahora* retratos del difunto!...

¿Y *entonces*, cuando era *oportuno*, cuando se le trajo de Filipinas á Barcelona, para que escapase de las

garras de la frailocracia se le volvió de Barcelona á Filipinas, 80 días de viaje redondo en busca del patíbulo, sin que hubiese en España ni en la levantisca Barcelona una sola mano que detuviera el barco asesino?

¡Ah, entonces!... ¿Quiénes protestaron?... ¿Y quién no recuerda lo que los periódicos de Madrid publicaron contra Rizal, lo que se escribió contra mí mismo porque protesté, en *El País*, dirigido entonces por Lerroux, contra el premeditado y mil veces infame y otras mil veces alevoso asesinato combinado en la sacristía por faldas arremangadas y generales bajunos?... ¿No recordáis ya que pedisteis mi expulsión del *Heraldo de Madrid*, y que Augusto de Figueroa, leal director y amigo mío, tuvo que poner coto al desbordamiento frailuno consignando en dicho periódico que yo era muy dueño de escribir en los demás periódicos cuanto me diese la gana?

La obcecación era tanta, tan general el desvarío, que alcanzó á las artes: y un artista, olvidando el ramo de olivas, para empuñar el garrote patibulario, pidió, á propósito de la cabeza de Rizal, que se descolgase el *Spoliarium* de Luna y se colgara á este pintor...

¡Nozaleda, Nozaleda! concusionario, simoniaco, traidor, asesino, ¡fraile!... ¡Nozaleda, Nozaleda! no renuncies tu puesto, tente tieso, porque tú encarnas y personificas una época de bajezas, cobardías y degradaciones... Tu proceso es el principio del fin... Para incoarlo en justicia habría que incoar también e proceso de los que sostuvieron la guerra de Cuba y Filipinas por satisfacer monopolios de magnates y granjerías de sacristanes que aún colean en el Poder; de los que arrastra-

ron al pueblo, engañándolo como un chino, á la guerra contra el yanqui : de los que lo libraron, atado como un carnero, á la ruina y la deshonra ; de los que acompañaron con castañuelas el castañeteo de los esqueletos que regresaron de Cuba ; habría, en fin, que incoar el proceso de tantos otros.., ¡ de tantos otros !...

¡ Nozaleda, Nozaleda, no olvides que el que más y el que menos no se atreverá contigo temiendo cometer un *parricidio* !... ¡ No olvides, sobre todo, que los únicos pantalones de la política española son... las faldas que te cobijan !...

***

Tranquilízate, Nozaleda, y anda á Valencia, teniendo cuidado de darle previamente un bombo á la *Catedral* de Blasco Ibáñez, para que este republicano salga dando voces, por entre dos peñas feroces, á recibirte en la estación, con lavativas de malva y coronas de rosas...

Tanguitos

Preciso es convenir en que nuestros diputados republicanos, en el calor de sus improvisaciones, se « exceden á sí mismos. » Así, he leído, no sin sorpresa, que en el último mitin de Valencia, el señor Lleget dijo :

« Así como Catón terminaba su discursos afirmando que Cartago debía ser destruída, yo termino afirmando que se debe acabar con las congregaciones religiosas. » (*Ovación*).

No, no veo.

la razón
de esa ovación. (*Tanguito*)
No comprendo la ovación
al novísimo Catón, (*Tanguito*)

El señor Lleget, que es muy mundano, está perfectamente convencido de que no es Catón, y de que tampoco va por ese camino. Pero no me refiero á eso, sino á que no veo la relación de paridad entre Cartago y las congregaciones religiosas.

Exageraciones de la oratoria. En otro mítin, perpetrado en Barcelona, mi amigo Lerroux dijo :

« Al terminar, señores, digo como Cristo : esta es mi carne : comedla. Esta es mi sangre : bebédla ».

Aparte de que Lerroux se halla también convencido de que no es Cristo (por fortuna para él, que no morirá crucificado entre dos ladrones), y de que no va por ese camino, creo que fué faltar á la reunion el decirla que comiese carne y bebiese sangre de persona. Yo, de haber estado en el mítin, hubiera dicho al orador :

— Estoy, amigo Lerroux, resuelto á hacer toda clase de sacrificios por usted : pero por nada del mundo comeré una chuleta de su cuerpo ni beberé una caña de su sangre. ¡ No en mis días ! Por lo demás, ¿ de dónde ha sacado el tribunicio orador que soy antropófago, para comérmele con tomate, y chacal, para beberle la sangre ?

Creo que Lerroux que es práctico, me hubiera ovacionado. Creo más : que, convenciéndose de su *lapsus linguæ*, hubiera terminado por convidarme á almorzar una chuleta de cerdo y una botella de Peleón.

La campaña del tanguito — sostenida en un entierro por el señor Capo, autor del tango del *Cangrejo* y revolucionario de las Pompas fúnebres, — ha servido, al menos, para demostrar una vez más que en España hay dinero. Son increíbles las dificultades con que se tropieza en el Extranjero para hacer un viaje cochino. En España, gentes de las que no se sabe que tengan ni una peseta, van de aquí para allá con la facilidad del mundo, haciendo parada donde les conviene y fonda en todas partes ; y al primer asomo de mítin « la hidra republi-

cana » asoma la cabeza á la portezuela de un reservado del expreso.

En estos días, también yo, atraído por la revolución del tanguito, quise ir á España, y, al acercarme á la taquilla del *Quai d'Orsay*, iba, naturalmente, cantando :

¡ Siempre pa atrás
tu lo verás !

Pero no me dieron billete. ¡ Son tan poco revolucionarios los franceses !

Los argentinos, en cambio, esos sí que son canela revolucionaria. Según ha cableado mi amigo Fuente, el Comité Republicano de Buenos Aires acordó por unanimidad invitar á los diputados Lerroux, Blasco Ibáñez. Alvarez, Pí Arsuaga y Menéndez Pallarés á hacer un viaje de propaganda en aquellas apartadas regiones, que deben de estar muy dejadas de la mano de Dios. Se les pagarán los gastos de ida y vuelta (en primera, advierte Fuente), la fonda, el tabaco y no sé sí también las dormidas, y se girarán fondos por telégrafo. Parece que están conformes en ir todos los diputados, excepto Blasco Ibáñez.

El acreditado tenor de la futura República sixtina ha contestado en telegrama, que pagará el Comité Republicano de Buenos Aires :

— No iré, señores, si no me le dáis por cable, que pagaréis vosotros un bombo á mi novela *La Catedral*...

El Pulpo americano

Si la prensa, en general, no fuera lo que han descrito Paul Brulat y Laurent Tailhade, los yanquis no sabrían donde meterse ; atropelladores, usurpadores, mercaderes á lo Cécil Rhodes, verdugos crueles, pérfidos, felones, curdas espantosos, corrompidos y corruptores : de todo tienen mucho, según la Prensa de estos días, los señores yanquis.

Creo que la Prensa tiene razón esta vez. No se conducirían peor que se conducen los yanquis, si se hubiesen propuesto hacer buenos los más ominosos Gobiernos coloniales. Á mi juicio, tal conducta responde á un plan gubernamental como otro cualquiera. Muerto el indígena, se acabó la rabia. El mejor procedimiento para gobernar un pueblo, es suprimirlo. Los yanquis tiran á suprimir los antiguos colonos de España.

Los portorriqueños, como más débiles, son los más castigados. Ningún vecino de Puerto Rico puede salir á la calle sin exponerse á volver con un chichón á casa,

porque nunca deja de tropezarse con un yanqui que lo *boxea* sin motivo.

Cuando España ejercía dominio en la pequeña Antilla. la pequeña Antilla atravesaba constantemente « la crisis monetaria. » Desde que la República de la Unión manda en la pequeña Antilla, la pequeña Antilla atraviesa constantemente la crisis de la bofetada. Los hombres salen de paseo, por precaución, con botiquín de árnica. Las niñas no pueden salir. Los inspectores de la Policía americana se dedican á violar niñas de cinco años. Parece que Mac-Kinley está muy satisfecho de esa anexión por el eje. Ha tomado en serio su parecido físico con Napoleón; y no pudiendo ejercer de Napoleón en Europa, ejerce de Napoleón en Puerto-Rico.

Naturalmente, los portorriqueños están algo molestos por las bofetadas americanas; y para demostrar su descontento, sacan á los balcones de sus casas las banderitas españolas que escondieron cuando los yanquis asomaron por la boca del Morro. Los pobres portorriqueños han venido á comprender que son más españoles que Pelayo, cuando han dejado de serlo... Algunos yanquis compasivos les consuelan, diciéndoles :

« No se exasperen ustedes. Realmente, el trato que se les da deja bastante que desear. Pero eso es al principio... »

Suponiendo que queden portorriqueños para contarlo, porque se vayan *jasiendo*, sabe Dios lo que les aguarda al final de la anexión.

¿ Qué dirán á esto ciertos portorriqueñetes que, después de dárselas de más españoles que Pelayo, de consumar toda clase de bajezas, para conseguir

destinos, diputaciones, etc., de España, tuvieron la poca vergüenza de declararse, á renglón seguido, más yanquis que Mac Kinley, para obtener empleos y reprensentaciones de los americanos?... ¿Tuve ó no tuve razón para hacer contra la intervención yanqui la guerra que le hice en *La Campaña*, el *Her ado de Madrid* y otros periódicos?

¿Y qué dirán ciertos cubanitos que me atacaron por dicha campaña?

¡Ah! Es muy fácil pensar y sentir sobre hechos *consumados*. Lo arduo es pensar y sentir sobre lo que no son hechos cumplidos y tener el valor de decirlo contra la opinión general. Yo tengo la satisfacción — dolorosa, pero satisfacción al fin — de haber dicho á España todo cuanto le iba á ocurrir con motivo del conflicto cubano, como también tengo la dolorosa satisfacción de haber dicho á los cubanos y portorriqueños todo cuanto les iba á ocurrir con motivo de la intervención americana. Por estas y otras cosas estoy de non — y á mucha honra..

¡Vengadores los yanquis! ¡Buenos vengadores os dé Dios Si España no tuviera por toda escuadra el *Pelele*, que echa *sentidos* discursos, en vez de obuses, por sus baterías; si España tuviera *Iowas* y *Oregones* podría ahora permitirse el lujo de intervenir en la contienda yanqui-colonial con el pretexto de que lo hacía en nombre de la Humanidad...

Pero, volviendo á lo práctico, ¿qué tienen que hacer los portorriqueños para conjurar la crisis de la bofetada?

Yo aconsejé á mi familia que se trasladase á los Estados Unidos. Escribí á mis hermanas:

« Puesto que vuestros hijos tienen que residir en

Puerto Rico, es menester ayanquizarlos ó animalizarlos. Llevadlos á Nueva York. »

Ya están allí, aprendiendo á boxear y cocear, para anexionarse por completo á la madre patriá putativa.

No hay otro camino. La República de la Unión, que representa más que ninguna otra la bancarrota republicana del siglo XIX, es un grandísimo pulpo, cuyas antenas, semejantes á tenazas, hicieron presa en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Como el pulpo, la gran República baja arteramente la cabeza al atacar, y para matarla, hay que cortársela de un solo golpe.

Me explico el sobresalto que acusan ciertos cablegramas que periódicamente vienen de Nueva York. Los indígenas no han pensado todavía que su mejor arma es el terror... Pero á la vuelta de Nueva York ya hay quien piensa por ellos...

La Danza Macabra

No nos referimos á la que tituló así el maestro Saint-Saens, sino á la danza de nuestros gobiernos en Europa. Un día por lo de Montjuich, otro día por lo de la Mano Negra, hoy por lo de Alcalá del Valle, hemos danzado, danzamos y danzaremos en Europa, formando pareja con el turco, ó nos hacen lanzar, como peonzas, un día Rochefort y Drumont, otro día Jaurés, hoy Clemenceau; y se les dice á nuestros Gobiernos que son lo último de Europa civilizada, que se nos debe echar de la civilización, que nuestro Gobiernos, como ha dicho Clemenceau, nos han convertido en el *Ilota borracho*, en montón de idiotas inconscientes, ebrios de sangre; y ya no se titulan *Cosas de España* los artículos referentes á nuestro asuntos, sino *Cosas de España romana* : y no sólo en Europa se nos fustiga aceradamente, sino también en América, en la latina inclusive, en Buenos Aires, en la Habana, en Caracas, en todas partes, y cualquier día vendrá un artículo de Constantinopla

llamándonos, como nos llama l'*Aurore*, « salvajes é inquisidores. »

¡La danza, la danza macabra!... ¡Danzamos!... ¡Danzamos!... ¡Y estamos tan tranquilos y vivimos tan á gusto, danzando como descosidos, entre gritos indignados y risas sarcásticas de Europa espectadora!... Por toda reforma hacemos bellos discursos, tenemos hermoso lenguaje, y nos diputamos grandes hombres — ¡oh, ese Maura, artistón! ¡oh, ese Moret, grandilírico! ¡oh, ese Romero, barbián de Persia!... ¡oh, ese Romanones, ilustrado cojo!... *eccétera eccétera* — grandes hombres en nuestro rinconcito, viéndonos en él muy graves, reposados y omnipotentes, sin notar que aquende el Bidasoa danzamos, danzamos como títeres funambulescos, jaleándonos musicalmente las tibias de nuestros torturados y asesinados — ¡olé, olé los inquisidores! ¡olé, olé los salvajes!... y refrescándonos con champagne escanciado en el fondo de un cráneo.

No vemos nada. Ciegos, de puro embrutecidos, ni siquiera vemos pasar, amenazadora, al través del salón de baile, la vengadora sombra de Angiolillo...

Mauradas

En una crónica que *Kasabal* dedicó al baile de caridad que hubo recientemente en el teatro Real de Madrid, he visto una señora con peinado alto, y sobre éste, como poniendo un huevo, una gallina.

Cabeza caprichosa, se lee por bajo del grabado.

Sí que lo es; y si la mayoría de las madrileñas adoptan esas gallinas en el moño, van á faltar en el país aunque muchas son las que aguantan al señor Maura.

El cual, con una gallina sobre el sombrero de teja, sería un símbolo muy expresivo.

En efecto : como en París no estamos acostumbrados á que los presidentes de los consejos de ministros echen bravatas de *petit craneur*, la interviú del señor Maura con el *Petit Parisien* nos ha dejado bizcos.

El señor Maura, en resumen, se cisca en la Prensa, en las Cámaras, en los republicanos, en los anticlericales, en Valencia, en la opinión pública, en toda España casi.

El hombre está haciendo de Cánovas. Pero este difunto

— *que no descanse en paz* — tenía el prestigio, entre otros, de su pasado político, en el cual podía apoyarse para echar jipíos de dictador, y también tenía más tacto para hablar al extranjero.

Cánovas no hubiera dicho al *Petit Parisien* que ya es hora de que los católicos salgan de su pasividad en Valencia, defendiendo á tiros el arzobispado de Nozaleda. Un hombre de Estado, un jefe de Gobierno no debe incitar á la guerra civil, máxime si ésta puede revestir carácter religioso.

El señor Maura, que quiere ser enérgico, cree que la energía consiste en dar testarazos al banco azul y testuces á la opinión pública.

Á los republicanos les ha convertido en ventosedades. Véase, ni no :

« Je n'ai pas peur des républicains : ils font du bruit, ils ont l'apparence d'être un parti dangereux. Mais au fond, il n'y a rien lá-dessous : c'est du vent, pas autre chose. Les républicains ne bougeront pas. »

Así, pues, los republicanos no le intimidan, porque, á juicio del señor Maura, hacen *ruido*... pero en el fondo son *vientos*... Aviados quedan los señores republicanos. ¡Cualquiera los huele!

Pero, aun dando por bueno cuanto perora ese artistón de camama, ¿cree el señor Maura que todo el campo es orégano? Me parece á mí que este « hombre enérgico », como se llama él á sí mismo (álabate, pollo, que el mejor día te guisan), no cuenta con la huéspeda...

Don Antonio, el otro, el difunto, quería imitar á Bismarck. Este don Antonio se contenta con imitar á

Combes. Quiere ser un Combes al revés. Pero Combes, que tiene verdadero carácter, no es un charlatán de feria. El seño Maura no podrá llegar á ser todo un Combes. Se contentará con la mitad del apellido, y será, á lo sumo, un *Com*.

En medio de todo, y á pesar de todo, el señor Maura, en la citada interviú, deja asomar la oreja del miedo.

El señor Maura piensa en que puede morir. *Morir habemus*. ¡Lo único que le faltaba á España es que el señor Maura no muriese nunca!

Y al pensar en morir, el señor Maura advierte que tendrán que enterrarlo. No, que le habíamos de guardar en *lata*, como la que encontró el señor conde de San Luis...

No se apure el señor Maura. No sólo no creo que está en peligro inminente de muerte, sino que resulta, á mi juicio, demasiado *vivo*... En medio de una sociedad que, de puro podrida, se está cayendo á pedazos, y en la que solamente resuena la vieja herrumbre de la tradición, con siniestro ruido de cuentas de rosarios y de argollas de torturados, el señor Maura ha distraído la atención de las oposiciones que tenían muy serios asunos, como el de Alcalá del Valle, en que ocuparse, — dándoles á roer el roñoso hueso de Nozaleda, — y ha desencadenado una guerra intestina de las oposiciones entre sí.

Todas las cuales desenvainan los aceros, tienen espeluznantes duelos, y luego, satisfecho el honor individual, se precipitan las unas en brazos de las otras.

Y entretanto, la casa sin barrer...

La cota y la puñalada

He oído decir al ordenanza de este periódico que el señor Maura recibió una puñalada cerca del sitio donde otros tienen el corazón, y que le salvó del golpe una cota de malla que llevaba puesta cuando fué á Barcelona á alardear de bravo y provocador.

Si el puñal iba dirigido á tal sitio, y si el señor Maura tuviera corazón, el corazón, saliéndose por la boca, le hubiera dicho :

—*El que á hierro mata, á hierro muere.*

Y por las moribundas pupilas del señor Maura hubiera pasado la visión de Jumilla, de Infiesto, de Salamanca, de Alcalá del Valle : ¡sangre, sangre, mucha sangre inocente, que clama venganza!...

¿Qué ocurrió después del ridículo atentado? El *Rebelde* lo expresa gráficamente en estas líneas de Navarro :

« La prensa imparcial, la republicana, la radical, la enemiga acérrima de Maura, la que señaló la víctima y excitó la *opinión pública* contra el presidente, trocando

sus graznidos de alcahueta cobarde en gemidos de servil plañidera, protesta del atentado, se arrastra servilmente á los pies del poderoso, anatematiza al autor del acto individual, se empeña en buscar las ramificaciones del *complot*, y proclama la necesidad de proceder á la exterminación de la *secta anarquista*, como bestia feroz de la que es indispensable librar á la humanidad.

El servilismo y la corbadía más asquerosa llevada á su último término por las plumas mercenarias de los vividores del periodismo, movidas por el miedo que producen los actos de valentía de los hombres viriles, en los hombres incapaces de realizarlos.

Maura sano, Maura provocativo, paseando orgulloso y mirándoles con desprecio, provoca sus inútiles amenazas y sus odios inofensivos; Maura herido levemente, con esperanza de curar pronto y de volver á empuñar el látigo del poder, excita su fibra sentimental en nombre de una caballerosidad que en estos casos se parece mucho al temor.

Ni una voz valiente entre tantos que le odian, que aplauda el hecho de Artal, ni un hombre abnegado que se atreva á proclamar su conformidad con el proceder del que intentó librarle de un enemigo. Todo lo más, un Lerroux, que, contándonos que tiene pájaros y flores, entone un canto á la vida para demostrarnos que él tampoco deseaba la muerte de Maura.

Manifestaciones clericales de simpatía por el herido, gritos contra los radicales, felicitaciones á porrillo, telegramas á granel, columnas y más columnas diariamente en los periódicos, una inmensa balumba por todas partes capaz de aturdir á cualquiera, detenciones y trabajos policiacos en busca de más culpables, y en medio de todo, la figura tímida del joven Miquel Artal, manando sangre de las heridas que en la cabeza le abrieron los garrotes de la policía, mucho más graves que la herida que su puñal abrió en el costado de Maura, diciendo con la mayor naturalidad :

— Fuí yo solo, no tengo cómplices, lo hice porque creí que debí hacerlo. »

Resulta, pues, que Artal ha hecho un pan como unas hostias. Debían dársele las gracias, aunque sólo fuese por haber roto con la tradición de que por vivir de préstamo, hasta asesinamos de *gorra*; bien que el pobrecito Artal haya demostrado una vez más que no servimos ni para dar una mala puñalada.

Dans les premiers temps de son séjour parmi les religieuses du couvent de la Divine Providence de Badalona — ha dicho *La Patrie* — il leur donna *toutes* sortes de satisfactions.

Se comprendre, pues, que el hombre estuviera débil para apuñalear. Esas religiosas de la Divina Providencia son ciento y la madre y copulean más que un sable de caballería.

Por lo demás, de cuantos liberales han celebrado públicamente que Maura salvase la vida, no hay uno solo que no sienta privadamente que no le dejasen seco... ¡Ah, esos periodistas que escriben cosas *sentidas!*... Je, je... Como yo los conozco, y me sé de memoria sus apartes, me los figuro redactando « la triste noticia del atentado : »

— El cobarde asesino... (*¡vaya unas pelotas que gasta el gachó!*)... Protestamos enérgicamente contra tan vil atentado, que pudo costarle vida (*¡lástima que no sea verdad tanta belleza!*) á nuestro eximio Presidente del Consejo... Con el corazón oprimido por el dolor (*oye, tú, ¿convidas á café?*).....

Así es que no cabe protestar solemnemente contra los

que han condenado el acto de Artal, porque se expone uno á oir que le dicen :

— ¡Habrá lila! ¡Pues si nosotros nos hubiéramos alegrado más que usted de que le echasen fuera el bandullo!

Todos han salido gananciosos. El ministro de la Gobernación, porque hizo una frase telefónica cuando Maura le llamó al aparato para contarle la cosa :

— ¡Por Dios, repítame usted eso!

El Rey, porque le dijo á Maura, según el *Heraldo de Madrid* :

— Esos son gajes del oficio.

(Palabras del rey Humberto cuando atentaron por primera vez á su vida).

La señora de Maura, porque la camarilla de éste la dice que su Antonio es un héroe.

Y Maura, en fin, porque, le esperan noches heroicas, y en plena primavera, ¡digo!

Buen provechito á todos, señores. Y hasta otra...

Entre amigos

Aunque el *País* no hubiera hecho la salvedad, que le agradezco, de que en su casa « todos me estiman muy de veras », dicho está que una discusión de este periódico con el *Heraldo de París* tendría que ser por todos conceptos, y por toda clase de razones y circunstancias, sumamente amistosa, de modo que no podrían caber en ella torneos de ingenio malévolo ni argucias retóricas de mala fe.

La cuestión, lector, es ésta: *Heraldo de París* dijo:

¿Es ó no cierto que todos los jefes del republicanismo español, excepción hecha de uno solo, recibieron dinero para facilitar el viaje de Maura á Barcelona?...

¿Es ó no cierto que Maura ofreció á uno de esos jefes el manejo de un millón de pesetas para la fundación de la Casa del pueblo en Barcelona?

Y dice el *País*:

« Eso es un monstruoso disparate. Defender de esa ca-

lumnia á los que llama el *Heraldo* jefes republicanos, refiriéndose, acaso, á los diputados, pues fuera de Salmerón no hay más jefes que los individuos del Consejo federal y el señor Ezquerdo, sería ofender seriamente á los aludidos. Más que una infamia es una estupidez esa patraña.

Cierto que ha habido papanatas de la clase de tontos malvados, que es la más despreciable de la humanidad, que en vez de ahondar en el estudio de las complejas causas del recibimiento, hiperbólicamente llamado triunfal, que tuvo el rey en Barcelona, hablan de lo que está al alcance de la vanidad y de su estupidez: que se han vendido al oro de Comillas.

« Claro es que Bonafoux no sostiene, ni hace suya la especie: pero el hecho de acogerla indica que admite la posibilidad de que sea cierta. Y esto es imperdonable en un hombre discreto, nada más que discreto. »

Pero yo no soy discreto, amigo mío, sino que á veces me arrepiento de no ser todo lo indiscreto que debo. Además: usted mismo declara que la indicada especie ha cundido como explicación de lo que pasó en Barcelona contra todo lo que se esperaba en Europa ¿ se entera el *País*? en los centros revolucionarios de Europa. Barcelona estaría completamente deshonrada ante el mundo civilizado por el recibimiento hecho á Maura — no al Rey, que ni pincha ni corta, — al Maura fanático y torturador, si Artal no hubiese lavado un tanto la deshonra con sangre del provocador representante de todas las reacciones.

Vea el *País* lo que dice el *Diluvio* del 17 del mes corriente:

« Maura, los ministros y todos los lacayos del régimen han logrado ya que su rey regresara á Madrid después de un viaje cuya parte triunfal para nadie es un secreto cómo se ha logrado, del mismo modo como se consiguieron el apartamiento de obstáculos que, dando lugar á cualquier incidente desagradable, hubiese podido impedir que los corresponsales de la prensa extranjera telegrafiasen los éxitos. Por algo dijo Zorrilla en el *Tenorio* que « *con dinero no hay nada que falle...* » Pueden estar, pues, satisfechos los actores y autores de la excursión, ya que ella les ha salido mejor, mucho mejor de lo que jamás podían imaginar. »

El secreto, pues, lo era á voces. Yo me limité, por honor de la república futura y de los republicanos presentes, á ponerlo en letras de molde, para destapar el tapujo.

Y no se me alcanza el por qué de que el *País* — con quien no iba nada de lo dicho — se pique al extremo de decirme:

« ¿Y sabe Bonafoux quiénes son los inventores y propagadores de ese absurdo? Pues los mismos miserables que cuando Bonafoux alababa á los ingleses en contra de los boers, elogiaba á Don Carlos y tocaba el bombo en honor de la Regente al paso de esta señora por París, contaba por los dedos (y tocándolo, por cierto, más barato que al jefe del millón) las libras esterlinas, francos y viles pesetejas, que le habían valido esos favores ¡ Á esos da aire! »

Pues si los inventores y propagadores de ese absurdo son los mismos *miserables* que dijeron de mí tales cosas resultan unos grandísimos caballeros que no dicen más que la verdad pura.

Yo no he tomado dinero de la Regente por la sencilla razón de que esta señora no tiene costumbre. Además, es muy lista — mucho más que la mayoría de los republicanos, — y aun suponiendo que no hubiese leído el artículo que por aquel entonces publiqué en el *Pueblo*, de Blasco Ibáñez, para restablecer la verdad de los hechos, de sobra sabía ella que no fuí yo quien le dedicó los piropos que aparecieron en mi telegrama del *Heraldo de Madrid*, sino que este periódico, usando de un perfecto derecho consagrado en nuestra Prensa, lo aumentó á su gusto. Yo no puedo evitar que el *Heraldo de Madrid* crea que debe poner « augusta señora » donde dije « doña María Cristina, » ni que aumente el número de simpatías y ovaciones que París dedica á los soberanos que la visitan. El *Heraldo de Madrid* no es mío. El *Heraldo de Paris* sí lo es.

En lo que sí llevan razón los consabidos « miserables » es en decir que defendí á Inglaterra contra los boers porque el gobierno inglés me pagó aquella campaña, única en Madrid, y que no insulté á don Carlos de Borbón cuando conferencié con él en Venecia porque me lo pagó muy bien. Al hotel Luna me llevó el general Secanel dos sacos con veinte mil duros, cada uno, que don Carlos conservaba de los tributos que recogió en las provincias vascas; y toda Europa sabe que míster Chamberlain, á los comienzos de la guerra del Transvaal, le dijo á su secretario:

— Hay, ante todo, que contar con el « bilioso de Asnières ». Mándele usted un cheque de veinte mil libras esterlinas á ver si se tranquiliza.

Con estas veinte mil libras y con los cuarenta mil du-

ros de don Carlos me estoy dando la gran vida, y si escribo mensualmente unas cuatrocientos cuartillas para España y América, no es por necesidad, sino porque me gusta darme pisto alternando con la gente de valer en nuestra Prensa.

Hace tiempo que dije — precisamente cuando lo del vizconde de Yrueste — y ahora repito que mi teoría en punto á dinero es tomar todo el que me den, siempre que no coarte mi pensamiento ni mi pluma, por lo cual opino que don Nicolás Estévanez, felicitado por toda la prensa republicana porque renunció cuatrocientas pesetas mensuales del gobierno, hizo una primada con tal rasgo, pues, caso de no haberse comido esas pesetas, debió aplicarlas al fondo de la Revolución, ó á subvencionar con ellas al *Heraldo de París*, para que en vez de dar leña cada 15 días, la diera cada semana, ó mejor aún que á todo eso, debió dedicar las pesetas á socorrer á Artal, que bien las necesita y merece.

Quedamos, pues, en que no mintieron los que me *calumniaron;* pero yo soy yo, es decir, un periodista que vive en un rincón ; que no es jefe de republicanos, ni va para ministro de la República, ni espera empleos ni merced de la futura República, por lo que el señor Romero Robledo no tendría derecho á preguntarme :

— *Y usted, señor Bonafoux ¿ de qué vive ?...*

Al *País* le ha digustado que fuese el *Heraldo de París* quien dió la consabida especie á la publicidad ; y dice :

« Es ya imposible la tabarra. Desde que llegó á Madrid el último número del *Heraldo de París* — ¡ dichoso numerito ! no hemos cesado de recibir por correo cartas

con la pregunta que nos hacen y nos repiten los amigos. — ¿Ha leído usted el periódico de Bonafoux! Esto al principio. Después, cuando vieron que no resollábamos, la pegiguera cambió de forma. — ¿Por qué no contestan? ¿Por qué no protestan? ¿Es miedo á Bonafoux? ¿Es que son ustedes amigos suyos? ¡Demontre con Bonafoux! Nunca hubiéramos creído que él, tan ligero, nos resultase más pesado que el viaje consabido. »

Pues por esa misma razón, por lo de la tabarra, tuvo que hablar este periódico. Porque de varias capitales de España, y singularmente da Barcelona, se nos decía, entre otras cosas gordas, que no hemos publicado:

— ¿Por qué no habla el *Heraldo de París*? ¿Por qué no publicó la correspondencia del libertario Martínez?.. ¿Qué se ha hecho la decantada independencia del *Heraldo de París*?

Y ¡demontre! tuvimos que publicar la cosa. Porque cada quisque tiene sus intereses en este mundo: *El País* los suyos, y los suyos también el *Heraldo de París*

Por lo demás, crea mi amigo el señor Catena que todo eso, á mí personalmente, me importa un comino.

Subvenciónenme mis enemigos y verán que no escribo ni á mi familia.

Dos entierros

Víctima, más aún que del imperativo categórico de Maura, de la hipocresía, la cobardía y la bajeza de las clases directoras de España — cuya mayoría, después de impulsar un brazo vengador á suprimir el retoño de Cánovas, fué de rodillas á felicitarle por haber salvado la vida, bien que lamentando recónditamente que no hubiese hallado la muerte, — Artal, ya que no pudo ser conducido al garrote por haber arañado la cota de malla que protegía el corazón de cieno del malvado sacristán cuyas cuentas del rosario son las argollas de Alcalá del Valle, fué condenado al máximum de pena, á *diecisiete años de prisión,* por asesinato frustrado.

Ni su gran juventud — 19 años; — ni las tristezas y amarguras de su vida; ni las incoherencias que brotaron de su inexperta oratoria; ni siquiera la consideración de haber dado nombre en Europa á un zascandil á quien llamaban *Morra* los pocos periódicos de París que le mentaban en telegramas de Madrid ; de haberle oca-

sionado ovaciones que nunca soñó recibir, y noches heroicas en que pudiera perpetuar la raza de los Torquemadas, nada, nada, nada consiguió ablandar la berroqueña piedra del Jurado sentenciador.

Tengo á la vista los nombres de ese Jurado, uno de los cuales, *Juan Guarro*, simboliza toda la piara del « tribunal popular ».

Tengo á la vista los grabados de la *Tribuna*, de Barcelona, y contemplo, atónito, esta fauna fotográfica.

De « el público en la sala », que parece otra arca de Noé, diríase que se exhala, dominando todo el « atentado contra Maura, » inscrito á la cabeza del periódico, un olor á boñiga tradicional. En « el juramento de los los jueces de hecho », estos jueces, calvos de puro sifilíticos, parece que están echando una ronda de aguardiente en un mostrador. Del presidente no podría jurarse que no es el sátiro perseguido en el *Bois de Boulogne*. El abogado defensor, mostrando un objeto artístico de Artal, semeja un saltimbanquis de la feria de Neuilly. El fiscal es indudablemente un hipopótamo escapado del Jardín de Plantas.

¡ Ah, ese fiscal, digno fiscal de un tribunal inquisitorial, en el siglo XX ! ! Ese fiscal, que empieza diciendo (copio del diario monárquico, *La Tribuna*) « que será breve, porque no reclama más el asunto, *ni lo consiente la elevada temperatura* ! »

¡ Señor Fiscal del carajo ! ¿ Creía usted que no estaba en un tribunal, trabajando el entierro de *dos* hombres en vida, sino en el Congreso, durmiendo una sesión más de imbéciles, que hacen reir en Marruecos ?

¿ Con qué *derecho* se permitió usted, como fiscal, ha-

cer preguntas como ésta, que transcribo de *La Tribuna* :

Mercedes Torna, á preguntas del señor Cestino, responde que tenía bien conceptuado al Artal.

El fiscal de S. M. le pregunta si el procesado había dicho que el hombre era como una col : « se la comen ó se pudre y... en paz »

T. — No se lo oí decir nunca.

F. — ¿ *Tenía ideas contrarias á la religión* ?

T. — Sí, señor.

¿ Y qué tenía que ver la religión con las témporas, en este proceso? ¿ Estaba usted allí de fiscal, en un proceso criminal, ó de cura, en un confesonario, como está su *amo* en la Presidencia del Consejo?

Toda la tarea del fiscal en este proceso, fué preguntar por la religión de Artal.

« Adela Iñiguez — dice la Tribuna — manifista lo mismo que la anterior; mejor dicho, se reserva como la cocinera, pues nada sabe porque no se frecuentaba con él.

— D. — ¿ Quería ser artista ?

T. — Sí, señor; esto sí que se lo he oído decir.

D. — ¿ Sabe si visitaba á su hermana y si quería sacarla del Asilo ?

T. — No lo sé.

El fiscal le interroga *sobre las últimas creencias de Artal*, contestando que una vez le oyó expresarse como un ateo, pues manifestó que el hombre era como una col, á lo que objetó la testigo que había otra vida ultraterrena.

Et sic de cœteris.

El abogado defensor, señor Cretino, viendo que Artal desaparecía bajo los bonetes del « tribunal popular »,

pidió á los que lo componían que « no cargasen toda la culpa sobre el delincuente y que *no se dejasen guiar por sus mujeres.* »

¡Cuántas reirán, en alguna casa lejana, desde el fondo de sus católicas pescadillas! *Consumatum est.* ¡Pobre Artal! decía el pueblo, según el *Diluvio.*

Pobret noy, sembla mentida que fes allò! exclamaban, llorando, mujeres del puebla catalán.

Pobre Artal, nó. ¡Pobre Maura! ¡Que su digna esposa encargue los lutos!... ¡Que sus hijos preparen el llanto!... ¡Que la Iglesia apreste sus rezos y sus campanas!...

Gori, gori... Tan, tan...

La Comisión pour rire

Por fin llegaron los señores comisionados por los gobiernos español y americano para firmar la paz entre la poderosa República y la desfallecida Monarquía.

De nuestros comisionados ó de los comisionados del señor Sagasta, sabe París toda clase de noticias : lo que el país les paga por viajar, lo que cobran de sueldo, que el señor Montero Ríos renunció al suyo, y que todos los comisionados, singularmente el señor Montero Ríos, tienen mucho talento y grandilocuencia oratoria.

De los otros, de los comisionados americanos, París no sabe nada, como no sea la noticia de que vienen obligados á no transigir, á interrumpir bruscamente los discursos coartando así la elocuencia de nuestros ilustres oradores.

Unos y otros llegaron casi á la misma hora : los americanos, á la siete; los nuestros, á las siete y veinte, acaso por no desmentir nuestra fama de llegar con retraso. Unos y otros llegaron á la hora en que los perió-

dicos callejeros atronaban las calles voceando la revisión del proceso Dreyfus. El señor Montero Ríos, representante del Gobierno español para firmar una paz que no tendría razón de ser si en España hubiese habido un Gobierno capaz de arrostrar la impopularidad que entrañaba la solución del conflicto cubano con arreglo á las exigencias de los tiempos, pararía meditabundo al entrar en París, viendo por el suelo, y cubierto de lodo, el nombre de Brisson, puritano en la vida pública, integérrimo en la privada, pero culpable de ir contra la santidad de la cosa juzgada, contra las influencias de los más altos poderes del Estado, y contra las pasiones de un vulgo inconsciente y malsano. Y míster Day, representante del Gobierno americano para firmar la paz de una guerra que fué hábilmente preparada por los políticos de la República, vería con gusto, al entrar en París y enterarse del acto de M. Brisson, que aún hay en Francia ciudadanos de la madera de los Franklin y Lincoln.

Entraron : los nuestros, con la gravedad triste de nuestra pobre raza, enferma de incurable melancolía, con la amarga desesperación, reflejada en el semblante de una gran familia que vino á menos y que no tiene esperanza de redención; los yanquis, coloradotes, alegres, con la alegría de una raza en lo mejor de la juventud, de una familia venturosa que tiene la seguridad del presente y una fe ciega en el porvenir...

La mayor parte de nuestros comisionados han tomado en sus habitaciones el clásico desayuno de chocolate con mojicón... Horas antes asaltaron los yanquis la terraza de su hotel; y bañados, afeitados y ligeramente vestidos de verano, se entregaron al desayuno de su

tierra, un piscolabis compuesto de jamón, huevos, dulce, todo ayudado por varais tazas de té con leche.

Una blanca helada, la primera de este otoño, envolvía como un sudario el escaso verano que aún verdea; y el señor Montero Ríos, se habrá sentido triste de toda tristeza, esta mañana, al ver llorosos los cristales de su balcón.

*
* *

Describiendo una corrida de toros la *Cagoule* terminó su artículo de ayer con una frase, relacionada con la guerra hispano-americana, frase tan dura, sangrienta y humillante para nosotros, que no es posible recordarla sin tristeza. Y enamorada de las cuestiones españolas, la crónica de hoy se dedica á filosofar sobre la significación que entraña el almuerzo que monsieur Delcassé, ministro de Estado, dió ayer en honor de los comisionados hispano-americanos que han venido á firmar la paz.

Los platos del banquete estuvieron en relación con la índole del mismo. Hubo una salsa *Rosette*, un *canard* helado, otro helado á la rusa y una ensalada *mimosa*. Todo el mundo estuvo muy digno, rivalizando los comensales en el buen deseo de no nombrar la cuerda en casa del ahorcado.

Se almorzó bien. Se bebió bien. Y á los postres se fumaron buenos vegueros de Cuba que se nos han fumado los yanquis.

Cada comisionado tiene hoy una semblancilla en el « Figaro » : Míster Day « fisonomía angulosa »; míster William P. Frye, « pequeño, flaco é imberbe »; míster George Groy, « jigante »; míster Whitelaw Reid, « inte-

ligente »; míster John Moore, « sanguíneo »; el señor Abarzuza, « es sportsman »; el señor Garnica, « robusto »; el señor Villaurruttia, « espiritual »; el general Cerero, « con toda la barba ».

¿Cuánto tiempo hace — pregunta el autor de las « Notes d'un Parisiens » — que la escuadra del almirante Cervera fué destruída en Santiago? Parece que fué ayer... Y fatalmente, inevitablemente, todo esto tenía que parar en un almuerzo. No lo censuro. Nadie hubiera podido hacer que fuese de otro modo. Son reglas, leyes internationales. Pero puesto que más tarde ó más temprano había de pararse en eso, ¿no hubiera valido más que sucediese al principio, en vez de ocurrir al fin? ¿Y los comensales que de fijo son patriotas, no hubieran almorzado de mejor gana si este almuerzo hubiera sido antes de Cavite, de Santiago y de la pérdida de tantas vidas?

El cronista del « Journal » analiza el acto con más tristeza que el cronista del « Fígaro », porque recuerda á los desgraciados que se arruinaron, á las viudas, á los huérfanos, y dice que deben declararse contentos, puesto que españoles y americanos almuerzan juntos oficialmente.

Lo peor no es eso, sino que el acto le parece « un almuerzo de funerales; los funerales de Cuba. »

Pero estos distinguidos cronistas, que gozan fama de psicólogos, no saben que nosotros, que somos los chinos de Europa, en nuestro afán de adaptarnos por completo las costumbres del Celeste Imperio hemos aceptado la de estar de fiesta y jaleo cuando tenemos un muerto en casa.

Si yo fuera comisionado para las conferencias de la paz, no perdería la ocasión de almorzar con gentes tan distinguidas como un Day, « fisonomía angulosa »; un Frye, « pequeño, flaco é imberbe », un Moore, « sanguíneo » y un Groy, « jigante ». Y de almorzar, á la vera de un jigante, « canard » helado y ensalada « mimosa », que es miel sobre hojuelas.

De la panza sale la danza. Y la paz y caridad.

* * *

..... Si el señor Montero Ríos vale tanto como dicen, hay que lamentar los malos ratos que le esperan.

Por de pronto hay incompatibilitad *física* entre los señores Montero Ríos y Day. Este míster, como todos los de la comisión, está echando humo. En la sesión de ayer hubo ciertos dimes y diretes porque los señores yanquis, asados por el calor, ó por lo que se les antoja calor, querían trabajar en mangas de camisa (*sic*), mientras un empleado del Quai d'Orsay encendió una estufa para el señor Montero Ríos, que, todo constipado entró con una bufanda al cuello. Si yo no creyera que el señor Sagasta es incapaz de matar una mosca, presumiría que ha enviado al señor Montero Ríos á tomar una pulmonía en el Quai d'Orsay.

Por fortuna nuestro presidente tiene de preservativo la barba, á proposito de la que ha dicho el « Fígaro » « que el señor Montero Ríos, aunque hombre de edad, conserva toda la barba. »

Entre nosotros, conservar el pelo cuando se es viejo no deja de ser una novedad; pero el hecho de ser

anciano no implica, como por lo visto implica en el *Figaro*, la necesidad de perder hasta la barba. Viejos con barbas, y hasta chivos con barbas, no faltan, gracias á Dios; lo que escasea son viejos con barbas que quieran dejárselas hacer por los yanquis. Bueno sería que el señor Montero Ríos, recordando las de Fabre, pusiese en remojo las suyas propias.

Final de Apoteosis

Doña María Cristina ha dado un augusto mentís al *non bis in idem.*

La segunda parte de su paseo por París resulta más florida, si cabe, que la primera. Doña María Cristina tiene excelentes amigos en París.

Pasa frecuentemente por esta ciudad el rey de Bélgica, sin llamar de ningún modo la atención pública. Han pasado el rey de Suecia y el rey de Grecia, sin que París se enterase de que habían pasado. Pasó últimamente la reina de Portugal, con sencillo suelto noticiero en la segunda plana de los periódicos. Doña María Cristina ha pasado y vuelto á pasar entre sendos artículos encomiásticos, ilustrados con retratos de su real persona; sobre rojas alfombras tendidas en la vía pública y orilladas de flores; arrullada por músicas y vítores; saludada reverentemente por el primer magistrado de la República, el cual interrumpió su reposo veraniego por rendir pleito homenaje á una reina que

pasaba de incógnito, seguida por multitud de periodistas á los templos, á los conventos, á los almacenes, á Trianón, en donde la emocionó tanto el recuerdo de María Antonieta.

El paso de doña María Cristina por París así al ir á Viena como al regresar de esta ciudad, ha sido un verdadero paseo triunfal. Sólo el presidente Krüger, cuando vino simbolizando un gesto de independencia, inaudito en Europa, por la salud de un pueblo contra el enemigo común de la raza latina, sólo él obtuvo tanto entusiasmos como doña María Cristina, bien que sin recabar el honor de que M. Loubet lo visitase, ni tampoco el honor de que M. Loubet lo recibiese.

Como es fuerza que toda apoteosis tenga fin, la de doña María Cristina ha terminado por ahora, sin perjuicio de renovarse otro día, con la siguiente escena, que transcribo del *Petit Journal* :

« Pendant ce temps, une scène très couleur locale se déroulait. Un homme à la voix de stentor, manifestement affecté aux ovations, criait, en espagnol, à des intervalles protocolairement régles : « ¡Vive la reine! ¡vive le roi! ¡vive l'infante! ¡vive la France! et ¡vive l'Espagne! » et chaque assistant répondait viva à chaque nom invoqué. »

Yo no pude presenciar estos espectáculos porque vivo muy ocupado; pero si hubiera formado parte de la cabalgata de periodistas que siguieron de cerca las idas y venidas de doña María Cristina, le habría dado el artículo que el periódico imperialista la *Vossinche Zeitung* dedicó recientemente á los gastos que ocasionan al pueblo alemán los frecuentes paseos de su soberano, lamentando respetuosamente, pero con dignidad de

periódico decente, y con profunda adhesión á la Corona, que se despilfarre el dinero del pueblo, aunque el alemán está en plena prosperidad por todos conceptos.

... Han terminado los paseos, y con los paseos, los vítores, las flores y las luminarias. Ahora toca entrar de lleno en la horrible noche del pueblo español y oir, entre los abrojos del camino, los ayes que arranca el hambre á los que no viven de dar « vivas estentóreos, con intervalos protocolarmente arreglados ».

Para andar por ese camino abrupto y triste puedo acompañarla yo, Señora, que desde mi adusto retiro la despido con un viva que me sale de muy adentro :

— ¡ *Viva el desgraciado pueblo español*!...

Loubet en el pudridero

Hace tres días, un periódico parisién que vive de embustes sensacionales, voceó un *atentado contra el presidente Loubet en Madrid* é involuntariamente recordé este epigrama de Crécelle :

Hélas, il pleut! de soleil, tu te bombes!
Soupire Alphonse. — Ah! fait le bon Loubet,
Mieux vaut de l'eau, m'est avis, que des bombes
Comme à Paris, sur nous, il en tombait!

Porque el atentado contra M. Loubet no era dinamitero, como suponía el aludido periódico, sino grosero. La bomba no estaba cargada de dinamita, sino de mala crianza, y bien puede decir M. Loubet que hay cariños que matan, recordando aquellos de que fué víctima en Madrid y que parecen urdidos por la malévola intención de los vaticanistas.

Sacar de un tren á un anciano, y por añadidura fati-

gadísimo por largo viaje, para meterlo en el *pudridero* de El Escorial, haciéndole contemplar tumbas y oir relatos fúnebres; recibirle con un repique de palmaditas en la espalda, *à la mode du pays*, y sin darle punto de reposo emprender con él caminatas y excursiones; recordarle, con alusiones, que Francia fué vencida el año 70, y que Francisco I, prisionero de las tropas españolas, dejó sus armas en la Armería real de Madrid; obsequiarle, contra su voluntad, con una corrida de toros; vitorearle con aullidos de gentes que comían higos y cacahuetes; zarandearle de aquí para allá, custodiado, como si fuese un reo de muerte, por imponentes fuerzas de orden público, impidiendo que se le acercase el pueblo y le echase flores; ¡qué de patanerías, expresivas de la ordinariez en que ha caído el carácter nacional!...

Leo que periodistas y fotógrafos franceses fueron víctimas de las caballerías de la guardia civil; que en recuerdo de que Barrés cantó á Toledo figuró en el *menu* del Ayuntamiento un « filete de cerdo á lo Maurice Barrés »; que para celebrar la llegada de Loubet había en el hotel de la infanta Eulalia un negro, vestido con calzón encarnado y chaleco azul; que *monsieur Blanco Ibánez* — dice *Le Gaulois*, — *orateur*, *ecrivain*, *homme d'action* (!), *une sorte de Gambetta* (!!) *avant 1870*, disparó un manifiesto contra Loubet; que otro literato dijo :

« España no recibe solamente como jefe de Estado á monsieur Loubet, sino también como mensajero del alma de Víctor Hugo, que viene á confundirse, en estrecho y amoroso abrazo, con el alma de Cervantes. »

Il ne faut pas en rire, ha dicho esta Prensa, mordién-

dose los labios. No hay que reir, no, que da mucha pena...

¡Qué modo de perder la chabeta! Hasta *Kasabal*, tan mesurado al hablar de las damas de alto copete, escribió yéndosele el santo al cielo :

« En el mundo oficial hay muchas damas de primera... No estamos mal por este lado (¿por *cuálo*, *Kasabal*), y hay que esperar que nuestros ilustres huéspedes queden complacidos. »

¡Demonio! Eso es faltar á las damas de primera.

Y como si fuese poco, añadió *Kasabal :*

« Hagámoslo todos lo mejor que podamos. »

¡*Carracoles*! — como dicen que exclama la señora del Gas, ó madame du Gast. — Eso es faltar al *otro lado*.

¡Qué diferencia entre la recepción ceremoniosa, al par que grotesca y ordinaria, de Madrid, y la recepción elegante, aunque popularísima, de Lisboa! Todas las clases y todos los partidos políticos vitoreando la República francesa, cuya Marsellesa fué cantada á coro por 1.500 niños, acompañaron paso á paso la carroza de Loubet, perdida amorosamente en la multitud. La lluvia de cieno en Madrid fué lluvia de flores en Lisboa, y como la reina Amelia está educada á la inglesa — lo cual quiere decir que es una reina bien educada y *chic* — dispensó á Loubet, cansado y apestado de Madrid, de hacerla inmediatamente después de haber llegado, la visita de rigor.

¡Cuántos rasgos delicados, finos, exquisitos, contrastando con cuántas *latas*, ordinarieces y rufianerías!...

Menos mal los personajes franceses, que saldrían consolados con las placas de Alfonso XIII y de Carlos III :

pero los franceses que no son personajes, y que fueron apabullados por los cascos de la guardia civil, habrán salido haciendo fu y llevando por todo recuerdo otras placas, de las que dan, por cualquier lado, golfas de primera...

Revolucionarios gorditos

Poco tiempo hace todavía que yo iba frecuentemente á Londres con el único fin de hablar con el más avanzado é inquieto de los revolucionarios españoles, despertados allí de la negra pesadilla de Montjuich...

Fuí yo quien tuvo la satisfacción de celebrar, por cima de las pretensiones del *New York Herald*, de París, una sensacional interviú con Malatesta á raíz de la ejecución de Humberto, la única interviú á que se ha prestado el famoso agitador después de su regreso de Páterson.

Fuí yo quien subió á un piso sexto de una hedionda casa, sita en una calleja más hedionda que la casa, para describir del natural la atroz situación en que llegaron á Londres los salvados del infierno dantesco que todavía domina la ciudad más liberal de España.

Fuí yo quien describió los mítins que por entonces verificábanse en *Tráfalgar Square*, las nocturnas escenas del Club anarquista internacional, cuya puerta era un muro de contención para los periodistas del Conti-

nente, y los combates y anhelos de los revolucionarios españoles de Londres.

Fuí yo, en fin, quien, con ocho días de anticipación, avisó en el *Heraldo de Madrid* la huelga general de Barcelona...

Armando de Cárdenas, corresponsal de *El Mundo*, de la Habana, en Barcelona, escribió con fecha 30 de Abril á dicho periódico :

Fué Bonafoux el primero en augurar estas malandanzas de Maura. Los favorecedores de *El Mundo*, quienes, sin duda, leerán con la avidez y delectación que yo leo las interesantísimas crónicas del genial é inimitable escritor, recordarán que hace ya bastante tiempo, después de zarandear de lo lindo al primer ministro de Alfonso XIII, agregaba : « Bromas aparte, yo, la verdad sea dicha, no quisiera verme en el pellejo de *monsieur Morra*, á quien muchos periódicos de París no dejan de mano por lo de Alcalá del Valle. »

Las predicciones de Bonafoux han empezado á cumplirse...

Se refiere Cárdenas á las predicciones, que publiqué en el *Heraldo de Madrid* y en *El Mundo*, de la Habana, sobre el atentado que tendría lugar en Barcelona contra el actual presidente del Consejo de ministros, y ahora es ocasión de desmentir á quienes dijeron que dichas predicciones mías respondían á informaciones que me remitieran de Londres.

No. Del formidable movimiento de los revolucionarios españoles asilados en Londres ya no queda más que el compás de unas meretrices parisienses que, con sus correspondientes chulos, que viven de comer pan de enaguas fabricado en hornos sifilíticos, el mes pasado las

vi zarandearse al son de un piano de manubrio colocado frente á la puerta de lo que antaño fué Club anarquista internacional.

Hablando de los anarquistas españoles ha dicho *El Diluvio* :

« Las luchas enconadas entre los hombres que aspiran á constituir la *sociedad futura*, las bajas pasiones que imperan entre los elementos intelectuales del anarquismo español, constituyen una demostración palmaria de que no son *ni más inteligentes ni más puros* los que pretenden transformar las condiciones de nuestra existencia. Hombres al fin, con todos los defectos á los hombres inherentes, españoles aunque no quieran, y, por tanto, contagiados del virus maligno que corroe las entrañas de la sociedad española, como hombres defectuosos y como españoles apasionados tal espectáculo vienen dando, de tal monta son las acusaciones que mutuamente se dirigen y tales las resoluciones que adoptan, que realmente nos hallamos ante un caso de quiebra, de *quiebra del anarquismo español.* »

Ó la *bancarrota del anarquismo*, como dijo Clariá en un concienzudo artículo, del cual son estos párrafos :

« Es verdad que se lee mucho, que se publican buen número de folletos, que padecemos una verdadera logorrea de escritores, *arrivistas* que se atreven con todo ; pero la acción revolucionaria, netamente anarquista, no se ve ni por asomo en los actos de los libertarios de este país de inquisidores.

. . . . . .

« Lo de la huelga general ya pasó. No fué más que un tópico de que se sirvieron nuestros oradores para final de los discursos.

. . . . . .

« Aquellos grupos revolucionarios en que un día se templaban los anarquistas y se encauzaban y protegían las iniciativas y los compañeros que á ellas se lanzaban, han pasado á la historia. Nadie se acuerda, ni quiere, de vivir prevenido, de solidarizarse con los que tienen afán de luchar, con los que piensan en el mañana, con los que quieren hacer factible aquella revolución social que ha quedado relegada como indispensable final de nuestras cartas particulares. »

Todo esto — y algo más — puede y debe aplicarse al anarquismo español en Londres. La raza española ha probado que en Londres es lo mismo que en todas partes. El cansancio á la larga, el primer oasis conseguido con las primeras libras esterlinas, los pujos de una vanidad tan morbosa como ridícula, que todo lo divide y prostituye, y otras cosas... otras cosas... tantas cosas más que debo callar por ahora, dieron al traste con el partido anarquista español de Londres, como están acabando con los partidos que militan en España, como acabarán con la misma España inclusive si la poesía se extingue de su corazón, lleno ya de egoísmos personales...

— Esas gentes de Londres no existen — díjome, al despedirme en la estación de Saint-Lazare, un revolucionario, descompuesto el semblante y crispados los puños.

Se equivoca. Sí existen esas gentes. Sólo que están gordas. ¡ Ah, sí, están gorditas !... Y un gordo no puede ser revolucionario.

Se les han juntado las mantecas porque comen carnero inglés con judías blancas, y el carnero inglés es un comestible antirrevolucionario.

Se les han juntado las mantecas porque duermen como

lirones, y el sueño embota los impulsos revolucionarios.

Y ya no ejercen de tales revolucionarios porque les ha crecido la tripa, y un panzudo tiene la barriga llena de miedo. No fué Wéllington quien venció á Napoleón, que lo venció la tripa que había echado.

Con algunas excepciones, que por sí solas no pueden nada, los anarquistas españoles refugiados en Londres constituyen hoy una ristra de barrigas repletas de carnero inglés con judías blancas, cuyas detonaciones nunca fueron de dinamita.

La labor revolucionaria allí se reduce, pues, á discursear hueramente, cuando no asnalmente, entre eructo y eructo burgués y entre otras flatulencias de mayor calibre explosivo.

La dinamite?
Oui... C'est de la cacade!...

La sombra de un Rey

Ce que nous voulons c'est vivre...
HEGOT.

Víctor Manuel — que personalmente es un macaco con un plumero — se fué. Ya era hora.

Los republicanos, que de una sola sentada engulleron :

4.000 bizcochos,
6.000 sandwiches,
1.800 panes de *foie gras*,
5.000 helados,

rociado todo por el *champagne* de 1.200 botellas, estaban muy amenazados de reventar, lo cual no hubiera sido desgracia para nadie.

Y los proletarios — que por el hecho de serlo *resultan* sospechosos — estaban en la cárcel.

De la estación de Lyón, en París, á la estación Saint-

Lazare, en París, media un mundo : más de una hora en ómnibus. Esa distancia la franquean á pie todos los viernes centenares de italianos que, no encontrando pan en la monarquía de Víctor Manuel, van á buscarlo en New York, haciendo el viaje en la pesebrera de un transatlántico. Transidos y hediondos inspiran piedad y dan asco al público burgués...

Ellos, los hombres, con cara de rencor contra los fatalismos de la suerte ciega. Ellas, las mujeres, con ampulosas faldas que despiden olores á flatulencias recónditas, á procreación malsana, á sangre coagulada entre muslos anémicos, á basura de desheredado... Los niños son mapas de mocos y babas. Todo ese mundo tiene impulsiones de odio; y de ese estercolero en supuración ha surgido —¡buen abono! — la gran República de América...

El viernes último casi todas esas gentes, hombres, mujeres y niños, fueron á la cárcel. ¿Por qué? ¡Porque el macaco con su plumero pasó por París!...

Se les detuvo el viaje, se les irrogó perjuicios infames, se inspiró miedo á mujeres preñadas que, por poco derecho que tengan, tienen tanto derecho como una vaca á parir en paz.

Entretanto, un republicano, M. de Selves, perorando en el Ayuntamiento, comparó á la reina Elena « con una diosa en la que se respira el poético perfume del Oriente eslavo », y Víctor Manuel, que en punto á los perfumes orientales de Elena á la hora de la verdad, tiene que saber mucho más que M. de Selves, sonrió...

Y es muy sensible que esa reina que ha parido y

volverá á parir por donde paren todas las mujeres, no recordase en aquel instante las cochambrosas faldas de las italianas parturientas y detenidas arbitrariamente, alguna de las cuales puede expeler, como una bomba, un regicida en la levantisca América...

Trasero sagrado

Dígase lo que se quiera, la historia de España en los últimos veinticinco años ha sido representada en Europa por el trasero de la Otero. La historia de su nalgatorio, zarandeándose en molinete por toda Europa, es la historia de la actualidad española. El europeo recuerda que todavía existe España cuando sigue con la vista el nalgatorio de la Otero, aprisionado en gasas que reflejan los colores de nuestra bandera, y al aplaudir el nalgatorio, aplaude el símbolo de lo único hermoso que da el país. Todavía tenemos nalgas alegres, flexibles y ondulantes. ¡ Todavía hay Patria!...

Esa bailarina puede decir que se ha pasado por entre las piernas toda nuestra historia contemporánea. Ella es la única personalidad que ha arrancado espontáneos y sinceros vivas á España en el extranjero.

El pueblo francés no conoce nuestros políticos ni nuestros literatos; pero conoce á la Otero. No hay un solo periódico francés que escriba á derechas los apelli-

dos de nuestros grandes hombres; pero todos los periódicos franceses saben escribir Otero. Y la Otero, aunque tirada por los suelos, resulta ser la más alta personalidad española en Europa.

Pienso en ello recordando la anunciada boda de nuestra ilustre compatriota, porque ella merece, mucho más que los Cánovas, una estatua, y yo, que no apruebo la proyectada conmemoración de la guerra de la Independendencia — cuyas batallas no fueron ganadas por nosotros, sino por los ingleses, — aprobaría que se dignificase la boda de la Otero con una procesión cívica en Madrid, figurando en ella lo más granado de la villa y corte.

— Soy franca como buena española — ha dicho altivamente la Otero — y, encarnando el carácter nacional, ha estado admirable en sus primeras entrevistas con el novio.

Al señor René Wepp le dijo cuando fué á pedirle la suave mano:

— Puesto que usted, según dice, hace cuatro años que me ama por mi retrato, yo le aconsejaría que continuase amándome en fotografía. Cásese usted con mi retrato; de ese modo no tendrá usted historias ni arrepentimientos, mientras que casándose conmigo yo no garantizo nada, nada...

Y el señor Wepp — que no es un cabrito con toda la barba, sino un inglés reflexivo, — quedó encantado de tan hidalgo lenguaje.

La Otero es, por otra parte, la única personalidad española que ha *practicado* el anticlericalismo en el extranjero.

En una *soirée* que dió en Jueves Santo, alguien le dijo :

— Yo la suponía á usted católica á macha martillo. ¡Como envía usted tantos trajes á la Virgen del pueblo!...

Y la Otero, riendo :

— Hombre, tiene la mar de gracia. ¿Qué quiere usted que les haga yo á aquellos brutos, entre los cuales, al fin y al cabo, he de vivir? Después de todo, á mí me dan mucha lástima cuando pienso que me llenan de bendiciones porque les mando trapos de desechos de mis juergas para vestir á la Virgen.

La Otero es un carácter, y como lo más visible del carácter de ella es su trasero de bailarina, debemos honrarlo en esta ocasión, honrando las glorias patrias...

Es un trasero sagrado, aunque ha escurrido la lujuria de todo el mundo en sábanas de encajes. Él inspira lo mismo que inspiraron los pies de Santa Teresa, « resplandecientes como nácar y olorosos á azamboas », cuando los devotos de la santa invitaban al público diciéndole :

— *Lleguen, lleguen y huelan...*

Todos Jesuítas

De la actual situación de España, el clero tiene toda la culpa; el clero católico, que capa pueblos como quien capa cerdos, para poderlos tratar impunemente á puntapiés. Ellos, los curas y acólitos de curas, que hicieron voto de castidad, no se capan, por supuesto. Allá en Rennes se paseaba en olor de santidad, que es uno de los más fétidos olores que conozco, un tal Louis Pellé, sacristán de la iglesia parroquial de Saint-Germain. Á este varón, santo varón, según rezaban las gentes de aquel piojoso país de católicos fanáticos, le prendió la policía por ultrajes á la moral y atentados al pudor. «Los actos que se le imputan, advirtió el *Journal*, venía cometiéndolos de muchos años á esta parte, de modo constante, contra chicos aprendices.» Abrid las páginas de Guinaudeau y abriréis de par en par la Sodoma de los curas franceses y las sucias alcobas de las monjas francesas. El clero francés, como el clero español, puede impunemente hacer toda clase de infamias. Los Flaminios

son irresponsables, y la autoridad, cada vez más avasalladora, del clero francés, se extiende á todos los reinos de la Naturaleza. No satisfecho con imponer la obligación de oir misa á los hombres y las mujeres, se la ha impuesto á los perros y las perras de los cazadores. La raza canina *debe* oir misa el día de Saint-Hubert; ¡y ay del cazador que no lleva el galgo á presenciar el santo sacrificio!...

Pero en Francia *todavía* se lucha; en Francia hay *todavía* gobiernos que se atreven á preparar proyectos contra el peligro del clericalismo. En España ya no hay más que gobiernos dedicados á preparar la mortaja del pobre pueblo.

Un amigo mío, después de haber residido largo tiempo en Brighton, quiso volver á ver la patria, el terruño, Burgos, y vino horrorizado.

— Como si fueran pocos los frailes que había en España, me dijo, ha llegado un refuerzo de quince mil, una remesa de Cuba y Filipinas — ¡qué descansada habrá quedado Filipinas! — todo el detritus clerical que teníamos allí para colonizar... y se tropieza usted con frailes en las calles, en los paseos, en todas partes; pegados como lapas á las rocas que rodean villas y pueblos, zumbando cual abejorros á las puertas de las iglesias, cantando el *gori gori* al difunto pueblo que perdió por ellos el imperio colonial y la dignidad y la vergüenza... Frailes descalzos, frailes con rosarios tamaños como cadenas de anclas, frailes con capuchones, frailes con sayales del mismo color que la panza de un burro, frailes sucios, andrajosos y piojosos, una peste bubónica de frailes; y bajo el cielo azul y el sol dorado,

en el país de los azahares y limoneros, le echa á usted atrás un horrible vaho, un nauseabundo olor entremezclado de emanaciones de rapé, surgido de narices puercas, de regüeldos de sopa boba, de pies inmundos, de toda la legendaria basura de nuestro imperio colonial. Me vuelvo á Inglaterra, al país donde no hay soldados, al país que, como ha dicho Lepelletier censurándolo, « desprecia al militarismo, odia al militarismo tanto como al papismo, y es la nación anticlerical por excelencia ».

Las instituciones recomiendan, como panacea de todos los males, rezar el rosario; los gobiernos, que ni en sus madres creen, oyen diariamente misa; si vamos á la guerra, la prensa la recomienda al Papa; si deseamos celebrar un armisticio, la prensa lo recomienda al Papa; si el *Monserrat* arribó á puerto de salvación, no fué hazaña del capitán, sino de la Virgen de Monserrat, de Madrid, á la que se pidió el *milagro;* rezamos porque nos dejen pegar; rezamos porque nos pegaron; nos fiamos de la Virgen, y á lo mejor tenemos que correr; nos entusiasmamos con generales y marinos que oyen misa y rezan el rosario, para « resultar » despampanados en el mar y rindiendo sin combate inaccesibles fortalezas como Santiago de Cuba; los escritores como Blasco (el otro), se sirven de la Virgen como de Celestina, para colocar crónicas; los empresarios de teatros, como Ortega, se sujetan al Index de un obispo; los tenores, como Biel, se cuelgan escapularios para andar por la escena del mundo; los poetas, como Grilo, comen la sopa boba de los conventos; los toreros brindan los estoques á la iglesia; los republicanos más exaltados, ha dicho *La*

Época, se acercan á la mesa eucarística; la prensa republicana publica el santo del día, el año cristiano y dónde se reza el rosario; y hasta las meretrices no se remangan las faldas sin hacer acto de contrición. Andamos día y noche á cuestas con el Santísimo, con la Virgen, con el Niño, con todos los santos de la corte celestial; salimos en procesión llevando en las cabezas capuchones como los que gastan los serenos cuando llueve, y en las manos cirios monumentales cuya derretida cera va chirriando « ¡que *mancho!*... y cuando las autoridades nos recomendaron « rezar el rosario para salvar á la patria de las vicisitudes que atravesaba », pasamos los días repasando las cuentas del rosario.

Al extranjero me voy;
mucho llevo que cantar,
y al pecho el escapulario
de mi virgen del Pilar.

Y con esta mala copla el tenor Biel se despidió del público madrileño. Si trae al extranjero buena voz, es seguro que triunfará el tenor Biel. Pero si viene fiado en la virgen del Pilar, como cante mal, va á tener que correr.

Para cantar óperas se necesita llevar al pecho el escapulario de una virgen de mampostería, únicas que va dejando el clero. Para ser poeta se necesita *versar* en una Comunidad, aunque sea la de Belén. De Grilo, por ejemplo, dice la prensa de Madrid :

« Enterada la benemérita del puesto de Las Ermitas de la visita del eximio vate, salió á su encuentro y acompañó el carruaje que conducía á los expedicionarios hasta las puertas del hermoso desierto de Belén.

« Toda la Comunidad salió á recibir á Grilo, que desde hacía años no visitaba dichos lugares, y allí donde la Naturaleza ha atesorado sus mejores dones, en aquel verdadero templo de la poesía cristiana, donde se comprende y se admira en toda su esplendidez la grandeza de Dios, donde todo nos habla de Él y hasta los cipreses rígidos simulan dedos de una mano colosal que nos señalan el cielo, el narrador de nuestras verbenas, rompiendo el silencio profundo que imperaba en su alrededor, dijo, más bien cantó, sus estrofas inspiradísimas á *Las Ermitas*.

« En el refectorio fué servido el almuerzo á los visitantes, y por la tarde la Comunidad rezó preces extraordinarias por el poeta, celebrando su visita con alegres repiques de campanas. »

Para ejercer de periodista hay que ponerse bien con el clero. Del señor Alvarez, por ejemplo, dice un telegrama de Oviedo :

« Ha sido encarcelado el redactor de *El Combate*, señor Alvarez, causando esto gran extrañeza en la opinión por no haberse hecho público el motivo del arresto.

« Se dice que obedece á instigaciones del obispo, al cual se le llama defraudador en un artículo titulado « Reacción y revolución ».

« Extraoficialmente se sabe que otra de las causas de la prisión es una gacetilla en que se llama á Polavieja asesino de Rizal.

« Parece ser que se trata de perseguir á ese periódico hasta obligarle á suspender la publicación. »

Ni siquiera dormir se puede en España, porque le despierta á usted el *rosario de la Aurora*.

« Olvidaba decir á usted — cuenta Sánchez Pérez — que á eso de las cuatro de la madrugada me despertó el vocerío de hombrones y mujeres que iban por la calle entonando con mucha seriedad el *rosario de la Aurora.*

« El espectáculo era nuevo para mí; había oído hablar de ello, pero no lo había visto nunca.

« Ha sido necesario que venga á un *Sitio Real* para conocerlo.

« Un vecino, á quien pregunté sobre este punto, me dijo :

« — Mire usted, señorito : aquí no se rezaba antes ese rosario; pero desde que estuvo aquí (hace pocas semanas) un padre misionero, lo dejó mandado. Por eso lo rezan. Por ahora solamente es los domingos; pero si quiere, ya lo rezaremos todos los días como es debido. »

De modo que si un padre misionero deja mandado que el vecindario se desayune con caca, el vecindario dejará limpias como patenas las alcantarillas del pueblo. ¡ Y luego se extrañarán en Madrid de que una horda de salvajes, excitados por un cura, quisiera merendarse á Blasco Ibáñez á los gritos de viva el Corazón de Jesús! Á buen seguro que pase lo mismo al otro Blasco, porque anda de romería con la virgen del Pilar.

Somos un compuesto de curas con manteo y curas de chaqueta, de monjas con hábitos y monjas con las faldas arremangadas, de generales de jesuítas y jesuítas de ejército, y de periodistas clericales. La raza es de jesuítas de nacimiento, hechos con pus de fraile en monjiles ovarios y á la sombra de las sacristías.

El mapa de España es un manteo bajo el que bullen en descomposición toda clase de microbios. Por algo dije

en *El País*, augurando la catástrofe de nuestro imperio colonial, que España se entregaría al cura, por la misma razón psicológica que tiene una buena moza que hizo su tiempo y su camino, para meterse á gazmoña.

***

... Refiere Scholl que Brummell, caído en desgracia después de haber figurado en el mejor mundo de Londres, se obstinaba en creer, por una alucinación, que seguía siendo lo que había sido. Con la imaginación daba fiestas suntuosísimas... á las que asistía él solo; y al fulgor ficticio de las luminarias eléctricas y entre los rumorosos acordes de una música ilusoria, iba anunciando á los invitados... que no habían salido de sus casas, llegando en la obsesión al punto de dar el brazo á elegantes damas que no existían. Después, vuelto en sí, viendo de cerca el miserable estado en que se hallaba, caía en el raído sillón de su cuarto, rezando y sollozando...

¡Así nosotros!... Extinguidas ya las luminarias y las músicas de las soñadas victorias con que nos lisonjearon uno y otro día los que engordan voceándolas, y viendo de cerca el verdadero estado á que han reducido al pueblo español los judas y fariseos de la política, hemos aído ¡ay! de nuestra ficticia cumbre al abismo de nuestro real aniquilamiento, y no tenemos más desahogo que sollozar y ¡rezar!...

Ladrones legales é ilegales

Un ladrón cayó en el garlito. Falto de recursos para comer bien, como comen los ladrones, y no pudiendo tragar el rancho de la cárcel, pidió auxilio á los compañeros de su partida. Se hizo una suscripción.

Se reunió una cantidad de dinero para aliviar las necesidades del cautivo. Se dió á uno de los compañeros el encargo de entregar la suma recaudada. Y el encargado, que adoraba una mujer, la cual era su vicio, dispuso de los francos para divertirse locamente con ella...

Los demás compañeros se reunieron en audiencia. El Presidente, un tal Rouget, consumado ladrón, interrogó al reo. El Fiscal, también ladrón, pidió la pena de muerte. El Jurado, todo de ladrones, le condenó. Otro ladrón, llamado Cocó, fué designado por la suerte para ejecutar la sentencia. Y el reo fué hallado en el camino de Passy, boca abajo, con la espalda atravesada por la hoja de un puñal.

La justicia, legalmente constituída, intervino en el asunto, y Rouget fué preso...

En esa vista á puerta cerrada del proceso de un ladrón juzgado por ladrones, el ceremonial y los elementos constitutivos del fallo son absolutamente iguales á los procesos en la sociedad legal. Hay un delincuente, un magistrado que acusa, otro magistrado que falla y un instrumento de la ley que ejecuta. La sentencia se inspiró en el instinto de conservación social y en el más alto espíritu de justicia. El robo verificado en detrimento de un compañero cautivo y menesteroso, cuya vida peligraba, fué estimado como asesinato á traición y á mansalva. El reo mereció morir. Murió...

— Pero... ¿quién dió á esos señores ladrones el derecho de constituirse en jueces de un semejante suyo?...

— Y á nosotros, los que no hemos robado todavía, ¿quién nos dió el derecho de legislar, acusar, fallar y ejecutar?

— ¡Pero nosotros estamos constituídos en sociedad!

— ¡Pero ellos también lo están!

— Pero nuestra sociedad no se ha constituído para robar.

— Pero con el robo pasa lo mismo que con la poligamia. El hombre civilizado no es *legalmente* poligamo. — Porque no le dejan: pero lo es de hecho. Cada familia es un serrallo de hipocresías. Nuestra sociedad no tiene por fin el robo, pero lo tiene como medio de existencia. Toda transacción es un robo. Una de las partes resulta siempre perjudicada; *luego* robada. Se roba hasta sin querer, sin darse cuenta, porque el dolo está en la naturaleza de todas las cosas...

— Pero los jueces del reo de Passy eran ladrones con arreglo al derecho escrito.

— Pero nosotros también somos ladrones con arreglo al derecho no escrito. La diferencia es ésta : ladrones ruidosos, van á la cárcel; ladrones silenciosos, andan sueltos.

— Es usted, señor Bonafoux, un anarquista.

— Y usted, señor mío, es un animal.

Explosión de un traductor

No voy á « profanar, » como vulgarmente se dice, un cadáver; entre otras razones, porque el de *Clarín* no debe oler á azamboas, como el de Santa Teresa... No voy, pues, á juzgar ahora á *Clarín*. ¡ Que le juzgue, de muerto, su Dios ! De vivo le juzgué, hace muchos años, en el folleto *Yo y el plagiario Clarín,* que él mismo hizo bueno. Allí están su vida, su decadencia, su postrimería. Leído á través de tanto tiempo, no resulta libelo, como se dijo cuando se publicó. Resulta profecía...

Entre sus enemigos fuí el único que le atacó sin haber sido atacado por él; y en cien artículos de la Prensa española consignado está que de todas las polémicas de *Clarín*, la que tuvo conmigo, cuando nadie había osado atacarle, fué la más ruda y también la que más le afectó... Esperaba yo apertrechado de documentos humanos, la segunda parte de esta polémica. « No hay caso — me dijeron Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, cuando pasaron por París, — *Clarín* no se atreve á me-

terse de frente con usted. Si se mete alguna vez es de costado. »

Siempre fuí enemigo de *Clarín*, como siempre fué *Clarín* enemigo mío. No me remuerde la conciencia de haberle dispensado el menor elogio, aunque solía él elogiarme en privado, como lo atestiguan cartas de Martínez Ruiz. Pero es falso que yo le odiase. Es cierto, en cambio, que sus cacareadas grandezas y su insoportable pedantismo me inspiraban el más profundo desprecio.

Metido á sepulturero honorario, Eusebio Blasco, ensalzador de todo el que se muere, con la esperanza de que la crítica le perdone á él sus muchos pecados cuando le llegue el próximo turno de estirar la pata, y capaz, por los cinco duros de un artículo, de escribir su propia necrología con la noticia de que sus amigos Loubet, Eduardo VII y Nicolás II se arrancan los pelos de dolor por su fallecimiento ; elogiando á *Clarín* porque él, Blasco, « es cristiano », ha dicho que *todos* los enemigos de *Clarín* acabaron por ser amigos de él. No sé si el cristiano Blasco escribió eso en los horrores de la digestión de alguna de las suculentas comidas que se hace servir, como cristiano y para que las pague Jesucristo, del Casino de Madrid. Sí sé que en todo hay excepciones y que Blasco hace á todo el mundo el disparatado honor de confundirlo con él...

Fuí enemigo de *Clarín* mientras vivió. Soy enemigo de Clarín después de muerto. González Serrano, tal vez ganoso de imposibles conciliaciones, dijo, en reciente tomo de semblanzas, que yo, « á pesar de mis pasiones africanas », contribuí á un banquete que el *Progreso* de Alejandro Lerroux dió en honor de *Clarín*.

Fué una broma mía, quizá de mal género. Prueba de que fué broma á lo Karl con Quesnay de Beaurepaire, es que al día siguiente del banquete publiqué en el *Progreso*, entre otras cosas que no quiero recordar, porque ahora se las tacharía de crueles, que yo no había tenido inconveniente, como redactor del *Progreso*, en contribuir con unas pesetas al banquete, pero que seguía pensando del anfitrión lo que pensaba antes. Y Lerroux me escribió con fecha 21 de noviembre de 1897:

« Momentos antes de reunirnos anoche para ir al restaurant donde comimos con *Clarín*, se recibió la deliciosa Crónica de usted, que leí — como hago siempre — á los compañeros ».

« El banquete *resultó* muy agradable por todos conceptos. Tomanos y cumplimos las indicaciones de usted, tan al pie de la letra, que á la izquierda de Alas quedó el hueco — silla, plato y copa — que á usted le correspondía ».

« Tuvimos, con esto, un buen rato intrigado á *Clarín*, que quedó muy sorprendido cuando supo que su espíritu de usted, ya que no su *periespíritu*, asistía al banquete y no pareció desagradarle la cosa. Dijo que hacía mucho tiempo que él había olvidado todo agravio con usted. »

« No publiqué ayer la crónica (es decir, hoy) porque me pareció que no haría buen juego por un lado la reseña del banquete y por otro el latigazo que usted le propina á *Clarín*. »

Se equivoca nuestro ilustrado colega el *Mundo Latino* al suponer que *Clarín* y yo nos reconciliamos literariamente en aquel acto, según dice la citada revista en el siguiente párrafo de su necrología de *Clarín*:

« Los que esto escribimos tuvimos el honor de sentarnos al lado del maestro en una memorable ocasión en que la redacción de un periódico radical, *El Progreso*, daba un banquete en honor de *Clarín*.

« Bonafoux, nuestro compañero entonces como corresponsal de París, se adhirió por telégrafo, rogando que se le colocara un cubierto en la mesa y se le descontaran los tres duros.

« Cuando se leyó el telegrama, *Clarín* se afectó, demostrando una alegría tan infantil, que sirvió él mismo la copa destinada á Bonafoux, en cuyo honor pronunció después un caluroso brindis.

« Desde aquel día quedaron reconciliados literariamente los dos temperamentos más opuestos y mordaces de la crítica española. »

No, yo no me he reconciliado nunca con los enemigos. ¡ Ni siquiera conmigo mismo !...

Fuí enemigo de *Clarín*, y lo soy de su memoria, porque, como ha dicho Eusebio Blasco, « *Clarín* fué un tirano, » y yo odio de muerte todas las tiranías, aunque no se ejerzan contra mí, como no se ejerció la de *Clarín*.

Cánovas en política y *Clarín* en literatura eran dos almas gemelas, la conjunción de dos vanidades monstruosas, dos tiranos de un mismo cuadro de la historia española contemporánea : uno en Montjuich : otro en Oviedo. Me alegré cuando mataron á Cánovas. Si *Clarín* no hubiera dejado mujer é hijos — por cuya familia haría yo cuanto pudiera — me alegraría en absoluto de su muerte. Y España debió alegrarse del homicidio de Cánovas y debe alegrarse del fallecimiento de *Clarín*, porque el dómine Canóvas en política y el dómine

Clarín en literatura simbolizaban una regresión histórica.

Investigando las causas de la postración de España encontramos el olé y la guitarra de Romero, la férula de Cánovas, que fué una guitarra política, y la palmeta de *Clarín*, que fué una guitarra literaria. Cánovas tenía un *Clarín* en el cuerpo, *Clarín* tenía un Cánovas en el cuerpo ; y ambos, con el olé y la guitarra, fueron los tristes jaleadores de la patria.

Á pesar de todos sus desaciertos políticos, Cánovas, aguantado por el pueblo, que debió arrastrarle de la cola del duque de Sexto, siguió dando palos de bizco hasta que un extranjero heroico le hizo papilla los malévolos sesos. Á pesar de todas sus derrotas literarias, *Clarín*, aguantado por la Prensa, que debió echarle á su cátedra, siguió dando palmetazos de dómine hasta que la vanidad, saliéndose de madre, se le subió á la garganta y le produjo una disnea.

Todo Cavite y todo Santiago, todos los pateados por Cánovas, todos los vencidos por los yanquis, á quienes se ha elogiado « ¡ porque convidaban ! », echaron á vuelo los más vulgares ditirambos en honor del *estadista*. Y esa misma ralea de degenerados y degradados y envilecidos y cobardes, ralea de ilotas, idiotas y lacayos, pisoteada por *Clarín*, toca el bombo en honor del *literato*. Todavía les temen. Como al malvado doctor Francia después de muerto y putrefacto, nadie se atreve á enterrales, y mentidamente les lloran, comos las *lloronas* que aún se alquilan en algunos pueblos...

Fuí yo el primero — no digo el único, porque tuve el honor de que me acompañase más tarde don Francisco Pí, — en celebrar, y en el *Heraldo de Madrid*, la muerte

de Cánovas. Quiero ser también el primero en celebrar la muerte de *Clarín*.

El tiempo ha venido á probar que ninguno de los que adularon el cadáver de Cánovas creía en los ditirambos que prodigó al *estadista*. El tiempo vendrá á probar que ninguno de los que ahora adulan el cadáver de *Clarín* — acaso temiendo que todavía se levante del sepulcro á dar la lata de un Palique, — ninguno de los que exclaman con resignación de eunuco : « me pegó : soy una de sus víctimas, pero reconozco que era un genio », ninguno, absolutamente ninguno cree una sola palabra de lo que dice en honor de un escritor mediocre y egoísta, que no tenía nada de Quijote y lo tenía todo de Sancho *Panza* ; que jamás defendió ninguna causa justa, ningún infortunio, ninguna víctima, y que ha muerto como reaccionario y místico y monárquico « con princesa de Asturias, » atacando lo único noble y generoso, porque hasta ahora es sueño, que existe: el anarquismo.

Ha muerto peor, en todos sentidos, que Cánovas, á quien se creía superior *Clarín* ; y la prueba de que Cánovas valía inmensamente más que *Clarín*, que no pasó de ser en las letras la caricatura de él en política, es que Cánovas murió herido en la cabeza por el brazo vengador de un Angiolillo, y *Clarín* ha muerto herido en el intestino por la explosión de un tubérculo gramático « acelerado su fin, dice un telegrama del *Heraldo de Madrid*, por exceso de trabajo que se impuso para hacer la traducción de la obra *Travail* ; » que de viejo, y de regreso del *J'Accuse*, con todos los horrores de la campaña Dreyfus, concibió y escribió Zola, después de *Fécondité*, sin hacer explosión por el trasero...

Una decepción más

Si algún escritor puede jactarse de haber defendido á Luna Novicio, ese soy yo. En la adversidad, en días muy aciagos para el señor Luna Novicio, cuando toda la prensa parisiense zahería al hombre y negaba al pintor, y cuando la prensa española le defendía tímidamente, yo, á pesar de lo que vinieron á decirme á mi casa de la rue Godot de Mauroy los parientes del señor Luna Novicio, á pesar de las declaraciones que me hizo al señor Regidor Jurado, á pesar de la prensa parisiense, defendí al señor Luna Novicio, no en una crónica ni en un artículo, sino en un alegato de abogado y de escritor, que publicó *El Liberal* y que reproduje en el libro *Huellas literarias*, á petición de muchos amigos míos, según los cuales, mi defensa influyó en la absolución del Jurado.

Más tarde, cuando se dijo que el señor Luna Novicio era uno de los instigadores de la rebelión filipina — no contra España, sino contra sus Gobiernos y sus frailes;

Vayan ustedes á paseo

« ... A pesar de esto, si usted cree que debemos seguir publicando esos artículos en que está retratado Zorrilla, de mano maestra, continúe enviándolos. »

¡ Si hubiera muchos Pérez así en España !... Desgraciadamente lo que sobra son los otros Pérez. Este Pérez, nuestro gran Dionisio, hace en *Vida Nueva* lo que yo hacía en *La Campaña*, lo que debe hacer un director verdaderamente *liberal*, publicarlo todo, sin leerlo, como yo publicaba, sin enterarme del contenido, los artículos que venían con firmas autorizadas, las de los Nakens, Lerroux, Rosario de Acuña, Dorado, González Serrano, Mella, etc. *Despuntarlos*, ó modificarlos, hubiera sido desacato. ¡ Figúrese el lector qué no me parecería retocar los diálogos de un Zorrilla con un Betances ; — con un Betances que ya no existe, — con un Betances, que era más inteligente, más ilustrado más probo y más decente que la inmensa mayoría de los enemigos que tuvo en Madrid, entre los cuales no había

pocos asnos que le cocearon injurias y calumnias, cuando lo que convenía á la causa española era atraerse la voluntad de aquel hombre, que no era enemigo de España, sino de sus gobiernos, y que tanto y tan bien ganado prestigio tenía en el ánimo de la revolución antillana!

¡Burros gigantescos, oíd lo que acabo de escribir á *La Época!*

« Murió Betances dejando — sin contar varias obras y folletos — setenta y cuatro cuadernos escritos de su letra, que era microscópica. Me los ofreció quien podía, los leí y seleccionné en Bretaña, aprovechando las raras ocasiones de vagar que me dejó el proceso Dreyfus, y con la médula de esos cuadernos reconstruí tal cual fué la triste é ingrata vida de Betances... Cuando yo dé el nombre de la persona que tenía dichos documentos, se comprenderá que Betances no creyó que pudieran publicarse... Eran sus *carnets*, sus libros de memorias, sus notas íntimas, las sensaciones de su alma de psicólogo. Todo ello constituye una página de la historia contemporánea de España, página *vivida* y *sentida* que debe publicarse á lo que entiendo; y porque así lo creo, he resuelto publicarlo todo, hasta sus equivocados juicios que respeto sobre mi carácter « peligroso y vindicativo, » según escribió él cuando no me conocía.

Uno de los *carnet* se compone de diálogos con Ruiz Zorrilla; *carnet* revuelto, como revuelto era el carácter de don Manuel. El revolucionario antillano y el médico se confunden en el *carnet*, que es una preciosidad de *fondo*. De regreso á su despacho, Betances, incansable trabajador, anotaba una observación política de Ruiz

Zorrilla y á continuación una receta del médico al enfermo. Las observaciones no pueden separarse de las recetas. Son como alma y cuerpo.

Si usted duda —y en casos como éste no me ofendería la duda, — de la completa y absoluta exactitud de los diólogos publicados por *Vida Nueva*, gustoso enviaré á usted el comprobante, ó lo enseñaré á quien usted quiera.

Todo es de Betances en esos diálogos; de Betances, que habla allí como psicólogo y médico, no en verdad como pornógrafo, que nunca lo fué.

No faltará quién arguya que pude « suavizar asperezas » y « suprimir palabras mal sonantes. » ¡ No! Tales cortapisas jamás entraron en mi temperamento. No tengo alma de censor de imprenta. Además, yo no soy más que periodista, periodista que ni ha sido ni es nada, que no aspira á nada, que nunca será más que periodista, en quien fuera desacato el enmendar la plana al jefe de la revolución española y al jefe de la revolución antillana en París; y aunque así no fuera, y por muchos que fuesen mis títulos, no sería yo, como liberal, como respetuoso con la *libertad del pensamiento*, capaz de alterar el texto de un manuscrito ajeno. »

***

En las precedentes líneas puede hallar mi amigo Alejandro Miquis contestación á su « Viernes » de *El País*. También á este escritor, que es muy de mi agrado, y al que debo singulares deferencias, pareció mal que yo publicara el diagnóstico de Betances sobre cierta en-

fermedad de Ruiz Zorilla, enfermedad que, por no herir las castas orejas de esa pulquérrima villa, donde es desconocido el mal que trajo Colón de América, según Voltaire, llamaremos *silvelitis*; y dice Alejandro Miquis, incurriendo en el defecto que censura.

« Cuando Bonafoux tuvo, porque la tuvo, la enfermedad de que el doctor cubano curó al repúblico... »

Aparte el « porque la tuvo, » que es un razonamiento muy vasco, y que equivale á decir : « cuando Alejandro Miquis se robó, porque se robó, un copón consagrado, » es decir, que lo robó *porque sí*, porque á mí me da la real gana de decirlo; aparte eso, yo no sé por qué conducto Miquis, que no es médico, y á quien no recuerdo haber consultado — como Zorrilla consultó á Betances, — se enteró de que yo tuve unas silvelitis en la Puerta del Sol. Yo no se las pegué, que recuerde. No es cierto, amigo Miquis, que yo tuviera unas silvelitis, porque tuve catorce, y lo extraño es que no espichara en esa higiénica corte de garabatillo.

***

... Yo esperaba que un escritor tan revolucionario como Alejandro Miquis, redactor de un periódico tan republicano como *El País* — á quien tantos afectos dispensa Zorrilla en los referidos diálogos — aprovecharía la publicidad de éstos para recordar las grandes cualidades de carácter que Zorrilla revela en las notas de Betances; para llorar con Zorrilla sus inmerecidas amarguras, sus tremendas decepciones, la ingratitud y mala fe de amigos y correligionarios del proscripto;

para enseñarle, como una bandera de guerra, á esa juventud de pacíficos caquéxicos, como un gran ejemplo para toda España, como un gran ejemplo que seguir en la adversa fortuna...

Pero no. Hasta Alejandro Miquis, que suele pensar alto, ha hecho caso omiso del *alma* de los diálogos para agarrarse de una cosa nimia, accidental: para agarrarse de un *faldón*, como si también Miquis quisiera tapar con ese faldón las verdades — algunas muy comprometedoras — que entrañan los diálogos sucesivos, verdades que saldrán á luz, no en *Vida Nueva* — porque no quiero contribuir á matar este periódico, que buena falta hace á la cultura intelectual y á la fuerza viril de España, — sino en el libro que tengo escrito con el título *Betances*.

***

La inesperada censura de un escritor como Alejandro Miquis, en un periódico como *El País*, tiene un gran aspecto psicológico, y prueba cuánta razón tuve al decir en *El Globo* que Madrid, por lo tapado, parece una villa de tapadillo, y con cuánta razón el verdaderamente malogrado Luis Royo — de cuyo *adiós* no he dicho nada, porque no creo que debe añadirse una sola línea á la necrología que hizo Cavia — dijo que España es un país de tapujos y tapones.

El temperamento de censor va ganando terreno. En tiempos de D. Amadeo no se castigó las caricaturas que representaron al monarca en cama, teniendo en la mesilla de noche unas cajas de copaiba, entre otros men-

jurges más peligrosos de señalar... Y hoy la censura está tan metida en la masa de la sangre, que no ya jueces monárquicos, sino periodistas revolucionarios, creen que es pecado el decir que un hombre tuvo unas silvelitis. ¡ Ni que fuera un atentado de lesa majestad!

¿Cómo se va á hacer historia en el país de Puerta Cerrada, en la capital del cerrojo?... Cuando Salmerón dijo lo que dijo de Cuba en el Congreso, yo quise publicar una grave carta que Salmerón escribió, anteriormente, á Betances. ¡ Imposible! Ni monárquicos, ni republicanos, ni liberales, ni sacristanes, ningún périodico quiso confrontar al Salmerón de las Cortes con el Salmerón de Betances. Y, sin embargo, en esa carta, que publicaré, no sale ningún faldón de la colada.

Cosas más graves y delicadas que esa que, con gran alboroto de la casta y sana villa, se ha contado de Zorrilla, refirió *Le Temps* — ¡nada menos que *Le Temps*! — sobre la vida íntima de Napoleón I, lo que no impide que éste siga siendo el César del siglo XIX, como Zorrilla es el Napoleón de la República española, á pesar de las silvelitis, ó por las mismas silvelitis.

Pero, se me dirá, eso está bien en Francia; « *aquí no se puede.* » Pues ¡ vayan ustedes á paseo ! y no se quejen de que los gobiernos erijan en leyes los atropellos que tienen en la sangre ustedes mismos; — ¡ oh liberales de pega! ¡ oh republicanos de opereta ! ¡ oh revolucionarios con el segundo apellido de don Vicente Lafuente y !...

Absolución ejemplar

Para los que siguen atentamente el movimiento intelectual del Sur americano, no tiene nada de extraordinaria la noticia, llegada de Montevideo y comentada con espanto por parte de la prensa europea, de que Arredondo, matador del presidente, ha sido absuelto por los tribunales de justicia.

Creen, ó aparentan creer algunos periódicos, que semejante fallo implica un « desorden de cosas » y « el triunfo de la anarquía », y no hay tal.

Dicho está que en parte alguna de Europa, excepción hecha de Inglaterra, tienen socialistas y anarquistas la libertad de que gozan en el Sur americano. La anarquía se respira allí en la atmósfera, y hasta los presidentes más despóticos han contribuído, sin querer, á fomentarla, con el hecho de permitir que todo el mundo pueda llamarse título, y general — sobre todo, general, — y cantar misa, aunque no sea tonsurado. Pero el caso de

ahora, la absolución de Arredondo, no implica un desorden de cosas, sino un orden de lógica.

La República estaba harta de su presidente — han dicho los jueces. — Le odiaba el pueblo, por tirano y simoniaco. Lo voceaba la prensa, y al vocearlo, excitaba á la venganza. Se decía privadamente que el primer magistrado de la República era un *azote del país*, y que de su salida del poder dependía la *salud pública*. Era como una sentencia de muerte. Y como el presidente no tenía pensamiento de salir del poder, Arredondo le hizo salir para el cementerio...

Y los jueces añaden :

Arredondo fué el intérprete de la voluntad popular, el brazo de la indignada República, el instrumento de todas las aspiraciones. No mató él. Mató el país. Debíamos absolverle.

Y le absolvieron, entre frenéticos aplausos.

¡Qué atrocidad! exclama la hipocresía de la prensa *al uso*, de los periodistas prehistóricos, que de dolor se arrancan los pelos cuando se quita de en medio á un mal gobernante, cuya gestión anatematizaron ellos mismos como la más horrible de las calamidades públicas.

¡Qué justicia, y qué lógica, hermanos míos!... Malo es matar, pero peor es no castigar á un conculcador de todas las leyes de un país y dilapidador de la riqueza pública. Si el derecho de aplicar la pena de muerte debe conservarse explícitamente en el Código, porque es ejemplar, según esos mismos periodistas, por la misma razón debe conservarse tácitamente en el Arredondo que se hace intérprete del fallo de una nación, expresado en periódicos, en folletos, en discursos, en la vía pública y

en el hogar de todos los defraudados por la tiranía y el pillaje gubernativo.

El fallo del tribunal, que absolvió á Arredondo, hará por la moralidad pública mucho más que todos los matadores de reyes y presidentes que no cumplían sus deberes constitucionales. Lo importante no era matar, sino absolver al matador, porque los malos gobernantes no se reproducirán con tanta frecuencia desde que cualquier ciudadano tenga la seguridad de ser absuelto del servicio de suprimirlos...

Barcelona

Cuándo por una razón, cuándo por otra, Barcelona es en Europa un luminoso anuncio de la situacion de España y una trágica aparición en la Prensa europea. De Barcelona debe decirse que es una ciudad *aparte* en España, porque ninguna otra ciudad española preocupa la atención europea.

Periódicamente París se pregunta :

— ¿Qué pasa en Barcelona?...

Los periódicos parisienses publican telegramas noticieros con nota relativa á que la censura, muy rigurosa en Barcelona, no dejó expresar más. Transcurre algún tiempo en el más completo silencio. Luego vienen otros telegramas con la nueva de que « se han orillado las dificultades, recobrando los espíritus la calma perdida ».

Y no se sabe más de las dificultades, ni de cómo fueron orilladas, hasta que otra perturbación viene á demostrar que los espíritus no habían recobrado la

calma perdida y que las dificultades no se habían orillado...

¿Por qué? Porque la situacion de Barcelona, hasta ahora tratada por procedimientos indolentes y rutinarios exige una medicación activa, radical y definitiva. La enfermedad de Barcelona es demasiado compleja y honda para diagnosticada en consulta de galenos vulgares, y nuestros Gobiernos no sólo no son sabios en el arte de curar pueblos enfermos, sino que tienen muy demostrado ante el mundo que son unos perfectos imbéciles, unos ignorantes crasos y unos cobardes sin rival.

No es revolucionario, ni catalán, sino monárquico, madrileño, militarista y patriota el periódico que dijo, censurando la falta de aptitud de nuestros gobernantes, que *así no podemos seguir*. (Me refiero á *La Correspondencia Militar*).

Quiere decir, pues, que Madrid comprende que *así no se puede seguir*; pero exige á Barcelona, que por todos conceptos vale inmensamente más que Madrid, que *siga así*.

Discurriendo sobre esto, en carta de la villa y corte, un amigo mío me dice :

« La podredumbre es fuente de vida. Nosotros aquí *estamos pudriendo*. Hay, pues, que esperar. »

Aceptemos, si se quiere, la teoría de la *charogne*. Pero... ¿hasta cuándo van á estar *pudriendo* en Madrid?... Todo tiene un límite. Las boñigas también lo tienen.

La Habana, que actualmente está mucho más civilizada que Madrid, para convencerse de lo cual basta comparar la Prensa habanera con la Prensa madrileña,

también estuvo esperando que *pudriesen* en Madrid, y, al fin, se cansó de esperar, sentada, las reformas que se le debían...

Por otra parte, ¿cómo puede dar reformas quien no las puede aplicar á sí mismo? ¿Ni cómo las ha de aplicar quien vive en un círculo vicioso de politicastros y garrapateadores de periódicos incoloros, anodinos, vulgares y latosos, cuando no vendidos por unas cuantas pesetejas? Forman los unos y los otros una gavilla de insignificantes, aunque ellos mismos se gradúan de grandes en la rosca del bombo mutuo, y de puercos que se tapan colectiva é individualmente los faldones, salpicados de toda clase de palominos

Esa gentuza — parte de la cual ha cometido delitos merecedores de presidio, — como practica la teoría del *pan comido entre todos*, ejerce un *boycott* contra todo español que « despunta » y se resite « á entrar por el aro », como dicen los *boycotteadores* en su achulapada jerga de presidiarios sueltos. Se le aplica la máquina neumática, se le hace el vacío, y el excomulgado por el cónclave de los que *están pudriendo* y viven de comer caca á puñados, se va extinguiendo en el silencio que formaron alrededor de él gentes que las echan de liberales aunque en el fondo son frailes, si no lo son también de ascendencia.

Y si el español excomulgado consigue, contra viento y marea, salir adelante, entonces se le aplica el calificativo de *chiflado*. Utopista, visionario y *chiflado* llamaba Madrid á Pí y Margall, aunque él y Prim fueron los únicos estadistas españoles del siglo XIX. Costa es, á juicio de Madrid otro *chiflado*. *Chiflados* Calderón,

Nakens y otros periodistas meritísimos por inteligencia y carácter.

Lleva razón *La Correspondencia Militar* : así no se puede seguir; pero no basta decirlo sino que hay que probarlo ¡*andando*!... Á la política y á la Prensa del país hay que limpiarla de la morralla que se ha entronizado en la metrópoli. El enemigo es más terrible que parece, porque vive agazapado en las carteras de políticos que se llaman *liberales*, siendo fariseos, y en las Redacciones de periódicos que se titulan *liberales* y que por traidores á la libertad merecen ser arrasados...

Mientras se prolonga indefinidamente ese estado de putrefacción, tan anómalo como peligroso, no se sabe el daño que causa á la situación general del país en el extranjero, cuya desconfianza en los negocios aumenta en razón directa de la perturbación latente.

Y Barcelona, que es la capital española que tiene más simpatías de europeos y americanos latinos ó hispanos, deja de recibir no pocas familias extranjeras que no se arriesgan á establecerse en una población que quieren mucho, pero á la cual temen mucho más.

—No nos importa — dicen ellas — que los atentados dinamiteros y otras manifestaciones de odio sean obra de estos ó los otros partidos. Lo que nos importa es que allí se vive con el alma en un hilo y se carece en absoluto de seguridad individual.

La situación de Barcelona es el único problema español que preocupa á Europa, como lo prueban los artículos que el *Temps*, *L'Européen* y otros periódicos y revistas dedican al estudio del *catalanismo*, acertada-

mente juzgado por Marcel Lenglet, y crean los lectores de *El Diluvio* que á París le tienen sin cuidado noticias y telegramas de Madrid. Para reir de las *Cosas de España* en las terrazas de los bulevares, apurando aperitivos, esas bufas noticias — je, je... — pueden pasar...

Bombas-reclamos

Cuenta el buen Lamartine que en los días más crueles del *Terror* los conductores de las carretas cargadas de cabezas, para desayuno de la guillotina, solían coger al paso algunos transeúntes pacíficos para llenar vacíos cuando faltaba gente en las carretas.

Ningún vecino se asombraba de ello. El vecindario decía :

— Cogieron al tío Paco cuando iba á comprar pan y le llevaron á la guillotina.

— La criada salió esta mañana á buscar la leche y no ha vuelto. Probablemente le han cortado la cabeza.

Y todo el mundo continuaba en sus quehaceres, con la sola precaución de no salir de madrugada por no tropezar con la carreta.

Mucho han cambiado, desde entonces, los tiempos. Cuando Ravachol empezó á tirar bombas — que, por crieto, no mataron ni un mosquito, — París dió diente

con diente, y más tarde los magistrados que le juzgaron, con las canillas temblorosas, dijéronle finamente :

— Tenga usted, señor Ravachol, la bondad de sentarse. Si no está usted á gusto en el banquillo, haremos que le traigan una mecedora.

Poco á poco las bombas fueron desacreditándose. Exceptuando la que derrumbó el restaurant Very — llevándose por delante al patrono del establecimiento donde fué aprehendido Ravachol — y la que dejó medio tuerto, por ironía de la suerte, al escritor Laurent Tailhade, á la sazón de hallarse saboreando un *rágoût* en el restaurant Foyot, las bombas no hacían blanco ó mataban algún gato transeúnte.

Desde entonces las bombas constituyen una diversión en París, y cuando por casualidad sale alguna la aprovechan los guasones para reirse de sus enemigos, colocándoles bombas de mentirijillas. Son latas, verdaderas latas, algunas con cordilla, algunas otras con excrementos, que intrigan grandemente al vecindario.

El agraciado descubre con terror la *bomba*, corre á casa del comisario del barrio á darle parte del hallazgo, acude presuroso el comisario con unos guardias, observan la lata sin moverla de su sitio, la huelen á distancia, salen de estampía para el Laboratorio municipal y de allí vuelven en compañía de dos empleados que, con mil precauciones, cargan con el proyectil, el cual, sometido á maduro examen por el director del Laboratorio, resulta algo apestoso.

— Henos aquí, señores — advierte el director, — en presencia de unas cagarrutas de chivo. Con olerlas basta.

Y todos pasan el rato...

En Rusia los ratos de esa índole son amargos de veras; pero á nadie cogen de susto, porque se echan bombas á las autoridades como cañamones á los pájaros. La bomba ha llegado á ser allí una costumbre nacional.

Y en Constantinopla la aparición de la primera bomba ha dado movimiento y vida á la ciudad, que, envuelta en esos sudarios que se llaman albornoces, parecía muerta. El sultán, que, á juicio de todos sus biógrafos, estaba medio cadáver de aprensión de que se atentase á su preciosa existencia, no atreviéndose ni á asomar su nariz de cotorra al balcón de miedo de que se la enderezasen de un tiro, ahora, pasado el primer susto, está hecho un valiente, escupiendo por el colmillo, y la población de eunucos le llama Habdul Hamid *el bravo*.

Yo creía, dice él, que una bomba era otra cosa. Más es el ruido que las nueces.

—¡Viva Habdul Hamid *el bravo*!... —gritan los eunucos poniéndose en cuatro patas.

La bomba, bajando de sus alturas terroríficas, se ha convertido en reclamo de soberanos de chicha y nabo y en pretexto para encarcelar y torturar inocentes. Si por casualidad hiere á quien iba destinada, la Prensa ensalza á la víctima, aunque sea Habdul Hamid; y si, como generalmente ocurre, la bomba no sirve ni para limpiarle los mocos, la Prensa ensalza con más brío á la *víctima*, y el bombardeado por la bomba y bombeado por la Prensa aprovecha una ocasion más de darse tono.

La bomba no es, pues, para odiada, sino para agradecida...

Los únicos que no tienen nada que agradecerle son los « tildados » de revolucionarios, como los actualmente

presos y torturados en las mazmorras de Constantinopla. El complot, que generalmente no es de los revolucionarios, sino de los policías, se tramita *á conciencia*. El juez instructor con un *parti pris* que no siempre es desinteresado, acude á todos los procedimientos inquisitoriales para hacer que los inocentes se declaren culpables; los periódicos del país, cuáles por miedo, y cuáles otros porque cobran del Poder, empiezan voceando lo del atentado y cuando éste se convierte en humo por la fuerza de las cosas, se guardan la noticia, dejando al público bajo la impresión de que fué un horror la explosión de la bomba, que era un mal petardo, y de que el Habdul Hamid amenazado se condujo como un bravo; y algunos rotativos extranjeros, en combinación con la policía y la Prensa del país del soberano, jalean lo del atentado, haciendo atmósfera por unos cuantos billetes.

Y el soberano se consolida. ¡Cuántas testas coronadas, pero sin seso, deben su reputación á las cagarrutas de chivo!...

Becerrada fiscal

Un hombre tiene el más perfecto derecho á llamarse Becerra. Llamarse Toro, á más de Becerra, pudiera parecer excesivo; pero tampoco cabe negarle el más perfecto derecho á llamarse Becerra Toro, ó Toro Becerra.

Para lo que no tiene derecho un hombre, si ejerce de fiscal, es para dar un dictamen que no sería suscrito por una becerra.

Antiguamente todo fiscal se consideraba obligado á ejercer de inquisidor cargándole la mano al procesado. Contra esta tendencia protestaron enérgicamente, por deber de humanidad, escritores y pensadores de fuste, por ejemplo, Víctor Hugo. Hoy se entiende de muy distinto modo, en los países cultos y humanitarios, la misión fiscal. El que acusa debe ceñirse á hechos consignados en autos. Levantar una acusación fiscal sobre presunciones é hipótesis salidas del caletre del mismo que acusa, para pedir gravísimas penas, es inadmisible

ante la conciencia racional. En los pueblos donde existe todavía la pena de muerte, los instrumentos de suplicio se sacan á última hora y de un modo vergonzoso. Los verdugos se han civilizado. Los fiscales también. Todo se civiliza, todo menos la inquisición española, sobre la cual no pasan siglos, porque está en la masa de la sangre, y está en la masa por el predominio del cura en el confesonario y en la alcoba.

Las conclusiones de esa Becerra toruna, sobre ser un enjaretado de estulticias, en patibulario estilo que pide á gritos cadena perpetua para el autor, carecen en absoluto de fundamento. El fiscal *supone*, y, de lo que *supone* él solo, saca consecuencias contra los procesados. Ese absurdo tejido de hipótesis, que ha irritado profundamente la opinión liberal de Francia, Inglaterra y Bélgica — como lo prueban las protestas que circulan estos días, — no ha parecido dictamen, sino embestida. El señor fiscal ha estado á la altura de su ganadería patronímica.

Es, por otra parte, un calco, malo, del dictamen fiscal en el proceso contra Malato. Pero contra ese dictamen, mucho antes que se levantara el fallo del Jurado, se levantó la opinión pública en toda Francia. Se protestó contra él en la mayoría de los periódicos parisienses, en mítins tumultuosos, en manifestaciones callejeras, y, luego, en la vista del proceso, ocurrió algo que habla muy alto del valor cívico y del sentimiento humanitario del pueblo francés; ocurrió que una pléyade de políticos, escritores y periodistas fue espontáneamente á declarar en favor de Malato. Entre los declarantes había enemigos políticos del procesado, por ejemplo,

Jaurés, y también había enemigos personales, por ejemplo, Rochefort.

El asunto Dreyfus separó á Malato de Rochefort, y la separación, envenenándose, se hizo personal. Poco tiempo antes del proceso, invitado yo por Rochefort á un almuerzo con Fermín Faure y Tarrida del Mármol, Rochefort me habló acerbamente de Malato, á quien, me dijo, no volverá á ver.... Y luego, aunque octogenario y ocupadísimo, el campeón de *La Lanterne* pasó varias tardes en la Audiencia *esperando vez* para declarar en favor de Malato, quien después del veredicto, no le dió las gracias, como tampoco le devolvió la amistad Rochefort... probando ambos que la religión del deber está en sus almas muy por cima de controversias personales y de vicisitudes de la existencia. Acaso recordase Rochefort que, cuando estaba en Nueva Caledonia, amigos y adversarios de él se cotizaron para enviarle los muchos miles de francos que costó su evasión de presidio; que le prepararon un hotel, donde se hospedó al llegar á Londres, y que con las mismas manos generosas echaron los cimientos de *L'Intransigeant.*

¡ Shoking !

Por fin hemos dado una nota internacional. Después de la pérdida del imperio colonial, pérdida que nos dejó tan tranquilos, Europa supo de España gracias á la perdigonada del empresario de marras, que hirió á veinte y tantas personas y operó de unas cataratas á un alemán, sacándole los dos ojos de la cara. Después, silencio sepulcral.

Pero la prensa parisiense de hoy se ocupa de España. Veamos :

« En el Senado español, el señor Silvela ha opuesto un formal y enérgico desmentís á los rumores que circularon sobre cesión de las islas Canarias á Inglaterra. »

Cuando pasa mucho tiempo sin que se diga nada de nosotros en Europa, la prensa se dirá :

« ¡ Esos pobres españoles ! Están demasiado olvidados. Hay que decirles algo. »

Y al día siguiente el *Figaro* ó el *Matin* dicen :

« No es cierto el rumor que ha corrido de que el go-

bierno español proyecte ceder la provincia de Valencia al imperio otomano. »

Ó bien :

« El señor Silvela ha opuesto un formal y enérgico desmentís á los rumores que circularon sobre cesión de la bahía de Vigo á Inglaterra. »

Á eso hemos venido á parar. Cuando *lo* de Cuba llamamos la atención del mundo por aquello de « no cederemos una sola pulgada de territorio », « gastaremos el último hombre y la última peseta », y, sobre todo, por la indignación que nos producía la proposición de vender Cuba á los Estados-Unidos. « ¡ Nunca ! Somos hidalgos. »

Pero como después de la catrástrofe abrimos un baratillo de colonias, un *soco* colonial, no hay quien se explique nuestra existencia sino vendiendo colonias al por menor; y como ya está al terminar el gran barato que funciona en la plaza de Oriente, el extranjero habla de que vamos á vender las Canarias, de que no es cierto que pensemos vender las Canarias, de que sí cederemos la bahía de Vigo, de que no tenemos la supuesta idea de vender el Escorial, etc.

Antes del desmentís formal y enégico del señor Silvela, súpose de España, porque, al hablar de las dotes de las soberanas, dijo el *Matín* :

« Le mariage d'Alphonse XII avec l'archiduchesse Marie Christine avait failli être rompu la veille de sa conclusion, parce que la reine Isabelle avait brusquement élevé ses prétentions.

L'incident fut aplani par l'archiduc Albert qui augmenta la dot de sa nièce, en déposant, « à son nom », une somme très rondelette chez Rothschild, et en payant son trousseau. »

Es de suponer que á falta de pan, la prensa de París nos dé tortas coma esa. Apaciguadas las belicosidades plumíferas contra la pérfida Albión, falta tela, y la prensa no puede servir quisicosas tan exquisitas por el ingenio como esta que publicó el *Journal* :

Londres, le 27 Décembre.

« ¡Il n'est pas chaud, dehors, to day! »
Disait
Daisy,
Bobonne aux cheveux blonds, à la svelte tournure,
En mettant sur ma couverture
Thé, pain, beurre, lait, confiture,
Tandis que je goûtais le repos du matin,
Poil dans la main!
Mais, penché, j'attirai l'enfant scandalisée,
Dont la peau de satin par la bise est rosée,
Et dis, faisant la pige à Rudyard Kipling :
« Dehors, il est bien froid, mais, posant ton plateau
« Daisy, viens près de moi! Vois si mon cœur est chaud!
« Et tu seras ma queen, et je serai ton king. »
« MORALITÉ
Chaud king. »

Schoking, porquería... ¡Perdón, lector; perdón para el *Journal*! Olvidaba que España es el refugio de la moralidad escrita, del pudor *sui generis*; el país más blasfemo y peor hablado del mundo, pero el más escandalizado por las « cochinerías » del autor de *La Terre*; el país de quien ha dicho *Zeda* :

« Habrá quizás quien diga : Nuestra sociedad es virtuosa, enemiga del vicio... Aquí no hay corrupción, aquí nada huele á podrido, aquí los hombres son tan candorosos como el mismo Josef y las mujeres tan castas como la casta Susana. Aquí no hay círculos viciosos, ni adulterios, ni malas pasiones... Todos somos puros y limpios

de corazón y nuestro pudor y santidad se irritan cuando un autor falseando la verdad, nos presenta en escena los extravíos de la vida humana...

Convengamos en que serían un poco exagerados tales optimismos. No diré yo que la generación presente sea peor que las pasadas, pero sí me atreveré á asegurar que no es mejor. En cualquiera de esos teatros en que los espectadores rechazan por inmorales y por *escabrosas* escenas que no traspasan los límites del docoro, puede el observador, mirando en derredor suyo, rehacer con el pensamiento escenas de la vida real que todo el mundo conoce y muchos comentan con frase naturalista... »

La diferencia entre París y Madrid en punto á moralidad, es que en París se ama sin hipocresía, con luces, en camarines bien olientes; y en Madrid se ama detrás de las puertas, en obscuros pasillos, en catres de recónditas alcobas, apagando la luz que alumbra el altar de la Purísima... La literatura española, reflejo de ese estado de alma, es un catre, lleno de insectos — de los insectos que revolotean en las vespasianas de la heroica villa y corte de garabatillo; — un catre donde ciertos novelistas, rufianes de fondo y tartufos de forma, revolcaron, bajo burdas mantas de Palencia, voluptuosidades robadas á las obras de los Faubert y Zola, entre otras verdaderas regentas de la moderna literatura europea.

La hipocresía en todas las manifestaciones de la vida, la hipocresía frailuna, inmunda, ha apagado las luces del ingenio y de la virilidad de España, y España ha dejado de ser la patria de los hidalgos, en concepto del extranjero, para convertirse en la patria de unos mercaderes que venden colonias como si fuesen cacahuetes...

De la sarna nacional

Hablábamos de *lo* del marqués de Cayó en el garlito, de *lo* del estampillado y de otros fraudes decorosos, y un tertuliano, madrileño y recién llegado de Madrid, dijo :

— Lo que yo siento es no estar complicado en lo del estampillado. ¡ Cobrar en oro !... ¡ Vaya un crimen !!...

La tertulia celebró la ocurrencia. Miré al autor de la misma, y en sus ojos reídos me pareció ver reflejado el cinismo de la villa y corte...

Hace unos nueve años telegrafié al *Heraldo de Madrid* las jugadas ó jugarretas de Bolsa que por entonces hacía con noticias que le enviaban de la Habana, siendo Martínez Campos capitán general de Cuba, ese caimán que se titula marqués. Mi telegrama, que también contenía la última liquidación de las cucas jugadas de dicho bolsista, fué reproducido por casi todos los periódicos españoles, entre ellos *El Diluvio*.

Pero no pasó más; es decir, sí pasó algo que ahora debe contarse.

Provisto de una carta de recomendación del señor duque de Mandas, embajador de España en París, el señor marqués me llevó ante el Comisario de policía de la Bolsa, y allí el señor Comisario, azuzado por dos asalariados del señor marqués, pretendió que yo firmase una delación, escrita anticipadamente, y según la cual los señores Ivo Bosch, Calzado y otros bolsitas españoles me habían transmitido las acusaciones que telegrafié al *Heraldo*. No sólo porque la delación era pura calumnia, sino también por lo que debo, como periodista, al secreto profesional, me negué rotundamente á firmar lo que se me pedía...

Fracasado en su intento, el señor marqués acudió á otros medios. Uno de sus paniaguados me amenazó con la intervención de un hijo del señor marqués — tal vez el mismo que agredió á Soriano, — y, como esta amenaza no logró conmoverme, otro agente del señor marqués me insinuó que este potentado podía darme un pingüe, y no sé si pringoso, destino en un Banco de París.

Se quería de mí una rectificación, que de ningún modo y por ningún medio se me pudo arrancar. Y si la Prensa española hubiera entonces cumplido con su deber, abriendo una información que hubiese hecho buena la denuncia que formulé en mi citado telegrama, el señor marqués no habría seguido estampillando ó despampanando el Tesoro público,

...¡ Bah ! ¿ Quién se acuerda ya de eso, ni de mi telegrama ?... Pues lo mismo pasará con la denuncia de Soriano. El cuerpo social de España, *mon cher* Soriano,

es como el de una vieja sarnosa y costrosa, que de día se queja de estar llena de miseria, pero luego, de noche y en la cama, ¡le da tanto gusto rascarse! Y en el fuero interno maldice al médico que quiso levantarle una de las costras que constituyen su segunda naturaleza.

Después de todo, como decía el aludido madrileño, *en Madrid nadie sabe cómo está de estampillado.*

* * *

Suelto el marqués, y suelto su hijo, digamos algo de españoles que, aunque no han defraudado al Estado — ó tal vez en castigo de no haberlo defaudrado, — les andan buscando.

Españoles que residen en el extranjero, y que no comulgan con el actual orden de cosas, como tampoco comulgan con ruedas de molino, — leyeron el artículo que el *Heraldo* del 1.° de Noviembre dedicó á solicitar del Gobierno del señor Montero Ríos, denunciado como defraudador por Soriano, una amplísima amnistía para los delitos políticos, entre ellos los atribuídos á la Prensa, que muy rara vez se persiguen en Europa. Según dichos compatriotas, el *Heraldo* hizo buena labor.

Pero, avizorados en una experiencia que nada tiene de almibarada, desean ellos que se explique de modo categórico, ó sin que deje lugar á dudas é interpretaciones, y para que la amnistía no resulte un cepo para cazar fugitivos incautos con reclamos de sirena, ¿qué se necesita en España para que un procesado político pueda considerarse al amparo de una amnistía, sin que en ningún tiempo se convierta ésta en teja que le caiga en la nariz?

No parece muy fácil la contestación, por cuanto habiendo yo consultado, hace algún tiempo, el caso de un compañero mío, residente donde puede y le dejan, á Luis Morote, letrado, éste, á su vez, lo consultó al *Licenciado Vidriera*, letrado y medio, cuya respuesta, dirigida á mí, que soy un cuarto de letrado, no fué todo lo definitiva ni clara que precisa mi compañero para internarse tranquilamente en esos bosques de alimañas feroces.

Quizás recordase mi compañero que á otro periodista, también asilado en el extranjero, y que, por fiarse de amnistías, tuvo la mala ventura de restituirse á España, por primera providencia le zamparon en la cárcel, y luego, por providencia segunda, mientras se *estudiaba* el caso y se sustanciaba el derecho, le molieron á estacazos. Debatido y fallado el punto, no hubo más remedio que ponerle en libertad; pero el carcelazo, y los palos por añadidura, nadie se los ha quitado de encima.

Promulgar una amnistía, y cantarle loas en la Prensa, para salir luego con que no se puede aplicar á tal ó cual procesado, á quien sí se pueden aplicar, en cambio, unos vergajazos ó macanazos, es una de esas canalladas alevosas y cobardes que los Gaud y Liégeot hicieron en el Congo y que las rechaza y castiga duramente la conciencia pública de todo pueblo que se precia de culto y honrado y de tener sentido moral, así como también el respeto que se debe á sí propio si quiere que se lo tengan los pueblos extranjeros.

Hay, pues, que explicar con qué se comen, ó qué cosa significan para los procesados menesterosos, en un país de potentados defraudadores con bula y bendición pontifical, las tales amnistías, á fin de que los que lograron

escapar de las garras de los Trepoff enanos que ahí se ceban en periodistas infelices, sepan, por fin, si deben volver dentro de sus respectivos pellejos, sin miedo de que se los agujereen, ó si deben, para utilizar la merced de la amnistía, blindarse las espaldas y ponerse bragueros de hierro...

En Rusia y en España

Recordarán ustedes que Plehve murió como lo que era : como un perro rabioso. La admirable bomba de Sasonoff le arrancó las quijadas y los labios, le apabulló el cráneo, le hundió las costillas, le hizo casi polvo. Y para dar sepultura á sus restos hubo que recogerlos con cuchara.

Se pensó entonces que no había bastante castigo en el Código, que era necesario inventar un nuevo castigo para Sasonoff y su cómplice Sikorski.

Pero periódicos tan graves é importantes como *The Times* condenaron duramente la nefasta obra política de Plehve, llegando á considerar su muerte como una expiación. Durante la vista del proceso de aquellos gran des justicieros, el pueblo, frente al palacio de Justicia, gritaba :

— ¡Absolvédles!... ¡Absolvédles por haber librado á la patria de su tirano!...

Sasonoff fué condenado á trabajos forzados por toda la vida. Sikorski á 20 años de la misma pena.

Pero inmediatamente después hubo una conmutación de pena : la de Sasonoff se redujo á 14 años de trabajos forzados. La de Sikorski á 10 años.

La idea de la expiación de Plehve entró, como cuña á mano, en el corazón del tribunal sentenciador.

Casi al mismo tiempo ocurrió este hecho : en el proceso de Komof —quien sustrajo del convento de religiosos de Kazan la célebre imagen de la Virgen María, madre de Dios, la cual, reproducida, figura en la bandera de la casa imperial del Zar, y después de robarle sus piedras preciosas hizo un auto de fe — el abogado defensor dijo al tribunal :

— Komof no es sacrílego, sino ladrón, obligado á robar por la miseria, mientras otros ladrones, *ladrones con escarapelas*, gozan de toda impunidad y de la consideración de las clases directoras de Rusia...

El público aplaudió estrepitosamente, y, á Komof, que iba á ser condenado á muerte, se le condenó á doce años de trabajos forzados.

El pueblo ruso está harto de sufrir. « Hay que verle de cerca — ha dicho Gabriel Mourey, — hay que ver este pueblo de miseria moral y física, estos hombres, estas mujeres, estos niños, estos ancianos; hay que verles en las negras calles de los *faubourgs*, en el dédalo de callejas de la ciudad vieja y del barrio judío, en el suelo de harapos sin formas ni colores, en medio de los cuales se sumerge una faz lívida, una faz inerte, sin expresión, espantosamente pasiva, con ojos sin mirada, con labios muertos. Hay que verles arrastrar su piojosa miseria

lo largo de las aceras, bajo la amarillenta luz de este cielo lluvioso, para medir toda la extensión y toda la profundidad de los sufrimientos que constituyen la vida de este pueblo. Y el invierno empieza y la guerra acumula ruinas sobre ruinas. Se arranca á estas gentes á la opresión para mandarlas á la muerte. ¡Ah! ¡Con cuánto odio en los ojos ven pasar por las calles las patrullas de cosacos!... »

La movilización produce espantosas escenas en Polonia. Madres polacas que se echaron á la vía para impedir la marcha de trenes cargados con sus maridos y con sus hijos, fueron aplastadas por las locomotoras. Viudos ahogan sus hijos *por no dejarles solos*. Otros hombres mueren de pesadumbre al arrancarles de sus hogares.

Y los sindicatos de políticos, de financieros, de grandes potentados de Rusia, van haciendo el caldo gordo con el jugo del pueblo opreso y exangüe. La suelas de los zapatos de los soldados son de cartón. Cuando el termómetro marca 20 grados bajo 0 en Mandchuria, la Administración rusa, á escape, envía al Extremo Oriente abrigos, mal cosidos, de pieles de carnero que no fueron desinfectadas. En algunas cajas con destino á los soldados se han encontrado abrigos de niños, verdaderos baberos para cuando los japoneses les hacen la barba á los cosacos. No hay cloroformo en las ambulancias y los heridos rusos son operados entre gritos espantosos. Algunos, después de operados, caen en estado comatoso...

Pero el pueblo ruso odia y sabe odiar. Cuando el Zar suprimió por decreto las penas corporales en honor del Zarewitch, Tolstoi hizo esta observación:

— Es más bien humillante el pensar que no se azo-

tará al pueblo ruso porque en tal matrimonio ha nacido un hijo, y que si hubiera sido hija la criatura se continuaría azotando al pueblo ruso.

En este grito de indignación tolstoiana está toda la cólera del pueblo ruso...

* * *

... También España tuvo su derrota tremenda, su escuadra aniquilada sin pelear, su Port-Arthur sin defensa y sin gloria, unos sindicatos de políticos y financieros que hicieron el caldo gordo con la sangre de un pueblo atrofiado por una miseria piojosa.

Pero no hubo madres que se echasen á las vías férreas para impedir el paso de trenes asesinos. No hubo protesta de ninguna clase. Tampoco tuvimos Tolstoi...

Y cuando nuestro Plehve, llamado Cánovas, tuvo su Sasonoff, el pueblo no se amotinó frente al Palacio de Justicia pidiendo que se absolviese al libertador de la patria; y cuando Cánovas resucitó en Maura, y la cota de malla que gastaba éste fué arañada por el inexperto puña de Artal, nadie abogó por este desdichado, nadie habló de *expiación*, y el Aldije del partido conservador continuaría enterrando las libertades del pueblo español en el huerto con que reemplazó la huerta canovista, si el Rey, erigiéndose en supremo vengador, no le hubiese dispensado el honor de echarlo de un puntapié en el trasero.

Nuestros Héroes

Una de las cosas que me preocupan más y que debiera preocupar á todos los españoles, es... qué vamos á hacer cuando acaben las guerras que sostenemos, ó que sostiene el pueblo, con tantos héroes como *hemos hecho;* tres mil doscientos veintitrés por ahora, según cuentas de un mi amigo. Como el país tiene leyenda, y gusta de saborearla, aunque sea á costa de un perro chico, hay periódico que le sirve diariamente media docenita de héroes, como si fuesen ostras para hacer boca. *¡Tres héroes!* — *¡Catorce héroes!* — *¡Más héroes!* (*sic*). — *¡Siguen los héroes!* Pero no en este carácter de letra, sino en letras como puños, muy parecidas á las de los letreros de las tiendas de ultramarinos que anuncian: *Ricos jamones gallegos.* — *Longanizas de Vich.* — *Más jamones.* — *Siguen las longanizas.*

Todos los pueblos tienen leyendas, y todas son igualmente falsas. Prescindiendo de esta consideración, no sé á dónde va á llevarnos la manía de calificar de

héroe al militar que se bate cuando llega el momento de batirse, por lo cual le paga el pueblo contribuyente, y que tiene la desgracia, ó la suerte, de morir... No sé tampoco con qué derecho nos quejamos los periodistas cuando nos atropellan militares á quienes calificamos de héroes... Si es héroe el militar que muere al tomar una trinchera, son héroes el periodista que muere sobre las cuartillas, el albañil que se cae de un andamio y el minero que se asfixia en el fondo de la mina, extrayendo oro para otras manos... Á no ser que se crea que tomar una trinchera — que acaso sea baluarte contra la ferocidad religiosa — y atravesar de parte á parte á un adversario — que quizá tenga razón contra nosotros — es empresa más gloriosa y benéfica que escribir periódicos, fabricar casas ó extraer mineral.

Por otra parte, en nuestras actuales guerras, guerras vulgarísimas, como las que Inglaterra ha tenido á docenas sin llamar la atención de nadie, y sin que los periódicos las dedicasen cada día más de un cuarto de columna ; guerras al escondite, en las que se hace difícil, si no imposible, la hazaña portentosa, no he visto ningún hecho de armas verdaderamente *excepcional* que á nadie haga merecedor de que se le compare con Aquiles, con Xenofonte, ni siquiera con mi amigo Tesifonte, el cual, como reporter en la manigua, hizo más que nuestros guerreros laureados.

Anda tan mal de héroes este pobrecito fin de siglo, que los amasamos con carne de cañón... Todo el mundo es HÉROE, como todo el mundo es GENIO; y cuenta que por no habérmelo parecido, en mi pueblo, un rascatripas á quien se comparaba con Paganini, estoy aquí, en As-

nières, escribiendo crónicas; en vez de ser, como pude haber sido, *algo;* por ejemplo : alcalde.

* * *

Pero en punto á héroes, nada comparable al cabo Bolinao; ¡qué proezas las suyas!... ¡qué cabo!

Y véase ahora lo que nos cuenta *El Nacional:*

« Con la impresión de la mala noticia, hemos pasado todos por alto el gran disparate geográfico del gobierno á propósito del suceso de Bolinao.

Primero, el gobierno dió á los periódicos un telegrama del *cabo* de Bolinao al ministro de la Guerra.

Después Julio Burell se entusiasmó con el *cabo* de Bolinao, diciendo que en ese humilde soldado resucitaban las glorias españolas.

Luego se nos ha dicho que la Regente deseaba recompensar espléndidamente al *cabo* de Bolinao.

Y, por último, parece que los ministros de la Guerra y Ultramar, han conferenciado con el presidente del Consejo acerca de la gran cruz que se debe conceder al *cabo* de Bolinao.

¿Han atado ustedes bien todos estos *cabos?*

Pues, sepan ustedes ahora que no hay tal *cabo* de Bolinao.

Bolinao es un cabo de tierra, lo que se llama un cabo geográfico, prolongación de la gran cordillera de los Zambales, en la costa de la isla de Luzón.

En ese cabo de Bolinao hay un destacamento mandado por el teniente Miguel Rodríguez González, y este teniente, comandante del destacamento del cabo de Boli-

nao, es el que se ha dirigido al ministro de la Guerra.

Esa es la *plancha* en que ha incurrido el general Correa, y con él, lo decimos con vergüenza, todos los periodistas españoles que nos hemos tragado lo del cabo.

Y ahora, por no volverse atrás el ministro de la Guerra, y por no confesar su *plancha*, nuestros colegas son capaces de mandarle poner la corbata de San Fernando al *cabo* de Bolinao.

Total : un señor ministro de la Guerra que confunde una montaña con un soldado ; unos señores periodistas que entonan férvidos ditirambos en honor de las heroicidades guerreras de una montaña ; y un pueblo, en suma, que no conociendo siquiera la geografía de sus colonias, pretende el absurdo de regirlas y gobernarlas.

El Catarro de Sagunto

— Amigo, el de las piernas largas de progreso — preguntaba Heine, — ¿qué noticias me traes de la patria?...

El amigo español, que por tener piernas de progreso tuvo que salir huyendo de un país entregado á todos los horrores de una reacción vergonzante y vergonzosa, contesta siempre lo mismo :

« Aquello es el *acabóse.* »

— Pero, ¿no hay solución?...

— Ninguna, por ahora. Se habla de crisis parcial. Va á salir el Ministro tal para que entre el exministro cual.

— Y el Ministro tal, ¿dónde va?

— Como ir... la verdad es que merecía ir á presidio.

— Entonces es seguro que entrará en otro Ministerio...

Estos y otros diálogos, corroborados por las informaciones de los corresponsales parisienses en Madrid, re-

corren la *ville lumière*, y luego nos quejamos de Jean Lorrain crea que somos una raza degenera. Con- perdida para la civilización. rco,

Ciertos políticos españoles creen que en el extranjero no hay quien se entere de lo que pasa en España, y que impunemente se puede hacer toda clase de horrores, porque sólo la gente de casa se entera de ellos. ¡Qué error!

Débese vivir correctamente, no sólo por respeto á sí mismo, sino también por respeto á la vecindad; y el vecino, ó sea Francia, está asqueado de los espectáculos de la política española.

Son muchos los madrileños que hacen aspavientos ante París, « moderna Roma de la decadencia ». Si se acusa de timadores á unos señores periodistas; si una actriz se aligera de ropa delante de un público de café-concierto; si una *cocota* se arremanga las faldas por gusto de lucir los bajos, ó por no ensuciarse los encajes en la basura del bulevar; si un escritor describe pintorescamente una escena orgiástica, aquellos pudibundos, que parecen hijos de frailes y beatas, aforrados en asquerosa hipocresía, exclaman en el paroxismo de la indignación:

— « ¡Qué costumbres!... ¡Qué asco de país!... ¡Esto está perdido!... »

Pero cuando Delahaye denunció á los chanchulleros del Panamá, nadie tuvo la idea de meterle en la cárcel, como se ha querido meter á Rodrigo Soriano; poderosos personajes, á lo Rouvier, desfilaron ante los Tribunales de justicia; Baihaut, todo un señor Ministro — y millonario además — envejeció en la prisión de Mazas; Flo-

ió un candidato á la Presidencia de la República, se por completo, aunque no tomase dinero para sí, o para campañas políticas del Gobierno; y al político más temido de Francia, Clemenceau, no le sirvió de nada el poderoso verbo, ni el atrevido acero de su espada, y estuvo en el lazareto...

Llenas están las cárceles de personajes como Baihaut, de periodistas como Civry, de corruptores como Artón.

En Francia, como en todo el mundo, delinquieron Reyes y delinquen ciudadanos. Pero Luís XVI fué guillotinado, y guillotinada también la austriaca María Antonieta; el Barón de Reinach tuvo que suicidarse para escapar á la venganza de Panamá, y Bourdeau murió en el olvido, moralmente decapitado por la guillotina seca. El pueblo francés conserva el sentido de la conciencia racional, y se hace justicia por su propia mano cuando se la niegan los Magistrados. Pero entonces no va á los Tribunales, sino que va á la Revolución...

Sólo en España se hace todo impunemente; porque no hay país, y el pueblo no lee, ni escribe, ni sabe, ni se entera; y los Gobiernos, para medrar sin cortapisas, le conservan en la *santa* ignorancia de todas las cosas...

España — se dice — es un gran pueblo, pero un pueblo roído por el cáncer de los malos Gobiernos.

Añejas historias del Celeste Imperio refieren que Dios — el dios chino, que es más decente que el dios de *El Siglo Futuro* — castigó á Ching Fo, político saltimbanquis, prestidigitador de la tribuna, tránsfuga de todos los partidos, apóstata desvergonzado, disturbio y ruina de la pobre patria; y le castigó por do más pecado había, dándole un cáncer que le acometió en la boca, y le

royó el paladar, y le mordió la embustera lengua. Convertido en inmunda costra que tapaba purulento surco, desfigurado horrorosamente, siendo símbolo de la putrefacción moral que sembrara, aquel infeliz, roído por la lujuria del poder más aún que por su corrosiva úlcera, lejos de retirarse á sus desolados lares, refugiándose en la hediondez de sí mismo, siguió en la tribuna emponzoñando la vida pública con su pestífero aliento, semejante al silbo de un sapo moribundo. La Emperatriz no podía sufrirle en los Consejos. « Este Ministro — decía — huele mal. » Y el pueblo chino, que tiene el buen sentido de arrojar al río las deformidades de la naturaleza, completó la obra de Dios con barrer al Ministro que agonizaba matando, porque aquella funesta personalidad no era ya un hombre, ni siquiera un político: ¡ aquello era un moco!

¡ Cuántos mocos ha ido dejando en el gobierno de España el gran catarro de Sagunto! Y ¿dónde están, dónde están, que no les veo, los Vacquerie, Mirbeau, Gohier, Rochefort, Maret, Cornely, los escritores viriles é independientes que cumplen en España la patriótica misión de barrer los detritus de una política infecta?

¡ Ah, sí, ya les veo! Ya les veo á través de las rejas de las redacciones, cuando no á través de las rejas de las cárceles: secos, esterilizados, barridos — ¡ ellos, que debieron barrer! — por avaricias y egoísmos de empresarios usureros; uncidos, como el buey al arado, al carro del capital ajeno, y tirando, tirando de mala gana, para arrastrar en triunfo á tal cual imbecilillo de la política traidora y venal, repantigado como un marrano sobre el sufrido lomo de la redacción menesterosa...

Y yo mismo, que protesto, que me rebelo contra el despotismo de los mandarines y contra la abyección de la rutina; yo mismo, convertido á veces en censor de mi propia obra, y otras veces escribiendo para el cesto... ¡Qué vergüenza, qué gran vergüenza la de todos los que saboreamos en España la indescriptible amargura de escribir para el público!

Índice

Prefacio I
Comentarios III
Mi Credo. 1
¡Que venga el Cólera!. 6
¡Que venga la Peste Bubónica!. 10
Actividad patibularia. 17
¡Si yo fuera Cánovas! 20
Esperando el Protectorado. 25
Pijoanada 29
Campo de soledad. 33
Cavemos, cavemos. 38
Por Fígaro. 41
El principio del fin. 45
¡Eh, eh, á la plaza!. 50
De aquí y de allá. 54
Puntos filipinos. 59
Asnos parlamentarios. 62
Fuego del cielo. 66
¡Á la guerra ó al embutido! 69
¡Creo en las setas!. 73
De la Intervención 78
Nuestros güebos. 87

El pobre Cristo. 93
¡Estamos aviados! 99
Parada belicosa. 103
Sucesos trascendentes. 106
¡Bravo ! Bravo!. 111
Corona de espinas. 115
Sexteando 117
Desfile horrible. 121
Como zebras. 124
El país pintado por sí mismo. 127
¡Tapa!... ¡Tapa! 131
Plumita querida. 133
Á un tal Vizconde 136
Cuestión personal. 143
Punto final. 147
La Colonia Española. 150
Á Manuel Paso, en el Cementerio. 154
Mi lástima. 156
Personages en Puerta. 160
Nuestra Gloriosa Marina (Á bordo...) 163
¡3 Pesetas!. 166
Antropófagos y Jueces 169
Segunda parte del tratado de París 176
El pobre Norte 183
La gran batalla. 186
El buen Dios. 188
Periflitis 190
Revolución de Mosquitos 193
De la gusanera. 198
Á ver... á ver. 201
Tanguitos. 205
El Pulpo americano 208
La Danza Macabra 212
Mauradas. 214
La cota y la puñalada. 217
Entre amigos. 221
Dos entierros. 226

La Comisión pour rire 231
Final de Apoteosis 237
Loubet en el pudridero 240
Revolucionarios gorditos 244
La sombra de un Rey. 249
Trasero sagrado 252
Todos Jesuítas 255
Ladrones legales é ilegales. 262
Explosión de un traductor. 265
Una decepción más. 271
Vayan ustedes á paseo 274
Absolución ejemplar 280
Barcelona. 283
Bombas-reclamos. 288
Becerrada fiscal.. 292
¡Shoking! 295
De la sarna nacional 299
En Rusia y en España 304
Nuestros Héroes 308
El Catarro de Sagunto 312

Paris. — Imp. Paul Dupont, 4, rue du Bouloi. — 489.5.1907. (Cl).

PREFACIO

AMIGO BONAFOUX :

Acabo de leer, con el placer con que leo siempre los escritos de usted, las pruebas de su libro BILIS, *y mi impresión es ésta : que si usted no es anarquista, merece serlo ; lo cual, á mi juicio, constituye el mayor elogio.*

Sí, lo merece usted por el odio vivificado que siente por las infamias, las ruindades, las hipocresías que deshonran, ¡ay ! no sólo á España, sino á todas las naciones contemporáneas. Lo merece, además, por el amor que profesa usted á los desheredados, á los perseguidos, á las víctimas todas. Lo merece, en fin, por el deseo que siente usted de que á las quejas y á las críticas con que sacude á la sociedad siga pronto la acción demoledora, llamada más tarde á reedificar sobre las ruinas de lo que ya se tambalea.

Usted invoca, simbólicamente, el cólera y la peste bubónica para que barran esta sociedad, que le da asco. Pero más vale que no hayamos de contar con ellos, pues

sólo vendrían á matar á los pobres y á enriquecer á los pillos. Vale más que cuente usted con nosotros, los anarquistas, que seguimos luchando, y acabaremos por triunfar.

Usted, que está con nosotros cuando somos los vencidos y cuando se trata de defendernos, estará también á nuestro lado el día de la gran batalla, que será el día de la victoria.

Entonces, como ahora, podrá usted contar con los sentimientos fraternales de su amigo

Enrique Malatesta.

Londres, 2 de julio de 1907.

COMENTARIOS

Por ser quién es, este libro no necesita presentación. No huelgan, sin embargo, las precedentes líneas que le ha dedicado Malatesta, porque un libro lleno de bombas de tinta debe ser llevado de la mano, al salir á la calle, por el hombre que, según ha dicho *Daily Express*, es el más grande y porfiado agitador de Europa.

Es este el primer tomo, ó el primer vómito, de Bilis. Queda otro.

Aunque Avicenne dijo: — *Desconfiad de la bilis, origen de no pocos crímenes*, no desconfiad de este libro, porque su bilis no es mal sana. No salió ella de mí mismo, sino de los acontecimientos, como sale el pus de un tumor que se revienta por sí solo...

Algunos de estos artículos tuvieron el honor de ser denunciados. Por otros tuve el honor de ser procesado. Por otros, en fin, padecieron persecuciones de la llamada Justicia, y estuvieron en la cárcel, directores de periódicos, como los de *La Correspondencia* de Puerto-Rico y *El Heraldo Español* de Santo Domingo, que los publicaron ó reprodujeron.

El vario curso de los sucesos humanos se encargó de rectificar la injusticia de los Tribunales. Así, el fallo absolutorio de Ferrer ha hecho bueno y justo el artículo que

publiqué contra el infame y estúpido informe del Fiscal Becerra del Toro y que fué denunciado al publicarlo *El Radical* de Rodrigo Soriano. El triunfo final pertenece siempre á la Verdad.

Este libro no está solo. Le acompañan los revolucionarios de todas partes. Es más: le aplaudieron, al aplaudir mi labor de *La Campaña* y *El Heraldo de París*, compatriotas nuestros que no son revolucionarios, pero sí españoles de vergüenza. Porque llenaría un tomo, no debo reproducir aquí los comentarios que mereció *La Campaña* y *El Heraldo de París* á periódicos extranjeros, como *L'Intransigeant*, de Rochefort, y *La Gazette des Étrangers*, de Ginebra; á la Prensa de provincias, y á no pocos periódicos de Madrid, aunque Madrid es el foco de la putrefacción política de España. Con registrar las colecciones de *La Campaña* y *El Heraldo de París* basta para convencerse de que ningún periódico español ha recabado tantos encomios, expresados con tanta espontaneidad.

Debo, no obstante, reproducir algo esencial al propósito que persigo.

La Razón, de Cartagena, llamaba á *La Campaña*: « el más independiente de los periódicos escritos en español; » *La Federación*, de Alicante, dijo de él que era « un periódico independiente, no á la usanza española, sino independiente de *verdad*; » y haciendo psicología del periócodi, añadía:

« Luis Bonafoux, con ese estilo juguetón, alegre y espontáneo, y esa frase ligera y brillante que caracterizan sus trabajos, es todo un pensador profundo que se ríe de las creencias de su siglo y de las rutinas, prevenciones y convencionalismos de una sociedad falsa, hipócrita, miserable...

« Sobre el dolor que las tristezas humanas producen, lanza él sus carcajadas...

« Burla burlando exhibe en sus crónicas los hechos, al parecer triviales, pero que revelan males hondos, cánce-

res profundos, que él presenta al descubierto sin temor á las protestas de los *místicos* del día.

« Como escritor independiente que es, ha tenido sus luchas... pero ha vencido.

« Bonafoux ha conseguido sobreponerse á sus feroces enemigos, sin usar ni valerse para ello de zalemas ni de hipocresías.

« Combatido sin tregua, zaherido sin descanso, denigrado por los del « oficio » y maldecido por la canalla de la reacción, Bonafoux ha estado siempre en su puesto, no mendigando huecos en ninguna redacción y sí imponiéndose en todas por su ática sal, su humorismo incomparable y su talento nada vulgar á la turba de despechados é ignorantes que pretendían cerrarle el paso. Y su victoria debe envanecerle...

« Hoy publica *La Campaña* de París, y al sólo anuncio de que la dirige Bonafoux se han agotado inmediatamente los millares de ejemplares á España enviados. »

La Ilustración Castellana, de Valladolid, decía de *La Campaña* : « es el único manantial de sincera imparcialidad donde bebe y debe beber todo buen español ; » *Hojas Sueltas*, de Sevilla escribió : « hacen falta muchas *Campaña*. Lo malo es que no existen muchos Bonafoux. No hay más que uno, y gracias. » *La Libertad*, de Huelva, dijo :

« En *La Campaña*, Bonafoux dispara, desde el temible baluarte de su ingenio, andanadas de cargos y verdades, tan bien dirigidas que destrozan obras, hombres y personas. La pluma, valiente sin igual, del rey de los cronistas, saca á luz harapos sucios y denigrantes. Todo esto se ha comentado, se ha llevado al Congreso en demanda de castigo ; pero, que nosotros sepamos, no se ha desmentido por nadie. Por amor á la verdad, por higiene literaria y por bien de todos, *en cada capital de España hace falta un Bonafoux.* » El exministro del gobierno autónomo antillano, Fernández Juncos, en *La Correspondencia* de Puerto Rico, analizando la labor de *La Campaña*, escribió :

publiqué contra el infame y estúpido informe del Fiscal Becerra del Toro y que fué denunciado al publicarlo *El Radical* de Rodrigo Soriano. El triunfo final pertenece siempre á la Verdad.

Este libro no está solo. Le acompañan los revolucionarios de todas partes. Es más: le aplaudieron, al aplaudir mi labor de *La Campaña* y *El Heraldo de París*, compatriotas nuestros que no son revolucionarios, pero sí españoles de vergüenza. Porque llenaría un tomo, no debo reproducir aquí los comentarios que mereció *La Campaña* y *El Heraldo de París* á periódicos extranjeros, como *L'Intransigeant*, de Rochefort, y *La Gazette des Étrangers*, de Ginebra; á la Prensa de provincias, y á no pocos periódicos de Madrid, aunque Madrid es el foco de la putrefacción política de España. Con registrar las colecciones de *La Campaña* y *El Heraldo de París* basta para convencerse de que ningún periódico español ha recabado tantos encomios, expresados con tanta espontaneidad.

Debo, no obstante, reproducir algo esencial al propósito que persigo.

La Razón, de Cartagena, llamaba á *La Campaña*: « el más independiente de los periódicos escritos en español; » *La Federación*, de Alicante, dijo de él que era « un periódico independiente, no á la usanza española, sino independiente de *verdad*; » y haciendo psicología del periócodi, añadía:

« Luis Bonafoux, con ese estilo juguetón, alegre y espontáneo, y esa frase ligera y brillante que caracterizan sus trabajos, es todo un pensador profundo que se ríe de las creencias de su siglo y de las rutinas, prevenciones y convencionalismos de una sociedad falsa, hipócrita, miserable...

« Sobre el dolor que las tristezas humanas producen, lanza él sus carcajadas...

« Burla burlando exhibe en sus crónicas los hechos, al parecer triviales, pero que revelan males hondos, cánce-

res profundos, que él presenta al descubierto sin temor á las protestas de los *místicos* del día.

« Como escritor independiente que es, ha tenido sus luchas... pero ha vencido.

« Bonafoux ha conseguido sobreponerse á sus feroces enemigos, sin usar ni valerse para ello de zalemas ni de hipocresías.

« Combatido sin tregua, zaherido sin descanso, denigrado por los del « oficio » y maldecido por la canalla de la reacción, Bonafoux ha estado siempre en su puesto, no mendigando huecos en ninguna redacción y sí imponiéndose en todas por su ática sal, su humorismo incomparable y su talento nada vulgar á la turba de despechados é ignorantes que pretendían cerrarle el paso. Y su victoria debe envanecerle...

« Hoy publica *La Campaña* de París, y al sólo anuncio de que la dirige Bonafoux se han agotado inmediatamente los millares de ejemplares á España enviados. »

La Ilustración Castellana, de Valladolid, decía de *La Campaña*: « es el único manantial de sincera imparcialidad donde bebe y debe beber todo buen español; » *Hojas Sueltas*, de Sevilla escribió : « hacen falta muchas *Campaña*. Lo malo es que no existen muchos Bonafoux. No hay más que uno, y gracias. » *La Libertad*, de Huelva, dijo :

« En *La Campaña*, Bonafoux dispara, desde el temible baluarte de su ingenio, andanadas de cargos y verdades, tan bien dirigidas que destrozan obras, hombres y personas. La pluma, valiente sin igual, del rey de los cronistas, saca á luz harapos sucios y denigrantes. Todo esto se ha comentado, se ha llevado al Congreso en demanda de castigo; pero, que nosotros sepamos, no se ha desmentido por nadie. Por amor à la verdad, por higiene literaria y por bien de todos, *en cada capital de España hace falta un Bonafoux.* » El exministro del gobierno autónomo antillano, Fernández Juncos, en *La Correspondencia* de Puerto Rico, analizando la labor de *La Campaña*, escribió :

« No era bastante para la fecundidad asombrosa de Bonafoux el llenar de crónicas diarias y semanales á una docena de periódicos de Europa y América. Quedaba aún sin aplicar un exceso de inspiración y de fuerza, y las empleó en fundar un periódico español en la capital francesa, que es obra quizá de mayor atrevimiento que la de poner una pica en Flandes.

« Llegó ya el primer número de *La Campaña*, publicación de combate duro y resuelto; pero sin ensañamientos vulgares ni venenos de reptil. Con la misma franqueza con que hiere al adversario, lo ensalza en lo que es justo ó en lo que cree él que lo es.

« Es á la vez un impresionista delicioso y un fustigador formidable.

« No es *La Campaña* un periódico apropiado para la lectura doméstica. Como escrito con sinceridad y crudeza, exige un público predominantemente masculino y fuerte. En *La Campaña* se puede leer á Bonafoux completo, de cuerpo entero, sin las restricciones y reservas á que le obligan las conveniencias sociales y periodísticas de las demás publicaciones en donde escribe.

« Hecha la advertencia anterior para que nadie pueda llamarse á engaño, recomendamos *La Campaña*, en la que siempre se hallarán verdades útiles, análisis atrevidos y deliciosos rasgos de ingenio.

« *La Campaña* es un periódico temible no tanto por lo que flagela y lo que dice, como por los deseos de imitación que va á despertar seguramente entre los chicos de la sátira, que logran sólo imitar de Bonafoux su desenfado, sin aquel ingenio fulminante y donoso que le distingue. »

Y el obrero Bo y Singla, desde la cárcel y la tortura de Barcelona, tuvo alientos para decir: « En esta degeneración de caracteres que corrompe la política, el arte, las letras y las costumbres, *La Campaña* lleva la afirmación de un espíritu de lucha, una racha de sentido moral que aquí falta, una constancia y un civismo que no sabemos

encontrar fuera de Pi y Margall en ningún escritor nacional, sea del partido que fuera. »

Se le persiguió en España y América; tanto que Alejandro Lerroux pudo escribir en *El Progreso*:

« Es escandaloso lo que ocurre con el periódico de nuestro querido compañero Luis Bonafoux, *La Campaña*. Nosotros llamamos la atención de quien corresponda, que debe ser el señor ministro de la Gobernación.

« Muchos atropellos se han cometido en lo que va de siglo contra la Prensa, pero ninguno recordamos tan irritante como éste, si se tiene en cuenta el nombre político que lleva el partido que gobierna hoy á Epaña. »

El *Ensayo Obrero* de Puerto-Rico, denunciando lo mismo que *El Progreso*, dijo:

« *La Campaña*, de Luis Bonafoux, no llega.

« No hemos tenido el placer de leer más que el primer número.

« ¿No podría el señor Bonafoux enviar los periódicos por medio de certificados á una delegación extranjera?

« Porque, sin y con autonomía, es el caso que *La Campaña* no llega. »

Á las persecuciones gubernamentales se unió pronto el abandono de republicanetes que me ofrecieron antes cooperar á la realización de mi obra y que todo lo que hicieron fué asustarse de ella, comentándola, en privado, con frases como ésta: — *¿Á dónde va Bonafoux con semejantes atrocidades?...* Y á las persecuciones del gobierno y á las defecciones de compañeros se agregó la falta de pago, porque correligionarios y amigos se guardaban íntegro el importe de la venta del periódico en España.

Y *La Campaña*, con dos heridas mortales de necesidad — en el corazón y en el vientre — murió. Su muerte no me causó tristeza, sino cólera. Para vengarla fundé poco después *El Heraldo de París*, y entonces escribió Nakens, en *El Motin*:

« Hace unos meses escribía Bonafoux:

« Ya hace tiempo que me gana la pluma un desencanto

irresistible cada vez que quiero protestar contra el actual *orden de cosas*, y en verdad, ó sin ficción retórica, os digo que tengo vivos deseos de mandar noramala este perro oficio de convertir moros y rescatar cristianos.

« El papel de Quijote que hacemos unos cuantos en una sociedad cuya mayoría se compone de Sanchos que viven de y por la panza, me va pareciendo risible, entre otros motivos — y fuera parte de los achares que origina — porque nuestros alegatos son tiempo perdido y sermón en desierto.

« Estoy ya harto de hacer el coco, que es oficio poco socorrido. Casi estoy decidido á hacer un poco el sinvergüenza para ganar fama, honores, amistades y dinero. La vida se me va pasando entre abominaciones, calumnias y escaseces de todo género, ultramarino inclusive; ya es hora de que piense en dejar un buen nombre á la familia. »

« Y después de decir esto, ahora, el 20 del actual, ha comenzado á publicar un nuevo periódico semanal, titulado *Heraldo de París*, donde aprieta de firme, como siempre.

« ¡ Ay, querido Bonafoux ! No sirve hacer propósitos de enmienda. Cuando se ha nacido con la vocación de reventarse, económicamente hablando, jamás se falta á ella.

« Muchas veces, como tú, he pensado yo en romper la pluma, é irme por otro camino. ¡ Imposible ! De tal modo estoy ya cogido, que ni la perspectiva de un bienestar tranquilo me impulsaría á desasirme.

« Recuerdo á veces el cuento de la montaña imantada. Los barcos que se acercaban demasiado á ella, perdían en un minuto todo su herraje, los clavos se iban volando hacia la montaña, y los infelices marineros quedaban sumergidos entre las tablas que se derrumbaban unas sobre otras.

« Y, no obstante, los que por casualidad se salvaban, fletaban á poco otro buque, y á la montaña de imán.

« Que es lo que á tí te ha pasado. Deshecha *La Campaña*, te embarcas en *Heraldo de París*.

« Que la montaña de la ignorancia ó del convencionalismo no destroce tu nuevo buque, he aquí lo que para ti deseo. »

Pero contra el nuevo buque desencadenáronse, mucho más que contra *La Campaña*, los elementos de la reacción gubernamental, de la cobardía de los seudorrevolucionarios residentes en España, del nirvana del pueblo, atrofiado, y de la granjería de los pillastres que robaban el dinero del *Heraldo de París*, como robaron antes el dinero de *La Campaña*. En vano *El Rebelde*, de Madrid, gritaba al pueblo que el *Heraldo de París* era « un periódico de una ironía corrosiva y de un empuje todopoderoso, » y los proletarios de provincias enviábanle felicitaciones, y Tarrida del Mármol, en la Asamblea revolucionaria de Londres, para tratar de las víctimas de Alcalá de Valle, dijo:

« Debemos confiar en Bonafoux, quien con su pluma, que es una espada vengadora, y con su corazón, que es de oro, sabrá arrancar de manos de los tiranos á las víctimas inocentes de la Libertad y la Justicia enmascaradas. Para ello le será indispensable nuestro concurso, que estamos dispuestos á darle, llegando hasta reponder con la fuerza á las groseras amenazas y á los incalificables actos de los reaccionarios españoles. »

Todo fué inútil. Arreciaron las persecuciones contra el periódico. Llegóse hasta á violar la correspondencia con los originales para la imprenta, como lo prueba esta carta:

« Londres, 5 de Marzo.

Querido Bonafoux:

Veo en el *Heraldo* que mi artículo no llegó á su destinación.

Lo envié al domicilio particular de usted.

Envíeme usted una dirección segura, pues parece que la policía viola su correspondencia.

Su amigo,
E. Malatesta. »

¡Y, sobre todo esto, el abandono, el cobarde y cochino abandono de los republicanos españoles! Un día de humor triste, yo mismo maté el periódico.....

Y, sin embargo, no estaba solo, como no está solo este libro, compuesto, principalmente, de artículos del periódico. Pero aunque el libro no tuviese compañía, estaría conmigo, y eso bastaríale.

No faltará quien califique de sacrílega la reproducción de artículos contra gentes que ya no existen, por fortuna...

En política y literatura, en política singularmente, no hay muertos. Todo político muerto tiene el deber de salir del cementerio, cuando le llaman, á rendir estrecha cuenta de su obra, y aunque no sea así quiero yo exhumar aquellos de quienes se debe repetir:

Il est des morts qu'il faut qu'on tue...

Entre estos muertos están los que acabaron con España en Ultramar. Pero... ¿quién se acuerda ya de eso?... preguntarán, desahogadamente, en la villa y corte de España. Yo, yo me acuerdo, aunque sólo sea por lo mucho que me hicieron sufrir cuando trabajé por evitarle á España tanto sonrojo, tantísima humillación...

Obra de un solitario, este libro de combate, que ha tenido en la batalla social todo el altanero desdén que merécenme las gentes y las cosas del mundo, no está ligado á ninguna escuela. Pero tiene la voluntad de vivir, y vivirá fuera del servilismo rutinario.

No le importa la execración. No le importa tampoco el aplauso. Porque como Robesbierre,

Je vois l'épine avec la rose
Dans les bouquets que vous m'offrez...

LUIS BONAFOUX.

París, Noviembre 1907.

do es
el pe
estara

occión
una...
te, no
sali
nenta
umar

aña
ore-
iña.
me
nto

ha
ue
tá
r,

el

Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas

LIBRERIA PAUL OLLENDORFF

50, Chaussée d'Antin, 50 • PARIS

ALCIDES ARGUEDAS
Vida criolla.
LUIS BONAFOUX
Bilis.
Bombos y palos.
Por el mundo arriba...
Gotas de sangre.
Clericanallas.
Casi críticas.
Melancolía.
Príncipes y majestades.
A. BORQUEZ-SOLAR
Dilectos decires.
MAX GRILLO
Los Ignorados.
PEDRO C. DOMINICI
De Lutecia.
Libro apolíneo.
RAMIRO BLANCO
Cuentos plácidos.
TARRIDA DEL MARMOL
Problemas trascendentales.
EMILIO BOBADILLA
Muecas.
Con la capucha vuelta.
Bulevar arriba, bulevar abajo.
MIGUEL DE TORO GÓMEZ
Por la cultura y por la raza.
P. MOLINA Y E. FIÑOT
Poetas bolivianos.
E. CUERVO MÁRQUEZ
Phineés.
R. BLANCO FOMBONA
Letras y letrados de Hispano-América.
Cantos de la prisión y del destierro.
F. CONTRERAS
Los modernos.
MUÑOZ ESCÁMEZ
La ciudad de los suicidas.
MANUEL UGARTE
Burbujas de la vida
JOSE S. CHOCANO
Fiat lux.
ANGEL GUERRA
Rincón Isleño.
CLEMENTE PALMA
Cuentos malévolos
M. ARAMBURO Y MACHADO
Literatura crítica
AMADO NERVO
En voz baja.
Ellos.
Mis filosofías.
CRISTOBAL DE CASTRO
Cancionero galante.
CORNELIO HISPANO
Elegías caucanas.
M. DE TORO GISBERT
Enmiendas al Diccionario de la Academia.
Apuntaciones lexicográficas.
Americanismos.
ARMANDO CHIRVECHES
La candidatura de Rojas.
E. GÓMEZ DE BAQUERO
Aspectos.
LAURA MÉNDEZ DE CUENCA
Simplezas.
ADRIÁN DEL VALLE
Los Diablos amarillos.
F. GARCÍA CALDERÓN
Profesores de Idealismo.
M. DIAZ RODRIGUEZ
Camino de perfección.
AMÉRICO LUGO
A punto largo.
P. HENRIQUEZ UREÑA
Horas de estudio.
V. CALDERÓN
Del Romanticismo al Modernismo en el Perú.
E. DIEZ-CANEDO
Imágenes.
CARLOS REYLES
La muerte del Cisne.
La raza de Caín.
RODRIGUEZ EMBIL
La Insurrección.
E. RODRIGUEZ MENDOZA
Cuesta arriba.
LORENZO MARROQUIN
Pax.
ALEXANDRO DE TRALLES
Crónicas y Siluetas.
ALFONSO REYES
Cuestiones estéticas
GUSTAVO E. CAMPA
Críticas musicales.
TULIO M. CESTERO
Ciudad romántica.
FRANCISCO VILLAESPESA
Torre de marfil.
RAIMUNDO CABRERA
Mis buenos tiempos.
ROSENDO VILLALOBOS
Ocios crueles.

IMP. HERBERT CLARKE, 338, RUE SAINT-HONORÉ, PARIS

DEC 28 1959